



Las palabras del aire vacío

La novela de Kafka

Las palabras del aire vacío
La novela de Kafka

Las palabras del aire vacío
La novela de Kafka

Jeovanny Benavides Bailón

UCUENCA PRESS 

• 2024 •

Las palabras del aire vacío

La novela de Kafka

©Universidad de Cuenca
Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

Jeovanny Benavides Bailón
Autor

María Augusta Hermida Palacios
Rectora de la Universidad de Cuenca

Fernando Ortiz Vizúete
Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

Juan Cristóbal Lloret Valdivieso
Prefecto de Azuay

Carlos Pérez Agustí
Director del Colectivo Cultural Casa Tomada

Centro Editorial UCuenca Press
Dirección: Daniel López Zamora • **Coordinación editorial:** Ángeles Martínez Donoso • **Diseño editorial y portada:** Geovanny Gavilanes Pando • **Corrección de estilo:** Verónica Andrade Aguilar, Mihaela Ionela Badin

Ciudadela Universitaria
Doce de Abril y Agustín Cueva
(+593 4051000)
Casilla postal
editorial.ucuenca.edu.ec

Obra ganadora de la I Biental de Narrativa "Eliécer Cárdenas Espinosa" 2023

Primera edición
Tiraje: 1 000 ejemplares

Derechos de Autor: CUE-005257
ISBN: 978-9978-14-537-1

Para la composición tipográfica de este manuscrito se usó Alegreya y Roboto Mono

Impreso en Cuenca - Ecuador
Mayo, 2024

Índice

Eliécer Cárdenas, un compromiso con la memoria.....	7
Ecos de Kafka en la Bienal de Narrativa.....	11

Capítulo I	19
Capítulo II	27
Capítulo III	37
Capítulo IV	49
Capítulo V	57
Capítulo VI	73
Capítulo VII	83
Capítulo VIII	99
Capítulo IX	107
Capítulo X	117
Capítulo XI	127
Capítulo XII	143
Capítulo XIII	157
Capítulo XIV	167
Capítulo XV	179

Eliécer Cárdenas, un compromiso con la memoria

“El trabajo de un novelista es soñar despierto”, decía Haruki Murakami¹. Y es que el escritor sueña las novelas con los ojos bien abiertos y siente la necesidad ineludible de contarlas. Eliécer Cárdenas así lo hizo. Sus momentos históricos exigían una escritura cuestionadora, expresiones dispuestas a construir el sueño de una vida más humana.

Estos también son los sueños de Naún Briones², el “salvador social” de Cárdenas, a cambio de exigentes restricciones en su vida personal: “Puedo pensar en la Dolores, (...) que mis pasos ya nunca han de sonar cerca ni lejos y que mi voz, mi oscura voz de fugitivo, no se alzaré junto a su oído (...)”³.

Son casi tres años sin Eliécer Cárdenas Espinosa, autor de *Polvo y ceniza* y figura imprescindible en la literatura ecuatoriana. Su pasión por la cultura y su constante apoyo a los jóvenes dejaron una huella indeleble. En un esfuerzo conjunto, la Universidad de Cuenca, el Gobierno Provincial del Azuay y el Centro Cultural Casa Tomada, fundado por nuestro narrador, iniciaron la Bienal de Narrativa, en su honor.

1 En 2019, en una entrevista realizada en Ecuador para el suplemento dominical El País Semanal de España.

2 Protagonista de la obra *Polvo y ceniza* (2001) de Eliécer Cárdenas.

3 Cárdenas, E. (2001). *Polvo y ceniza*. Eskeletra.

Sin capacidad de soñar no se es en verdad realista... Que lo diga sino Jeovanny Benavides Bailón, el ganador de esta primera Bienal con su obra *Las palabras del aire vacío. La novela de Kafka*. Todo un éxito de convocatoria y resonancia para Cuenca y la región, a la altura de su tradición e identidad cultural.

I Bienal de Narrativa

La Bienal de Narrativa surgió como un homenaje a un escritor que está en camino de convertirse en un clásico de la narrativa ecuatoriana y que nunca perderá su vigencia. Hay en los relatos y novelas de Eliécer una sensación penetrante de verdad, obras empeñadas en la búsqueda de nuestra historia para comprender mejor nuestro presente.

Esta Bienal rinde tributo a la pasión por escribir, un impulso difícil de definir, pero que se resuelve, en el caso de Eliécer, en ser fiel a sí mismo y a su estilo. Puedo imaginar la respuesta de nuestro autor a preguntas sobre el porqué de escribir, narrar historias, o nombrar y contar. Su motivación se alinea con las mismas razones por las que leemos: una inquietud, una sensación de que algo no funciona del todo bien en nuestras sociedades.

En tiempos tan adversos y oscuros como los que ahora vivimos, seguimos necesitando escritores que nos hagan creer que todavía hay esperanza. La novela es una herramienta para la vida; la escritura, la más profunda forma de leerla. Además, recordando las palabras de Milan Kundera⁴, “la única razón de ser de la novela es decir aquello que tan solo la novela puede decir”, ¿acaso, hemos dejado de creer en el poder de las palabras? El aprender a vivir pasa por comprender el poder de la palabra.

Un legado de palabras

“Un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado dentro de nosotros”⁵, señala Kafka. Desestabilizar al lector, movilizarlo desde su cómodo sillón del interior de la casa. Salir del yo, en esta época tan narcisista.

4 Kundera, M. (2006). *El arte de la novela*. Tusquets Editores.

5 Carta de Franz Kafka a su amigo Oskar Pollak, en 1904.

Pese al tiempo transcurrido, seguimos sintiendo con asombro y admiración la vida refulgente de Eliécer. Lo evocamos pasando horas y horas frente a su vieja máquina de escribir, llenando páginas de párrafos, eligiendo y puliendo las palabras; días, semanas y meses, y a veces años, dedicados a escribir sus obras, mientras la mesa de su escritorio está repleta de libros como fascinantes símbolos de libertad y fraternidad.

“Porque soy Naún Briones y ayudo a los necesitados, a los que nada tienen o todo lo han perdido”⁶: frases como esta, ya inmortalizadas, es un índice del fracaso de nuestro mundo, de una sociedad que tolera las desigualdades.

Eliécer Cárdenas nos dejó una variadísima producción novelística, que incluye, entre otras, *Los diamantes y los hombres de provecho* (1989), una novela de aprendizaje y adolescencia, de formación vital y de confianza en los seres humanos; *Las humanas certezas* (1985), conjunto de relatos donde la dimensión poética se fusiona con lo social para la representación de la marginalidad en las poblaciones rurales; *El pinar de Segismundo* (2013), singular narración, construida con sorprendentes diálogos ficticios entre personajes de la historia ecuatoriana, ofreciendo de alguna manera un homenaje a la cultura nacional; *Háblanos Bolívar* (1983), una investigación histórica novelada, en el contexto de una sociedad andina en tránsito hacia la modernidad. Estas obras, en su conjunto, revelan a un autor abierto a las más diversas propuestas estéticas y tendencias narrativas.

Conviene ahora recordar la especial comunicación que Eliécer Cárdenas establecía con los jóvenes, preocupado profundamente por el futuro de las nuevas generaciones. Recordamos vívidamente que nunca negó su participación en actividades educativas y literarias con los jóvenes. Reconocía al joven como *ser de encuentro*, en un sistema de educación constantemente relegado. La educación, en un estado más apremiante que nunca, en el eclipse de las humanidades, parece haberse paralizado en escenario permanente de crisis. La crisis, hoy, se ha vuelto un estado de normalidad.

Con Eliécer creíamos que el futuro de la educación pasa por valorar y recuperar aquellas dimensiones de la práctica docente que

6 Cárdenas, E. (2001). *Polvo y ceniza*. Eskeletra.

son estrictamente humanas y que ninguna alternativa virtual podrá sustituir. Es, justamente, en este ámbito donde la educación se juega de verdad su rumbo más próximo. ¿Acaso la creciente preferencia por la enseñanza a distancia, cada vez más favorecida, perjudicará a la presencial? La cultura de lo digital jamás silenciará lo inobjetablemente necesario: la dimensión humana en el proceso educativo.

Volver al inicio, soñar

En todo plan, en todo proyecto, late un sueño. Debemos nutrirlo y compartirlo. Es por ello que Cuenca, y el país, han disfrutado de un gran acontecimiento: la I Bienal de Narrativa “Eliécer Cárdenas Espinosa”. La Universidad de Cuenca, el Gobierno Provincial de Azuay y el Colectivo Cultural “Casa Tomada” han demostrado que no hay perspectivas sin utopías, y que es imperioso creer en la fuerza transformadora de los sueños.

Las novelas de Eliécer, obras que enriquecerán nuestro recorrido existencial y social, pervivirán en nuestra memoria durante muchos años, su legado nos acompañará.

Con él, cuánta esperanza hay en el acto de narrar, de contar, de nombrar. Ante todo, la esperanza de entender a otro ser humano, la posibilidad de salir del aislamiento de nuestra individualidad. Para eso se lee y se escribe, para saber que no estamos solos. Como Pennac⁷ dijo: “el tiempo para leer ficción, narrativa, al igual que el tiempo para amar, dilata el tiempo de vivir”.

Carlos Pérez Agustí

Director del Colectivo Cultural “Casa Tomada”

7 Pennac, D. (2006). *Como una novela*. Anagrama.

Ecós de Kafka en la Bienal de Narrativa

Las palabras del aire vacío. La novela de Kafka “revive” la angustiada vida de Franz Kafka, a quien se lo considera uno de los autores más influyentes del siglo XX. La narración arranca un lunes 29 de junio de 1914, fecha que coincide con los asesinatos del Archiduque de Austria y de su esposa. Este suceso marcó un punto de giro en la historia: la Primera Guerra Mundial.

El libro es el resultado de una exhaustiva investigación histórica y biográfica, combinada con un profundo conocimiento de la obra del autor checo. Sin embargo, al sumergirse en su lectura, no se necesita estar al tanto de ninguno de estos aspectos. Al describir una atmósfera y unos personajes tan comunes, paradójicamente, se genera un relieve con regusto universal.

Las características con las que Jeovanny Benavides Bailón, autor de la obra ganadora de la I Bienal de Narrativa “Eliécer Cárdenas Espinosa”, presenta a sus protagonistas sin discrepar significativamente de las que los biógrafos han establecido. Nos introduce a un Kafka abigarrado, lánguido y de constitución enfermiza, incomprendido por su padre y, aunque amado, no respaldado por su madre, posiblemente víctima de las circunstancias. Su hermana Ottla es el único miembro de la familia que permanece a su lado, velando por él hasta su prematura muerte a la edad de cuarenta años.

Max Brod, su incondicional amigo, fue uno de sus mayores aliados en su proceso de escribir. Su confianza en el talento de Kafka era tan grande que incluso rescató y conservó los documentos que el escritor había descartado. Sin la intervención de Brod, la figura *kafkiana* y su obra, tal como las conocemos hoy, no habrían llegado a existir.

Kafka, al igual que el contexto histórico que lo rodeaba, estaba inmerso en su propio conflicto existencial. En alguna ocasión expresó: “Soy un campo de batalla”; una afirmación que resuena con la filosofía de Nietzsche⁸. Benavides profundiza notablemente en este aspecto del novelista, ya que entre las páginas de su obra encontramos un mundo impregnado de pesadillas, paranoia, distanciamiento y frustración, elementos que se entrelazan en obras como *La Metamorfosis* y *El Proceso*, que combinan una original mezcla de elementos reales y fantásticos.

Esta novela, como la vida de Kafka, carece de un final feliz y revela el resultado de una profunda admiración por la obra del autor casi cien años después de su nacimiento. Destaca por su originalidad, la sólida construcción de diálogos y una seria y constante exploración de acontecimientos históricos; es un retrato del auténtico escritor, bohemio, inconforme, enemigo de las trivialidades, con una existencia que es en sí misma una leyenda.

Sara Pacheco Zhiminay

Directora de la revista Casa Tomada

8 En la obra *Así habló Zaratrusta* (1883): “Yo no soy un hombre, soy un campo de batalla”.

A mis padres, Mariana y Miguel, quienes en los tiempos
más injustos de mi país ven un sueño hecho realidad.
A mis hijas, Carolina, Victoria, Amalia y Sofía, por ser mi luz y
esperanza en las sigilosas noches de tormentas.
A Kafka, por ser mi sempiterna fuente y guía de mis pasos literarios.

"No hay antes ni después. ¿Lo que viví
lo estoy viviendo todavía?
¡Lo que viví! ¿Fui acaso? Todo fluye:
lo que viví lo estoy muriendo todavía.
No tiene fin el tiempo: finge labios,
minutos, muerte, cielos, finge infiernos,
puertas que dan a nada y nadie cruza.
No hay fin, ni paraíso, ni domingo.
No nos espera Dios al fin de semana.
Duerme, no lo despiertan nuestros gritos.
Solo el silencio lo despierta.
Cuando se calle todo y ya no canten
la sangre, los relojes, las estrellas,
Dios abrirá los ojos
y al reino de su nada volveremos".

Cuarto de hotel (III), Octavio Paz.

“Cuando empiezo a escribir después de bastante tiempo sin hacerlo, saco las palabras como del aire vacío. Si consigo una, ella es la única que está ahí y todo el trabajo vuelve a empezar desde el principio”,

Nota en *Diarios* de Franz Kafka, 13 de diciembre de 1911.

La novela de Kafka, a un siglo de su muerte: 1924-2024

Capítulo I

Las campanas de la catedral empezaron a doblar a las seis en punto. El repique se coló con la fugacidad de un relámpago en la habitación y lo despertó a esa hora igual que todos los días. Rayaba el alba en el momento en que un ruiñeñor picoteó el cristal de su ventana. Aquel lunes, el lunes 29 de junio de 1914, la cortina se corrió de forma abrupta acompañada de un enfermizo resplandor violáceo que se derramaba por los resquicios del alféizar. La luz empezaba a colonizar la habitación y a poblar de penumbras lo que hasta hacía poco era solo oscuridad. El brillo incipiente mutó con rapidez en una masa luminosa que hirió los ojos de Kafka y le recordó que debía levantarse para ir a la oficina. Afuera, en las inmediaciones del Castillo, la ciudad de Praga comenzaba a latir.

La alarma destinada para activarse a las 6:30 demoraría aún en sonar y él lo sabía. Por eso se dio el lujo de descansar unos minutos más. Le gustaba saber que tenía la ilusoria sensación de vencer al tiempo, amo y señor de este mundo. Lo más llamativo de la habitación era la cama de una plaza. Todo estaba en el sitio exacto donde dejaba los objetos cada noche: una carpeta con documentos, una caja de cartón con manuscritos inacabados, las dieciséis páginas que escribió, hacía un mes, de su nuevo cuento, un bolígrafo plateado, el pañuelo que le regaló su madre antes de marcharse de casa. Incluso, si algún día amaneciera ciego, lo encontraría todo con facilidad.

Kafka miró el reloj de la pared. Ya iban a ser las 7 y las campanas volverían a repicar. Se levantó presuroso y quince minutos después terminó de vestirse. Su ritual incluía lustrar sus zapatos con un cepillo y una franela roja antes de ponérselos. Solo entonces se ajustaba el nudo de la corbata, se ponía la gabardina gris y se veía en un espejo de cuerpo entero.

Praga resplandecía aquella mañana calurosa de fines de junio cuando salió de la casa que alquilaba, ubicada en el Callejón de Oro. Ese día tuvo la convicción de que la rutina abrumadora se fragmentaría en mil pedacitos y que por fin su vida tendría algún sentido. Sentía una profunda desolación tras seis años de trabajo. Durante todo ese tiempo no había un solo día en que no lo angustiara la monótona, desgastante e inútil tarea de documentar, en informe tras informe, los accidentes laborales y el tedioso oficio de levantar las fichas de los empleados que debían ser indemnizados. Kafka sabía, en su fuero interno lo sabía, que su tabla de salvación y lo único que le impedía atarse una soga al cuello era la escritura. Sin embargo, se encontraba más inquieto de lo usual porque llevaba ya dos semanas sin escribir. No podía hilvanar una sola línea coherente. Su mente era un cúmulo de ideas inconexas. ¡Dos semanas ya! Una eternidad, pensó. Tenía un profundo vacío. ¿Por qué cuando cerraba los ojos no aparecía ninguna imagen, ni el pie de una historia, sino la oscuridad indeseable y tonta que se instalaba sin darle un minuto de tregua en su escritorio?

“La vida debe ser más que esto, tiene que serlo; en algún lugar del universo se encuentra mi destino”, pensaba. De lunes a viernes recorría el mismo trayecto a partir de las ocho en punto. Ese día iba con las manos en los bolsillos, distraído, pensando en Felice, su novia. Aún recordaba, letra por letra, la carta más sentida que le escribió y que cambió por completo el rumbo de la relación:

¿Querrás llegar a una conclusión respecto a si quieres ser mi mujer? Yo perdería mi soledad, que en su mayor parte es horrible, y te ganaría a ti, a quien amo más que a ningún otro ser. En cambio, tú perderías tu vida tal como la has llevado hasta el momento, vida con la que te sientes satisfecha casi por completo. En lugar de esta nada despreciable pérdida ganarías a un hombre enfermo, débil, insociable, taciturno, triste, rígido, casi desprovisto de toda esperanza, cuya tal vez única virtud consiste en que te quiere.

¿Se arrepentía de escribir esas palabras? No, se arrepentía de haberla conocido aquel aciago martes 13 de agosto de 1912 en la casa de su amigo Max Brod. Mientras salía por la calle Štupartská y agarraba la Celetná, pensó en lo mucho que la amaba, pero al mismo tiempo en los esfuerzos sobrehumanos que había hecho para borrarla de su memoria. ¿Era eso posible? Ella procedía de Neustadt, Silesia, y era cuatro años menor. La frescura de sus ideas, su sonrisa, su mirada lúcida y transparente, todo eso lo hechizó desde el primer momento en que la vio. Además, le parecía una mujer esbelta y blanquísima que irradiaba en todo su ser una exuberancia que ni a hombres ni a mujeres dejaba indiferentes. Era dicharachera, de trato afable y con una sonrisa que siempre afluía en su rostro hasta en las circunstancias más adversas. Tenía un talento único para la contabilidad y amaba la literatura rusa e inglesa, algo que Kafka admiraba.

En ese momento pensó en el último encuentro con Felice, pero todo le parecía tan efímero y remoto que las imágenes se le escapaban de la memoria. “Yo perdería mi soledad, que en su mayor parte es horrible, y te ganaría a ti, a quien amo más que a ningún otro ser”, sabía que era mentira y eso le dolía. Pese al bloqueo creativo, sentía a ratos que se había convertido en un esclavo de la literatura, oficio que no le permitía querer con afán otra cosa más que encerrarse en su habitación y escribir por días enteros. Sin embargo, percibía en carne viva el frío de la cotidianidad. Y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió solo.

Todo era rutinario: el trabajo, las actividades en la oficina, las cenas por las noches en casas de sus hermanas Valli, Elli, Ottla, las interminables visitas a los cafés y teatros, las reuniones insulsas con sus amigos. Lo vivido le sabía a nada. Tenía una decepción y un desánimo por aquello cuanto hacía que debía disimularlo muy bien frente al resto. La felicidad no podía encontrarse en lo cotidiano, pensaba.

¿Era feliz? No, no lo era. Recordó que Séneca decía que la soledad no era sentirse solo, sino estar vacío. Y así se sentía Kafka: triste, solo y vacío, en aquel lunes de fines de junio de 1914 en que ingresaba, por primera vez en seis años, con cinco minutos de retraso a la oficina del Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia. A partir de entonces empezaba un tiempo muerto, seis horas que se le hacían eternas y que las vivía como si alguien más lo hiciera

por él en una especie de realidad paralela. No quería embrutecerse con la rutina ni quedarse en la orfandad absoluta de la creatividad, porque había entendido que el trabajo rutinario era el mejor sicario de los sueños de la gente.

Las escasas veces en que miraba los ojos de sus compañeros de la oficina los veía sin el brillo de quien posee un ideal, sin una expectativa que convirtiera su vida en algo más de lo que era hasta entonces. Creía que se habían aburguesado en un lugar donde la rutina era lo más normal del mundo y que pasados treinta años de labores no había más horizonte que la jubilación. Por eso, y aunque le costara un montón, procuraba no generar recuerdos, ningún instante memorable que en casa le hiciera añorar una vida tan miserable como esa.

Durante toda la mañana no hizo más que pensar en cómo romper su bloqueo. A ratos le parecía divisar la sombra de una idea, pero luego la desechaba por incongruente o porque era apenas el espejismo de un relato. Solo quería llegar a casa para encerrarse a solas con su máquina de escribir y sentir de nuevo la dicha de cómo una historia fluía por su mente y la impregnaba en el papel. Sin embargo, algo raro sucedió ese día, cuando llenaba fichas y ordenaba carpetas: el reloj se detuvo. Las agujas interrumpieron su marcha caprichosa justo a las dos de la tarde.

¿Se había dañado el maldito aparato o alguien le jugaba una broma? Kafka se paseaba de un lado a otro de su oficina con los brazos cruzados y la mirada fija en la puerta, mientras pensaba que quizás se estaba volviendo loco y la paralización del reloj era tan solo una farsa siniestra provocada por la ansiedad que lo consumía como una sanguijuela. La solución era sencilla: salir y cerciorarse en el reloj de la antesala cuál era la hora exacta, pero le molestaba exponerse a unos compañeros con quienes apenas cruzaba palabras. Por eso dudó en hacerlo, y cuando por fin lo hizo vio con profundo alivio que apenas faltaban unos minutos para salir.

Kafka esperó hasta que el reloj de pared marcara las 14:30, en punto, para huir de la oficina y volver a casa. Mientras se escabullía con la cautela de un ladrón de bancos por los pasillos del trabajo pensó otra vez en Felice, en la relación tormentosa que llevaban y que también le impedía concentrarse en los momentos del día que dedicaba a la escritura.

Quizás ese ir y venir recurrente era un juego tóxico que debía morir de una vez y para siempre o quizás merecían darse una nueva oportunidad. Kafka no lo sabía en el momento en el que se puso la gabardina gris, acomodó el nudo de su corbata, agarró su sombrero y salió sin despedirse de nadie por la puerta principal de la oficina. Lo dicho: no le gustaba hablar con la gente de un lugar insípido que solo le provocaba ansiedad. Por eso, cuando se cumplía la hora exacta de la finalización de la jornada, bajaba de su oficina como una gacela, marcaba una tarjeta con su nombre y salía despavorido hacia la calle.

Ese día, mientras ponía en orden sus pensamientos, pasó todo ensimismado por la calle Na Porici, cerca de La Torre de la Pólvora, cuando un niño le arrojó una pelota en el rostro. Kafka agarró la pelota para devolvérsela, pero él, temiendo una reprimenda, corrió a refugiarse en los brazos de su madre, una mujer obesa cuya escena debió parecerle divertida porque se reía como loca. Kafka le dio la pelota a la gorda y se marchó.

—Mamá, ¿por qué ese señor se parece a un insecto? —el comentario le llegó mientras se alejaba, pero ya no quiso seguir escuchando.

“¿Un insecto? Pobre infeliz”. Kafka avanzó por la Plaza de Wenceslao.

Faltaba aún más de un kilómetro para llegar a casa. “Por fin un lugar donde puedo escribir en paz y no lo hago. El absurdo de lo absurdo”. ¿Lo dijo en voz alta o solo lo pensó? Kafka no lo sabría decir con certeza, solo se percató de que una pareja de ancianos se volteaba a verlo, pero la gente siempre lo escudriñaba, siempre había alguien que lo acechaba o que le dirigía miradas indiscretas, acosadoras y a las que no se terminaba de acostumbrar. ¿Tenía algo de raro o en verdad se parecía a un monstruoso insecto? Su padre estaría feliz de verlo curado de la afición idiota de la escritura que no lo llevaba a nada bueno y a la que, según le decía, solo se dedicaban los homosexuales confesos. Hubo un tiempo en que daba todo por satisfacer los sueños de su padre, pero ya no. Decidido a toda costa a que su hijo asumiera el negocio familiar, se desilusionó tanto cuando, en lugar de ayudarlo en su empresa, prefirió dedicarse al oficio de la escritura, aquel pasatiempo tonto y sin sentido. También lo golpeó el hecho de que estudiará leyes en la universidad y, sobre todo, como estocada final, le dolió en el alma que trabajara en esa maldita oficina de seguros, que fuera lo

suficientemente independiente como para no pedirle dinero ni ningún favor para dedicarse a vivir como si nada, mientras su negocio empezaba a ser administrado por uno de sus yernos, un absoluto extraño que recogía como le daba en gana los frutos de su trabajo y derrochaba toda la prosperidad que le costó décadas construir.

Si Kafka lo viera en este preciso instante, con toda la rabia e impotencia que llevaba dentro por su bloqueo creativo, agarraría un hacha y lo partiría a la mitad. El tipo, un tirano que miraba a todo el mundo como los súbditos de su reino fundado en la sinrazón y el odio, caería como un árbol seco, listo para avivar una fogata. “¿Es que soy capaz de matar acaso?” Con el gesto de alguien que espanta una mosca alejó esa idea tan pronto como surgió.

Divisar de lejos la casa le produjo una profunda alegría y pensó: “Hoy, hoy tiene que ser el día en que vuelva a escribir”.

Todo cuanto había en su habitación se encontraba ordenado de forma meticulosa hasta el punto de que no había una sola mota de polvo ni sobre sus cuadernos ubicados en una mesa ni sobre sus libros dispuestos en otra. Kafka encendió la lámpara de la sala. La gabardina y el sombrero los dejó sobre el perchero. En su escritorio ubicado en el único cuarto de la casa reposaban diez lápices de colores diversos, su diario, sus cuadernos con ideas de futuros proyectos, trescientas hojas en blanco y la máquina de escribir Oliver 5 que lo esperaba como un toro que aguarda la señal para empezar una faena.

“¿Por qué ese señor se parece a un insecto?”, mientras veía la máquina de escribir sintió un mareo y unas ganas terribles de vomitar. Las palabras del niño de la calle Na Porici retumbaban en su mente. “Yo, un insecto. ¿Un monstruoso insecto?”. Recordó que así se sentía desde el día en que su padre lo obligó a ir a su negocio para que lo ayudara con la contabilidad, que ese sentimiento de inferioridad lo dominaba cada vez que él le imponía las cosas que debían gustarle o el futuro que le tenía diseñado aún antes de que naciera. Kafka se sentó en su escritorio y en ese momento se le representó nítido en su memoria el día en que se armó de valor y le dijo a Hermann que no se encargaría del negocio textil de la familia tal como era su deseo, sino que se mudaría y trabajaría por su cuenta para cumplir su sueño de ser escritor.

—Alimaña asquerosa, eres un sucio y vulgar insecto malagradecido. ¡Yo, yo que te di todo para que seas lo que eres y me pagas así! Pero, óyeme bien, no eres escritor, sino un perdedor y un completo inútil, por eso volverás arrastrándote como un bicho para pedirme mi techo y mi comida.

Ya hace más de siete años de aquella discusión. Y aunque la pasó mal, aunque hubo momentos en que no tuvo ni para comer, prefirió pasar miles de penurias antes de volver al hogar y ser el hazmerreír de su padre. Por eso se mantenía en la oficina de seguros, por eso soportaba de modo estoico la monotonía y el peso de las infinitas jornadas marcadas por la rutina. Y si la empresa quebraba o desaparecía de un plumazo un día de estos, optaría por morirse de hambre en lugar de soportar las humillaciones de un tipo que gozaba con sus fracasos.

“Alimaña, insecto, cucaracha, bicho”, Kafka gritó tanto cada una de estas palabras que la habitación parecía temblar con la fuerza de su voz. Mientras esto ocurría, la víspera de aquel lunes 29 de junio de 1914, a poco más de mil kilómetros de Praga, en Sarajevo, un joven llamado Gavrilo Princip asesinaba con una pistola Browning al archiduque Francisco Fernando, heredero a la corona del Imperio austrohúngaro, y a su esposa, la duquesa de Hohenberg Sofía Chotek.

Y en el momento en que toda Europa empezaba a mover sus fichas para lo que al parecer sería un gran conflicto, Kafka, encerrado en su habitación, agarró la Oliver 5, susurró las palabras que lo atormentaban y cerró los ojos. Fue en ese preciso instante que vio claramente, como la epifanía que tanto buscaba, la historia que desde hacía muchos años le quemaba el alma, porque la escritura debía ser eso: *el hacha que rompiera el mar helado que todos llevamos dentro*. ¿Cuántas horas habían pasado? Por la única ventana del dormitorio se percató que ya anochecía sobre Praga. Luego miró la pila de papeles en blanco de su escritorio, se tocó la barbilla, sonrió, por primera vez en todo el día sonrió, y empezó a escribir:

Cuando Gregor Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto. Estaba tumbado sobre su espalda dura, y en forma de caparazón y, al levantar un poco la cabeza veía un vientre abombado, parduzco, dividido por partes duras en forma de arco, sobre cuya protuberancia apenas podía

mantenerse el cobertor, a punto ya de resbalar al suelo. Sus muchas patas, ridículamente pequeñas en comparación con el resto de su tamaño, le vibraban desamparadas ante los ojos.

«¿Qué me ha ocurrido?», pensó.

No era un sueño. Su habitación, una auténtica habitación humana, si bien algo pequeña, permanecía tranquila entre las cuatro paredes harto conocidas.

El bloqueo de dos semanas se había roto.

Capítulo II

Era una noche nublada y calurosa. Algunos rayos perdidos iluminaban fugazmente el horizonte y el cielo se había acongojado tanto que parecía advertir una tormenta; sin embargo, hacia medianoche apenas una brisa fina se atrevió a caer con timidez sobre Praga y sus alrededores. Una noche atípica de aquel verano checo de 1914. Los más supersticiosos decían que vendría el fin del mundo y que el alma del archiduque Francisco Fernando merodeaba por la ciudad buscando aliados que vengaran su muerte. Lo cierto es que la Gran Guerra había empezado y el pueblo entero estaba arropado por el temor y la incertidumbre. Mientras todo eso ocurría, Kafka, encerrado en su habitación, vivía sus propios tormentos.

¿Llovería más o acaso yo vería menos? A Kafka le gustaba elaborar en su mente ese tipo de juego de palabras, aunque no tuvieran sentido alguno, como ahora que buscaba con desesperación concentrarse para seguir escribiendo la historia de Gregor Samsa, pero no lo lograba. Su mente estaba eclipsada con el recuerdo de Felice.

Llevaba sentado casi cinco horas frente a su Oliver 5 y no había escrito una sola línea. Creyó que la historia del hombre que amanecía convertido en una cucaracha era el fin de su carencia de ideas, pero no fue así. Desde hacía tres noches, el bloqueo creativo era un visitante indeseable que resistía a marcharse de su habitación y lo sorprendía

hasta bien avanzada la madrugada. Pensaba en palabras sueltas, en ideas que nunca llegarían a tener coherencia, en circunstancias absurdas. Sin embargo, nada le parecía digno de ser narrado, de ponerse por escrito en el papel. Miraba la máquina de escribir con la mente en blanco, alelado, con torpeza. Y esa noche del jueves 2 de julio de 1914, víspera de su cumpleaños 31, sintió como nunca una mezcla de rabia y de impotencia, porque cuando por fin se le ocurría algo surgía la figura de Felice para atormentarlo como un demonio imposible de exorcizar. No dejaba de pensar en ella ni el encuentro que estaba pactado para el día siguiente.

En sus diarios apuntó que la historia de Gregor Samsa sería a lo sumo memorable. ¿Podría ser mejor? “Sí, siempre, siempre podía ser mejor, todo podía serlo”, Kafka se dio cuenta de que volvía a hablar en voz alta, pero no le importó. Necesitaba tiempo, un tiempo que se le escurría como lluvia cuando escribía y que se le hacía eterno en la oficina. Quiso renunciar a su trabajo para dedicarse a escribir las veinticuatro horas del día, pero no deseaba pedirle favores ni dinero a nadie, mucho menos a su padre. Igual sería inútil, pensaba, porque al final de una espera tortuosa, donde casi siempre le ganaba el cansancio visual, la página en blanco seguiría ahí, acechándolo, recordándole que era tan solo una pueril tentativa de autor cuyo nombre nunca nadie iba a recordar, porque jamás escribía nada.

La culpa era de Felice, estaba seguro, de su figura, sus palabras, la forma en que hacían el amor. “Toda esta escritura no es otra cosa que la bandera de Robinson en el punto más alto de la isla”, escribió aparte en uno de sus cuadernos. Y él luchaba de forma inútil por ver esa bandera, porque incluso cuando iba a dormir las letras del nombre de su novia se le representaban luminosas ante sus ojos.

Aquella noche, cuando aún faltaban unos minutos para la una, agotado de tanto pensar, se desmoronó como un montón de piedras sobre la cama y se sumió en un sueño intranquilo, lleno de retazos y fragmentos, que lejos de reparar sus fuerzas lo abrumaba cada tanto.

Amanecía el día de su cumpleaños 31. Al doblar de las campanas de la iglesia se debía sumar el ruido del tranvía que pasaba justo fuera de su casa. Aunque quisiera quedarse un rato más en la cama le sería

imposible descansar, pero descansar no era lo quería, sino desfogar todo lo que sentía en el papel, para encontrar un poco de sosiego, para no enloquecer. Kafka se sentía abatido aquel viernes 3 de julio de 1914, no por la falta de sueño que le formaba unas profundas ojeras, sino porque los días pasaban y él seguía sin escribir.

Sin embargo, era una radiante mañana y debía aprovechar el día. Por fin Praga se acordó de que era verano y presentaba un día fabuloso. Kafka salió de su casa a las 07:30, más temprano de lo usual. No tenía hambre, sino un profundo malestar estomacal que le provocaba náuseas. Caminaba despacio por la calle Staroměstské Nám con las manos en los bolsillos de la gabardina cuando le pareció ver que Felice salía de un café agarrada del brazo de un albino. Los siguió hasta la calle Celetná. Un sudor frío le recorrió la espalda, se sintió con fiebre y a punto de desvanecer. No, no debe ser, pensó. En el momento en que la pareja se detuvo a ver varios souvenirs en una tienda, Kafka pasó frente a ellos y comprobó que no era Felice. Se trataba de un espejismo, pensó, de esos que vemos en el desierto cuando estamos agobiados, a punto de desfallecer, y los ojos reflejan los deseos y no la realidad.

Kafka llegó dos minutos antes de las 8 al trabajo y se encerró en su oficina. Era un cuarto diminuto más parecido a una bodega que a otra cosa y donde habían colocado una silla frente a dos mesas largas y rectangulares en las que cada día se amontonaban decenas de carpetas que debía leer para proceder a redactar informes cuyo destinatario final desconocía. ¿Y si todos estos documentos van a parar a los líderes del Imperio austrohúngaro con el fin de desaparecer a unos trabajadores que tuvieron la desgracia de enfermarse un día cualquiera? Sí, podía ser. Kafka creía que él solo era una milésima pieza del juego de poder que pretendía instaurar un régimen donde los humanos serían controlados por sofisticadas máquinas y perderían de forma paulatina cada uno de sus deseos.

La luz del sol se filtraba por las persianas y se proyectaba sobre las carpetas que debía revisar. En eso pensaba Kafka cuando ordenaba las fichas de unos obreros que pedían la inclusión del servicio odontológico en sus chequeos anuales. Entonces tocaron la puerta. Un muchacho de unos doce años y con la miseria rondándole en el rostro se escabulló

en el interior del despacho y le entregó un sobre en cuyo interior leyó: “A las tres en el Café Louvre, tuya F.”. Le dio unas monedas al chico y se tumbó en la silla de terciopelo bordó que estaba atornillada al suelo como si alguien pensara en robársela.

Felice se convirtió en algo más que un nombre. En los casi dos años que llevaba de conocerla habían concretado una relación rara. Ella venía de visita a Praga y se veían de forma esporádica. En sus encuentros por los parques y calles de la ciudad hablaban de la infancia que tuvieron, de los amigos en común y de lo que querían para el futuro. Europa se desangraba con la Gran Guerra, pero planificaron recorrerla de principio a fin. Le agradaba su trato, la forma en que reía cuando él le decía que soñaba con ir a Palestina y quedarse allí para siempre. Se habían enamorado, aunque a Kafka le costara admitirlo esa era una realidad que se construía en cada nuevo encuentro. Sin embargo, un tema tácito e incómodo flotaba en el ambiente cada vez que surgía un silencio y que venía representado en forma de una pregunta que Felice siempre se encargaba de hacer. Y al fin de cuentas, ¿qué somos tú y yo? Kafka odiaba las etiquetas, le aborrecía pensar en que él era el novio de alguien o el futuro esposo de una mujer. ¿Acaso el mundo no estaría mejor sin los complejos nombres que les damos a las relaciones que tenemos?

—No, no lo estaría —le recriminó Felice en uno de esos momentos en que Kafka, sin querer, transmitió la franqueza de sus pensamientos en voz alta.

—Somos una pareja que se quiere, ¿no te basta con eso? —le dijo Kafka.

Él no esperó respuesta alguna porque sabía que no le bastaba, que esos encuentros repletos de sonrisas mientras paseaban por las calles de Praga iban al teatro, cenaban en modestos restaurantes y veían atardeceres infinitos desde el Puente de Carlos, se encontraban revestidos de lo que en sus diarios llamaba “un siniestro manto de alusión matrimonial”. Le temía, Kafka le temía al compromiso, le daba mil y un rodeos a una conversación que se dirigía a aguas tumultuosas donde sabía que no tendría escapatoria. 31 años, pensó de pronto. Terminó de acomodar unas fichas y se disponía a redactar un informe. Vio que el reloj de pared marcaba las 11:31. Su cumpleaños era lo de menos.

Faltaba cada vez menos para el encuentro. ¿Qué era lo que Felice tenía y que le había arraigado la firme convicción de que sin ella no sería posible vivir? Hablaba con fluidez de las obras de Flaubert y Dostoievski. Él, un hombre dominado por la fuerza de la narración, se vio envuelto en un dulce juego de palabras que ella hilvanaba en cada una de sus cartas. Amaba aquel intercambio epistolar porque le provocaba una brutal ansiedad por esperar una respuesta que, aunque sabía que no llegaría hasta una semana después, lo emocionaba más que cualquier encuentro físico.

Iba a ser feliz con Felice. ¿Acaso Felice creía que serían felices? Otra vez ese juego absurdo de palabras. Redactó como un autómata el último informe y a las 14:31 ya estaba en la calle. Diez minutos después ingresó al lugar de la cita. Se acomodó en una mesa con vista a la Torre de la Pólvora y esperó a Felice.

El Café Louvre lucía casi vacío a esa hora. Estaba ordenado, como Kafka no lo había visto jamás: sin borrachos ni cantantes, sin el ruido persistente de las conversaciones nocturnas, sin las risas estruendosas ni las cartas de juegos echadas en las mesas.

En el escenario vacío, los cojines de un pequeño juego de muebles violeta se encontraban en su sitio y el minibar del fondo resplandecía de lo limpio. Parecía que el café estuviera puesto en venta. Y entonces, al ver tanta pulcritud y vacío, Kafka sintió lo que una oveja debe sentir cuando escucha los gritos de sus padres que están siendo degollados. Cerró los ojos instintivamente y pensó, o eso creía que pensaba:

—Que pase lo que tenga que pasar.

—Claro, mi amor, que pase lo que tenga que pasar —le dijo Felice, jovial y de buen humor, mientras llegaba y se sentaba frente a él. —Vamos, tú y tu costumbre de hablar a solas. Un día de estos te van a llevar al manicomio.

Felice reía y en todo el café su risa resonaba.

Apenas la vio el corazón de Kafka parecía que le daba un vuelco. Aquella tarde Felice le pareció más bella que nunca. Pese al tiempo transcurrido desde la última vez que se vieron, la llama se mantenía intacta entre los dos porque empezaron a tratarse con la familiaridad de siempre. Kafka, tan huraño y evasivo, sonreía con sus comentarios sobre el clima y las anécdotas del trayecto que recorrió hasta Praga.

Cuando la mesera les preguntó qué les servía ambos respondieron al unísono: kulajda. Y se rieron por hablar al mismo tiempo. El kulajda es una sopa originaria de Bohemia elaborada con un puré de patatas, setas, un poco de eneldo y nata agria que le da un peculiar toque ácido. Unos panes y jugos de naranja completaron el almuerzo.

Kafka se fijó en una edición alemana de *Madame Bovary* que Felice guardaba en su bolso de piel de cabra y le dijo:

—Flaubert es un autor extraordinario y este libro es el mejor de todos. Yo lo leí en alemán y en checo. Hay un gran manejo de los personajes y la voz narrativa sostiene el relato en toda la historia. ¿No te parece?

—Claro. Me fascina todo lo de Flaubert. No sé, tiene una especie de efecto hipnótico en cada página que me deja como tonta.

—Sí, aunque es un poco excéntrico —le dijo Kafka— he escuchado que debe gritar todo cuanto escribe para comprobar la musicalidad de sus frases y si algo le hace ruido enseguida lo cambia.

—Todo escritor tiene algo de loco, sino mírate a ti —le respondió Felice y volvió a reír. Al Louvre empezaba a ingresar más gente. Kafka temía que de pronto irrumpiera Max y les hiciera los típicos parabienes que se les desea a todas las parejas que aparentan ser felices.

—Todo ser humano en realidad tiene sus rarezas. Como tú, por ejemplo —le dijo Kafka y de golpe ella se puso muy seria hasta el punto de mirarlo de hito en hito en busca de una respuesta que no llegó.

—Sabes, también he leído por estos días a Dickens. *David Copperfield* es lo mejor de la literatura inglesa de todos los tiempos, porque...

—Te equivocas, querida —Kafka hizo énfasis en el “querida” para que sintiera la ironía de su voz— Dickens es un sujeto pretencioso. Todo en su escritura no es otra cosa más que un desfogue inmisericorde de vanidad.

—Los escritores son así, querido —le respondió Felice mientras saboreaba la última cucharada de kulajda. —Por cierto, ¿sigues escribiendo?

Kafka quiso contestarLe que no, que por pensarla tanto estaba dejando inconclusa una historia que sí era el hacha que iba quebrar el mar de hielo que llevaba dentro, pero no podía. Solo la miró, asintió

levemente con la cabeza, esbozó apenas una sonrisa, llamó a la camarera, pagó la cuenta y la invitó a dar un paseo por el río Moldava. Praga estaba radiante y con un sol feliz que hacía resplandecer las plazas, calles, jardines y puentes.

—Claro, debemos celebrar tu cumpleaños, mi amor —le dijo ella entusiasmada.

Salieron del Louvre y avanzaron tomados de la mano por la Národní hacia la calle Na Perštýně. Cuando llegaron a una intersección en Platnéřská, Kafka tuvo un ligero mareo porque en un mendigo apostado en una esquina le pareció ver el rostro de Gregor Samsa antes de que se convirtiera en una horrenda alimaña. Lo había soñado tanto que su rostro de facciones irregulares, nariz aguileña, pómulos salientes y ojos ligeramente saltones se le representaron en aquel indigente. No le dio importancia y siguió avanzando, pero Felice, que notó su turbación, le preguntó qué ocurría. Entonces Kafka le contó la historia que estaba escribiendo.

—Interesante —le dijo. Él hubiera preferido que le lanzara una cachetada o un escupitajo en lugar de arrojarle una palabra insulsa que se suele emplear cuando en realidad no hay nada más que decir. Kafka quiso soltarle la mano; sin embargo, reprimió el impulso.

Cuando llegaron a la calle Mánesův most, y tomaron en dirección al Puente Manés, el sol empezó a ocultarse ligeramente. El trayecto duró menos de quince minutos. Entonces Kafka bajó unas escaleras, habló con el encargado y alquiló un pequeño yate. Un muchacho de unos 16 años y con el rostro picado por la viruela se presentó como el encargado de darles el paseo. Felice perdió el equilibrio mientras puso un pie en la embarcación y estuvo a punto de caer al agua. Ambos se reían como dos tontos.

En el momento en que iban rumbo al Puente de Carlos, Felice se puso muy seria antes de hacerle la siguiente pregunta:

—¿Eres feliz?

Kafka no supo qué responder y pensó que la vorágine de lo cotidiano le impedía detenerse y reflexionar sobre lo importante. Sabía que su trabajo lo consumía por completo, apenas tenía tiempo para ir a casa y escribir. Era en la literatura donde se sentía más dichoso, pero las lagunas creativas lo convertían en un miserable. Y así la vida

pasaba, sumido en una ruleta de seguridades, donde se lo tiene todo y al mismo tiempo nada, hasta que un día cualquiera el pasado vuelve en forma de emoción y con la proyección de un compromiso. Miró el Moldava, la forma en que seguía su curso inexorable y pensó en Heráclito. ¿Cuántas veces este pobre hombre tuvo que bañarse en las aguas de un río para comprobar su teoría?

Como no encontró respuesta, en el momento en que pasaban por la Isla Střelecký, Felice le hizo otra pregunta, era la pregunta que había guardado durante todo ese tiempo y que constituía, al parecer, su principal razón de estar en Praga.

—¿Has pensado en lo último que hablamos?

De golpe, mientras Kafka miraba el vacío del horizonte en busca de respuestas, todo el yate quedó sumido en un silencio rarísimo, de esos que no traen la calma, sino que solo sirven para generar más tensión, porque se tiene la certeza de que algo trágico se avecina de un momento a otro, como cuando alguien aguarda la réplica de un terremoto y la tierra se ha tranquilizado, pero solo para agarrar un impulso mayor y moverse con más fuerza que antes. Así. Desde la carretera el sonido de la sirena de una ambulancia interrumpió sus pensamientos y, como si estuvieran en una obra de teatro, ambos se miraron.

Kafka creyó que podía asir la fugacidad de aquel instante y se sintió tanto dueño de la situación como dueño de sí en el momento en que se quitó el sombrero, agarró las muñecas de Felice, la miró con obstinación, como escarbando en un pensamiento, y le dijo:

—Cásate conmigo.

Durante mucho tiempo después Kafka se preguntaría la razón de ser de esas palabras. ¿Por qué dijo algo que no sentía, que no pensaba, que no creía? La voz le salió como la de Gregor Samsa cuando, convertido ya en cucaracha, arrojaba unos chillidos ininteligibles para cualquier ser humano sobre la faz de este planeta, menos para Felice quien, acodada en la proa, le preguntó:

—¿Lo dices en serio?

A esa altura él ya era un hombre distinto; sus movimientos se volvieron torpes, balbuceaba y, lo que era peor, mentía de forma cínica:

—Claro que sí, mi amor.

Al pasar por la Isla de los Eslavos se dieron un beso largo en los labios, como el de los actores al final de una predecible obra teatral romántica. Cuando Kafka abrió los ojos vio cómo sobre Praga empezaba a anochecer. Luego sintió que también a él lo envolvía un manto oscuro, un espeso mundo de tinieblas que a partir de ahí no lo dejaría en paz nunca más.

Capítulo III

Kafka despertó mal, con la certeza de que el cuello se le iba a desprender de un momento a otro, con un terrible malestar lumbar que le recorría toda la espalda y con dolor, un intenso y maldito dolor, que le impedía doblar la rodilla izquierda. Felice dormía a su lado y lo abrazaba cual náufrago que se aferra a una tabla de madera en medio del océano.

¡Qué raro dormir junto a una mujer por primera vez! Tenía que adaptarse a un cuerpo diferente, a la respiración constante, a los ronquidos, a las patadas y abrazos inconscientes. Todo sería cosa de acostumbrarse, pensó; sin embargo, no sería tan fácil. Cuando se levantó, debido a la luz salvaje que se abría paso por entre las persianas en aquel mediodía de sábado y que le hería los ojos, Kafka volvió a sentirse solo y miserable. Sabía que no tendría la suficiente fuerza para romper con Felice así de buenas a primeras. La vida no tenía por qué ser así, pensó con profunda tristeza. Entonces se olvidó del dolor de su rodilla, fue al baño, defecó, se duchó, se puso una bata y salió. Vio cómo Felice seguía durmiendo a pierna suelta. Roncaba. Podía despertarla, enredarse entre sus brazos para volver a hacer el amor, pero no. Encima de la mesita de luz había una hoja en blanco, y una pluma. Quiso concentrarse y retomar la historia de Gregor Samsa, pero comprobó con profunda tristeza que poco a poco ya no sentía ganas de escribir. Se vistió de forma sigilosa para comprar pan en la tienda y preparar

el desayuno. Cuando salió, un viento helado lo recibió en plena calle y recién allí se percató que había olvidado la gabardina gris, pero no le importó. Tenía que salir, así sea un momento a respirar aire fresco, y cuanto antes mejor. Ya el reloj marcaba la una de la tarde.

En su recorrido por el Callejón de Oro pensó en cómo su vida estaba a punto de cambiar y tuvo miedo. Por un lado, el matrimonio con Felice le daría estabilidad y resistencia para afrontar las dificultades que el futuro le deparaba; podría incluso pensar en obtener un mejor empleo menos tedioso y con mayor proyección. Sin embargo, amaba su soledad, porque sin la compañía de nadie más había logrado lo único de lo que podía sentirse orgulloso: escribir. En la literatura se sentía poderoso, emotivo, un pequeño demiurgo que manejaba a su antojo los lazos de un mundo que solo él era capaz de concebir. Y, sobre todo, sabía que exclusivamente con las armas de la escritura podía acabar con el infierno interior que lo atormentaba.

—Nunca más volveré a estar solo —se distraía pensando en voz alta en el trayecto de regreso a casa.

Cuando llegó, Felice ya se había levantado.

—Mi amor, pensé que me habías abandonado —le dijo. Y sonrió.

Ese fin de semana lo pasaron recorriendo las calles de Praga, visitaron el interior del Castillo y varias sinagogas. Felice estaba tan contenta que les escribió a sus padres una efusiva misiva en la que les anunciaba que pronto se iba a casar.

La noche siguiente, Kafka sintió que alguien abría la puerta mientras trataba de escribir, en un cuaderno, el libro cuyo nombre aún no había pensado. Era medianoche y por primera vez en mucho tiempo no pensaba en Felice. ¿Su recuerdo, pese a que estaba acurrucada junto a él, era un fantasma que se diluiría en el mar de la escritura o surgiría en el momento menos pensado, como lo había hecho antes, para arruinarle su proceso creativo? No lo sabía, pero prefería dejar de pensar en ello.

Kafka creía que la literatura era su tabla de salvación y el arma más eficaz para combatir los demonios que lo merodeaban, la forma más eficaz de sanar a su atribulado corazón y el hacha que rompería la

insensibilidad a la que tanto temía. No pensaba en los reflectores ni en la fama. De hecho, cuando hace unos años publicó su libro de cuentos *Contemplación*, no buscó entrevistas en los periódicos ni lo promocionó en las ciudades cercanas a Praga. Su compromiso iniciaba y finalizaba con la escritura. Y aún más ahora, después de empezar a formalizar su relación con Felice, creía que debía apurar el ritmo de la escritura a pasos agigantados, porque sentía, en el fondo de su corazón lo sentía, que el tiempo se le estaba agotando y que moriría pronto.

La idea de la muerte surgió como un parpadeo. De repente, la oscuridad de su cuarto se hizo más densa. La escritura no debía ser una tortura, sino una tabla de salvación. ¿Qué futuro le esperaba a Gregor Samsa en su novela? Y al pensar en ello, lo vio todo claro, el único futuro posible de su protagonista era el de la humillación y la muerte, una muerte que a nadie entristecería, sino que aliviaría a todos porque por fin se habrían librado de la asquerosa alimaña. Con horror, mientras se disponía a volver a escribir un nuevo párrafo en el cuaderno, comprobó que Gregor Samsa era él mismo. Si moría en la madrugada, por un infarto o si tuviera la suficiente valentía para suicidarse, nadie lo extrañaría. Quizás Felice, quizá Otla, pero nadie más. ¿Su padre? No, claro que no, pero lo cierto es que ahí estaba otra vez, siempre lo estaba, aquella figura que lo perseguía como un ladrón en la noche, como una sombra molesta que lo acompañaba a todos lados y que se le adhería a su ser como sudor en el cuerpo. Al fin de cuentas, en esa figura residía el motivo de sus desvelos, pues en el fondo, aunque buscaba con obsesivo afán sembrar distancias, sabía que todos sus pasos lo dirigían a buscar su aprobación.

“Para liberarte del peso de las ocupaciones conviene que hagas un viaje”, le dijo Max hace mucho. Y ahora, mientras se recostaba en la almohada y miraba la oscuridad del techo en busca de respuestas, esas palabras le vinieron a la mente como una epifanía. ¿Un viaje? Max estaba ocupado, no podría acompañarlo en un trayecto largo que pensaba. Descartaba ideas como el fumador empedernido desechaba cigarrillos en un velorio. ¿Y el trabajo? Estaba harto de la oficina. Podía pedir unos días más de permiso y si lo despedían pensaba que en el fondo le harían un favor, porque “a veces lo peor que puede ocurrir termina siendo lo mejor que puede pasar”. ¿Schopenhauer, Nietzsche o simplemente Max? No lo sabía con certeza, pero sí, debía ser Max.

Entonces supo lo que tenía que hacer. El día siguiente, lunes, hacia las 14:30 debía ir al Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia y pedir permiso por una semana para viajar lo más pronto a Berlín, hablar con los padres de Felice, pedir su mano y retornar para casarse en Praga.

Kafka pensó que el más alegre con esta decisión sería Hermann, su padre. Por fin su hijo sería un tipo normal y, muy probablemente, dejaría de ser un mediocre funcionario, tendría algo de ambición para escalar posiciones en el mundo laboral y pondría, con su ayuda, una fecunda empresa que sería la envidia de toda Praga. Por un momento le ilusionó la idea de que su padre volviera a sentirse orgulloso de alguna de sus iniciativas. Julie, su madre, haría todo lo que su padre le dijera. A veces la imaginaba como una extensión de la voluntad de su padre, como un tercer brazo, y no como un ser con voluntad propia.

Quizás ahora, al asumir esta decisión, podría ver por fin directo a los ojos de Hermann y percibir en ellos el odio diluido y una veta infinita de orgullo al apreciar en su hijo perdido a un verdadero hombre, porque para Kafka nada era más importante entonces ni lo sería en mucho tiempo.

Caminó por el puente de Carlos como siempre. Era el tradicional rodeo que daba todas las tardes. Le dijo a Felice que lo esperara en casa, porque debía pensar un poco. Pero entonces, cuando a lo lejos divisó la torre del Castillo, igual como ocurre cuando en plena luz del día se corren las cortinas en una habitación sumida en la oscuridad, supo que precisamente ese día, debía visitar a su padre. Él debía estar orgulloso si se casaba, si dejaba de ser un tipo con fama de holgazán y adquiriría una responsabilidad tan grande como el matrimonio. Entonces sería como él, estarían a la par, serían señores de sus hogares y nunca más lo trataría como a un bicho raro. Ya no sería un niño inocente ni un hombre diabólico, sino el señor Kafka, igual que Hermann.

Aquel encuentro, cuyo mero planteamiento le laceraba el alma y que había pospuesto por muchas ocasiones y por diversos motivos, era el que necesitaba para hallar la paz que tanto anhelaba su corazón para continuar escribiendo.

A medida que se acercaba a su antigua casa se sentía nervioso. ¿Qué le diría a su padre? No lo había pensado, solo sabía que debía llegar hasta allí y entonces las palabras fluirían con la fuerza de la emoción ¿Le pediría perdón y seguiría la vida como si nada hubiera pasado? No, claro que no, eso no iba a ocurrir.

En unos minutos estaría frente al hombre que más admiró en la vida y el que se la arruinó debido a sus constantes humillaciones. “Solo quiero que seas un hombre de verdad y te encargues de los negocios familiares”, a cada paso las palabras de Hermann le retumbaban en la cabeza. Era domingo y Praga soportaba un día caluroso, pero Kafka no sudaba. Cuando empezó a tocar la puerta de la casa donde transcurrió su adolescencia y escuchó que unos pasos se acercaban a abrirle sintió que una ola de frío lo convertía en una estatua de hielo, que ni siquiera el hacha afilada de Raskolnikov tendría la suficiente fuerza para quebrar en pedazos.

Hermann se preciaba de ser un auténtico Kafka. En realidad, era difícil precisar lo que quería decir con ello. Criado en Wossek en medio de grandes privaciones y bajo una severa educación por parte de Jakob, su padre. El tiempo había moldeado el carácter huraño y evasivo de Hermann. Su mayor decepción era su hijo, su único hijo. ¿Por qué tenía que ser su yerno quien administrara su negocio?, ¿por qué un tipejo así, que en cualquier momento que le diera la gana dejara a su hija por otra, estaba al frente de todo cuanto era suyo? Las preguntas sin respuestas lo aturdían. ¿Por qué Kafka no se decidía a echarle una mano? No, porque escribía. ¿Y no podía hacerlo en otro momento? No, no podía, le había dicho. ¿Y acaso no podía dejar su trabajo del Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia para ayudarlo en los ajetreos cotidianos de su empresa? Tampoco podía. Siempre recibía rechazo y por eso él también lo daba. Ausente, evasivo y en todo momento de mal humor, Julie había olvidado ya el instante en que vio reír a su esposo por última vez.

Kafka tocó la puerta un par de veces y aunque escuchó pasos que se acercaban nadie le abrió. Se sintió escudriñado de arriba a abajo, de pronto sus manos sudaban profusamente y entonces, cuando ya

se disponía a marcharse, una voz del otro lado, ronca y distante, preguntó quién era.

—Yo —Kafka hubiera preferido decir su nombre, pero no lo hizo; hubiera preferido añadir “papá”, pero no lo creyó oportuno. Sabía que él estaba del otro lado y que lo observaba como a una rata en un laboratorio. Se empezó a poner nervioso y entonces la risa se apoderó de él. Luego la puerta se abrió y Hermann apareció envuelto en una toalla, como solía estar cuando descansaba antes de almorzar, en una de las pocas pausas que hacía en el día para continuar, después, con el ajetreo constante y caótico que le esperaba en su negocio.

—Yo no es un nombre y cuando escucho tu risa ya sé que eres tú —Kafka vio a su padre cansado, con el rostro pálido, todo ojeroso y creyó que lo había despertado de un profundo sueño, pero lo cierto es que estaba enfermo de una terrible gripe que le vino acompañada de fiebres intensas, un profundo malestar en su garganta y vómitos recurrentes. Vaciló en abrir la puerta, porque no quería que su hijo lo viera en ese estado, a él que siempre se ufano en no enfermarse jamás.

Hermann lo invitó a pasar con un gesto teatral de bienvenida exagerado, como el del chofer de la limusina que le abre la puerta a su jefe. Luego Kafka se sentó en uno de los muebles de la sala y Hermann se acomodó en un taburete, justo frente a él. La casa seguía igual a como Kafka la recordaba, justo hacía seis años, cuando se marchó a vivir de forma independiente para que nadie lo molestara con la misma cantaleta de la responsabilidad. Sobresalían las cabezas de tres tigres disecadas junto a una chimenea con fuego perpetuo y una gigantesca estrella de David en la mesa de centro.

—¿Por qué has venido a esta hora si sabes que tu madre no está?

Había fastidio en el tono de voz con el que Hermann hacía un reproche disfrazado de pregunta. Kafka pasó por alto cualquier gesto malintencionado y le respondió:

—Lo sé, papá. Solo quiero hablar contigo un momento.

Hermann había perdido días enteros tratando de convencer a su hijo de administrar el negocio familiar, pero siempre la respuesta era la misma. Por eso lo miró sin emoción, como aquella persona que tiene cáncer terminal y se ha resignado a morir dentro de poco, y esperó, mientras observaba a Kafka de hito en hito, recibir malas noticias.

—Papá, voy a casarme con Felice Bauer. Solo quiero que me trates como a un hombre y podamos vivir nuestras vidas en armonía.

Hermann tosió dos veces.

Kafka no sabía qué decir. Se puso pálido y deseó irse de inmediato, pero sabía que no iba a ser tan sencillo.

—Casarte no te va a salvar de tu destino. Solo quería que fueras un hombre, que te sintieras como uno por lo menos, para que puedas manejar el negocio y ser útil en la vida, pero no, tienes la fantasiosa idea de escribir y escribir, como si no pudieras hacerlo por las noches y en el día seguir una vida normal. Y ahora, sumando todos tus males, me dices que te vas a casar con Felice, la puta esa, que vino de Berlín a cazar hombres ingenuos como tú. No me digas que no, que en este pueblo todo se sabe. Ahora crees que la tienes encerrada en tu cuarto, pero no, esa ramera debe estar revolcándose con un panadero en este mismo momento. Aléjate de esa puta y ven a trabajar conmigo, solo así serás un hombre.

Kafka, visiblemente aturdido, quería cambiar de tema. Aquella manera soez de referirse a Felice lo había tocado en lo más profundo. Era cierto lo que su padre le decía, y eso ¿qué podría significar, acaso que ya no era un hombre?

—Papá, no quiero que hables así de ella y gracias por tu oferta, pero te digo que no, porque no solo es el tiempo, es todo el ambiente sórdido que rodea la empresa. Mandas todos los días a más de veinte empleados. ¿O no? Y yo no estoy hecho para decirle nada a nadie, peor para obligarlos sabiendo que ese es su deber.

—Lo aprenderías, todo en esta vida se puede aprender. Lo sabes.

Kafka, harto de todo y dolido aún más por lo que dijo de Felice, le dijo que no, que tenía su propio destino y una vida que ameritaba ser construida por él mismo. Se apresuró a salir, dejando a Hermann tirado en el sofá. Entonces, justo cuando le hacía un gesto de adiós en el vano de la puerta, escuchó la condena que recordaría por el resto de su vida:

—¿Sabes? Ya no queda nada de aquel niño inocente que creció en Wossek. Ahora, en cambio, eres un ser diabólico, engreído y caprichoso. Por eso te maldigo a que sufras lo que yo sufro. ¿Te gusta tanto nadar, cierto? Pues cuídate mucho, hijo mío, porque yo te condeno a morir ahogado.

Kafka se levantó del taburete, se mordió el labio inferior para reprimir las ganas de llorar. No, ni en este mundo ni en el otro Hermann lo vería derramar una sola lágrima. Corrió hasta la salida, tiró la puerta principal con todas sus fuerzas y se marchó.

¿Habrá alguien en el mundo, alguien aparte de Hermann, que maldiga a sus hijos y que los condene a morir ahogados? Kafka no lo sabía con certeza en el momento en que se dirigió al puente de Carlos, se apoyó en una de las barandas, miró el fluir constante y sosegado del río Moldava y se dispuso a cumplir el deseo de su padre. No, no era un suicidio ni un dejarse imbuir, sino un abrazar el agua.

Se lanzó sin pensarlo, con las manos abiertas y los pies extendidos, como un gato que cae de una mesa y que por instinto sabe que flexionará ligeramente sus extremidades y no le pasará nada, porque tiene la certeza de que pase lo que pase caerá de pie. Era un domingo soleado y hacía un calor sofocante. A esa hora, ya pasado el mediodía, tres vendedores de joyas en el mercado negro seguían a Kafka con la mirada una vez que se lanzó. Se acodaron en el puente de Carlos para ver qué sucedía después, como una película que se desarrollaba frente a sus ojos.

Mientras caía Kafka sintió que volaba, que la vida toda desaparecía de golpe y que por fin podía tener un instante de paz. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no sintió el golpe, sino una sacudida leve, ligera y cariñosa, como el abrazo de una madre. Los tres curiosos calculaban entre sí la altura del puente hasta el agua: 32 o 30 metros, por ahí. El impacto los dejó visiblemente conmovidos, tanto que cuando Kafka salió a la superficie a respirar aire fresco empezaron a aplaudir.

Las aguas tumultuosas del Moldava acababan con la vida de más de cien personas cada año. Suicidas, gente que desafiaba sus corrientes, imprudentes que caminaron cerca de sus orillas y resbalaron, accidentes, gente presa de la mala fortuna que ingresó a tomar un baño y jamás se los volvió a ver porque este río de más de 430 kilómetros de largo los engullía y con frecuencia no se preocupaba ni siquiera en devolver los cadáveres.

Kafka se dejó arrastrar durante un rato por la corriente. Vio que en el puente de Carlos varios cocheros también se habían detenido con el morbosos afán de saber quién era la víctima suicida, porque eso decían. ¿Cuánto tiempo había pasado? No lo sabía. Kafka no sentía frío; en lo efímero del minuto siguiente recordó cómo Hermann le enseñó a nadar cuando tenía ocho años arrojándolo de un puente, ubicado en una propiedad de un tío de Julie. Fue lo más útil en el mundo real que le pudo enseñar jamás.

—Nada, infeliz —aún retumbaban en su mente esas dos palabras que, incluso cuando Kafka se demoraba más de un minuto en salir a tomar aire, Hermann repetía como un demente.

En el agua Kafka sentía que volaba, lo creía de verás. Después de escribir era lo que más amaba y sabía, por eso, que nunca iba a morir ahogado. Dueño de la situación, sentía la ropa pesadísima, y se quitó el saco que en ese momento era un verdadero lastre. No le importó perderlo, ya compraría otro. Lo que verdaderamente le aquejaba y le taladraba el cerebro era otra cosa que se resumía en la más simple de las preguntas: ¿cómo contentar a papá? Quizás era una estupidez pensarlo siquiera, pero encontrar el modo de que Hermann se sintiera orgulloso de él era lo más urgente en ese mismo momento. Mientras pensaba en ello nadó hacia la orilla, parecía que el Moldava lo respetaba y lo llevaba donde quisiera; por eso los curiosos, que ya sumaban más de diez, lo miraban con incredulidad. Y entonces, cuando casi ya había alcanzado la orilla y se disponía a subir por una de las calles laterales al puente de Carlos, vio en el reloj de una de las torres que ya eran las cinco y que pronto oscurecería. Debía darse prisa. Las ideas se le agolpaban en la mente como un cúmulo de agua que se intensifica en el aguacero. Empapado, sintiendo tras de sí la mirada de la gente que lo tomaba por *el loco suicida del puente de Carlos*, corrió las doce cuadras que lo separaban hasta la casa donde vivía. Una vez allí se desnudó de forma atolondrada. Felice no se encontraba; a lo mejor estaría con el panadero, como había dicho su padre, pero no le importó. Tenía que actuar con rapidez. Dejó la ropa regada en el único mueble de la sala. Luego se puso una toalla en la cabeza que aún goteaba el agua fresca del Moldava, se acomodó frente a su máquina de escribir y empezó una historia que encabezó con la siguiente dedicatoria: *Una historia para Felice*.

Siguió escribiendo cuando se hizo de noche, incluso cuando todo el barrio se levantó a las tres de la mañana porque un borracho se había metido a la casa de al lado para cogerse por error a la esposa del vecino, y tecleó sin parar hasta que vio cómo la luz del sol se filtraba por el cuarto y se preguntó a sí mismo, en la bendita manía que tenía de hablar solo, si ya era lunes. Solo entonces, cuando supo que lo era, que ya no había tiempo para más, escribió el final del cuento al que llamó *La condena*:

Salió del portal de un salto, el agua lo atraía por encima de la calzada. Ya se asía firmemente a la baranda como un hambriento a la comida. Saltó por encima como el excelente atleta que, para orgullo de sus padres, había sido en sus años juveniles. Todavía seguía sujeto con las manos, débilmente. cuando divisó entre las barras de la baranda un ómnibus que cubriría con facilidad el ruido de su caída. Exclamó en voz baja: Queridos padres, a pesar de todo siempre los he querido, y se dejó caer. En ese momento atravesaba el puente un tráfico verdaderamente interminable.

En el cuento Kafka también saltó, en la vida real él saltó, pero fue redimido por la escritura, porque en el Moldava el cuento íntegro, con cada detalle pensado de inicio a fin, se le reveló como si alguien lo tuviera ya escrito para él. Felice había llegado hacia medianoche, pero no lo interrumpió; se acostó de forma tan sigilosa que Kafka ni se enteró.

Al día siguiente, después de caminar por los alrededores del Castillo de Praga, le mostró a Felice su escritorio junto con todos sus apuntes ubicados en una rara especie de orden que solo él sabría definir. No le molestó que viera el caos de su territorio como autor, porque así era su vida misma. Después de todo, si iban a casarse esta sería una buena oportunidad para que se empezara a decepcionar.

Kafka se entretuvo pensando en eso y tarde, como casi siempre, se dio cuenta de que no habían cenado. En la cocina, mientras Felice iba al baño, preparó unas bramboráky, las deliciosas y típicas tortas fritas praguenses elaboradas con patatas, harina y huevos. De hecho, era una de las pocas cosas que sabía hacer. Felice comió con mucho ánimo. Se notaba feliz y radiante, pues el matrimonio con Kafka era uno de sus sueños más preciados. Por un momento, quiso saber qué pensaba la mujer con la que había decidido pasar el resto de su vida. La

veía como alguien obstinada en cazar un marido solo por cumplir una tradición familiar, pero ¿lo amaba de verdad o solo fingía como él lo hacía, incluso cuando después de cenar la llevó hasta la cama?

La ansiedad por el contacto de su piel era tan abrumadora que parecía sentir cómo la fuerza de su calentura abrasaba cada parte de su ser. ¿Debía optar por ella o su pasión por la escritura? Su vida entera pasaba por esa decisión. Felice quiso hablar, decirle algo, como si hubiera tenido acceso a sus pensamientos y le quisiera contestar la pregunta, pero Kafka tenía un animal enjaulado entre los pantalones. Entonces le pareció oír, o creyó que oía, las palabras nítidas de Gregor Samsa ya convertido en aquel bicho gigantesco:

“Hay que gozar hoy y escribir mañana”. ¡Qué solución más maravillosa! Pensó que en esas escasas palabras residía toda la sapiencia de este mundo y que solo ellas tenían la fuerza necesaria para construir una novela entera.

Con desesperación la penetró y sodomizó, como si el mundo se acabara al día siguiente y esa fuera la última vez que podrían estar juntos. Luego, cuando ella lo cabalgaba y la veía agarrarse las tetas grandes como un par de toronjas, tuvo una erección aún más intensa. La escuchó gemir como una puta en el instante en que un líquido viscoso se derramaba por entre sus piernas. Ahí supo que nada volvería a ser igual, que con Felice a su lado jamás volvería a escribir una sola línea y que toda su vida iba a girar a partir de allí en una especie de perpetua montaña rusa donde él tendría que olvidarse de sí mismo para cumplir los deseos del resto. Cuando vio que ella daba las últimas arcadas de su orgasmo, se prometió terminar al día siguiente con toda esa farsa. “Mañana, mañana sí, mañana acabaré, mañana terminaré con ella para siempre, mañana sí será definitivo”, pensó. Entonces sintió que él se venía también con el orgasmo de ella. Y sí, acabó.

Capítulo IV

Kafka lo tenía claro. Solo debía ir a la oficina de su jefe, plantarle cara, hacer una pregunta estúpida sobre el clima y solicitarle permiso para ir a Berlín a pedir la mano de su novia. Pero no era tan fácil, en la práctica no tanto, por los rodeos, por la selección minuciosa de las palabras, por sus manías, porque más parecía que ensayaba para una obra de teatro en el colegio que para un simple trámite administrativo. Felice se había marchado a Berlín para preparar su llegada a la casa de sus padres. Después de tantas idas y vueltas decidió que el matrimonio sí sería una buena opción y por eso el viaje a Alemania adquiriría una trascendencia notable. Sin embargo, la simple perspectiva de hablar con gente que no conocía, como los padres de ella, lo ponía nervioso y le robaba todo atisbo de sosiego.

Mientras tanto, solo en su habitación, con la puerta trancada por un bastón y encerrado con llave, se miraba en un espejo de cuerpo entero, se fijaba en la comisura de sus labios y en la convicción de sus gestos antes de decir las palabras que tenía en mente y que le costaba tanto que fluyeran de su boca. Aborrecía a los charlatanes, pero en aquel momento hubiera dado su vida por tener una pizca de la seguridad con la que ellos se dirigían al resto y lograban lo que se proponían. Aún estaba exhausto por la escritura de *La condena* y encima no durmió nada por pensar en el inminente encuentro con su jefe.

¿Qué tal eso de mover la mano derecha en señal de alentamiento, como un dictador, y luego inclinar de forma ligera el mentón para pedir aprobación? Mientras sentía que aún en su interior resonaba todo el peso de la narración, se dio modos para ver hasta el hartazgo sus movimientos y cada uno de ellos le parecía vano, torpe y ridículo.

Cuando el reloj dio las 07:00, ya lo tenía definido. Debía presentarse en la oficina del director Heinrich Weiler antes de las 08:00 y dejar que las palabras emanaran como un río luego de las primeras lluvias de invierno: improvisaría. No le negarían el permiso. Y si lo hacían, tampoco estaría tan mal, pensó. Y así, con esa convicción de no esperar ni lo mejor ni lo peor, ni un sí y ningún no, Kafka se puso la ropa interior gris, el pantalón negro, se calzó los zapatos que no tuvo tiempo de limpiar, se abotonó la camisa blanca y se echó encima la gabardina azabache, antes de quitar el bastón que trancaba la puerta, abrir la cerradura de la puerta y salir de casa, como todos los días, en dirección del Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia.

Recién a las 07:40 se percató de que no había comido nada en casi dos días, así que en su paso por el Barrio Nuevo de Praga pasó por el café Arco, en la calle Hyberská, y pidió lo único que había: una sopa de zanahorias con tostadas de harina. Como no quería perder más tiempo evitó buscar otro restaurante y conformarse con una comida que no le gustaba del todo. Desayunó deprisa, sin hambre, como quien cumple un ritual religioso, pagó la cuenta y se marchó.

Faltaban aún cinco minutos para las 8:00. Quizás a Heinrich Weiler le parecería raro que alguien como él, que nunca asomaba las narices por allí, lo fuera a buscar a esa hora. Cuando pasaba por la Torre de la Pólvora ya hacía rato que llevaba las manos en los bolsillos de la gabardina y empezaba a hablar para sí. Maldito hábito, pensó, mientras unos niños jugaban a lanzarse la pelota con las manos y reían. ¿Reían? Hace tiempo que él no lo hacía y tampoco ninguno de sus personajes. La razón por la que le gustaba estar tan cerca de Felice era precisamente por su risa contagiosa, amplia, extendida y ruidosa, como el híbrido fantástico y rocambolésco de un pavo con una hiena. Empezaba a caer una ligera brisa, raro para esa época. Y de pronto Praga se volvió gris. Amaba los días soleados, siempre le traían buenas vibras para actuar en algún asunto en particular o escribir incluso. Por eso, que el día se hubiera puesto así de pronto, le generó un mal augurio.

Cuando ingresó al edificio no hizo falta que preguntara si Heinrich Weiler había llegado, porque lo vio subir las escaleras. ¿No era extraño, idiota y sin sentido que, en el Instituto de Seguros, compuesto de tres plantas, los jefes ocuparan la parte alta, los de menor rango, como él, en la segunda y el resto, desperdigado en unas oficinas del tamaño de un armario, en la parte baja?

Mientras subía las escaleras le dio por pensar en las palabras exactas, en aquellas que no querían salir, porque parecían atornilladas en el interior del cerebro. Todo en vano. Heinrich Weiler, de 30 años y oriundo de Bonn, con un cuerpo envidiado por las secretarías y moldeado con el sudor de miles de horas de entrenamiento en la propiedad rural de su padre, se caracterizaba por su voz chillona e infantil. Él se encontraba allí en el Instituto de Seguros, soportando la monotonía del inexorable letargo del paso de las horas, solo porque su padre lo obligaba. Pronto serían ya cinco años de labores y podría irse por fin a New York y comenzar una nueva vida con una muchacha americana, con cualquiera que se encontrase, porque estaba harto de las mojigatas europeas que solo se fijaban en rituales hipócritas para mantener el mundo banal y frívolo de las apariencias. Odiaba a los judíos, las voces y risas judías que escuchaba en las plazas públicas cuando paseaba en carruajes para llegar o irse de la oficina le producían tanta repulsión que su simple recuerdo le provocaba arcadas en el estómago. Por eso, por la tirria que le tenía a los judíos, le resultó rarísimo que Kafka tocara la puerta de su despacho y le pidiera cinco minutos de “su valioso tiempo”, para hablar de un asunto que no podía esperar un día más.

Kafka ingresó a la oficina de Heinrich Weiler y, cuando ya tenía preparado en su mente el discurso para la concesión del permiso, los nervios se apoderaron de él y empezó a reírse como un niño suelto en una juguetería. El tipo ni siquiera se inmutó; pensaba que Kafka había hecho un chiste judío que él no entendía. Después de varios minutos se calmó, así en seco, tal como surgió. Entonces farfulló una disculpa que no comprendió y le dijo que iba a ausentarse del trabajo porque pensaba pedirle la mano a su novia que vivía en Berlín. Heinrich Weiler le dijo que no había problemas, que se podría ir desde ese mismo momento si quería, le deseó suerte y le dijo que se marchara y volviera al cuarto día. ¿Suficiente? Kafka asintió, no dijo una palabra más y se largó. El encuentro duró menos de un minuto. Mientras recogía

una carpeta con documentos en la que había escrito algunos cuentos inconclusos, miró el reloj. En un momento más darían las 08:00 y el lugar empezaría a llenarse de trabajadores a los que no quería saludar. Se volvió a poner la gabardina y salió corriendo en dirección a la calle.

Casi 350 kilómetros separan Praga de Berlín. Kafka visitó la capital alemana por primera vez hacía seis años y se sintió maravillado. En aquella ocasión le cansó el viaje de más de cuatro horas en tren, más aún porque no llevó ningún libro consigo. Ahora, mientras extendía la maleta sobre su cama y alistaba la ropa que iba a llevar como equipaje, analizaba entre *Madame Bovary* de Flaubert y *Crimen y castigo* de Dostoievski. No, él no estaba para decisiones difíciles. Dudaba entre el francés y el ruso, entre lo perfecto y lo maravilloso. ¿El maestro de la escritura o el Dios de la narrativa? En ese dilema se encontraba cuando a esa hora de la tarde, casi las cuatro, un viento cálido abrió la ventana de su cuarto de par en par y gruesos rayos de luz se posaron sobre la carpeta que tenía como título *La metamorfosis*. Entonces la agarró, primero con curiosidad y luego con mucha ilusión. A continuación, volvió a mirar los ejemplares sobre los que dudaba y con un gesto de fastidio dijo en voz alta:

—¡Bah, ni Flaubert ni Dostoievski: *la literatura soy yo!*

Sonrió. Tomó la carpeta, se la puso bajo el brazo derecho, salió en dirección a la calle dando grandes trancos y se fue rumbo a la estación. Hubiera querido decirle a su madre que lo acompañara, que estuviera con él en este momento tan decisivo, pero sabía que ella no iría: Hermann no le daría permiso, pues el trabajo en el negocio cada vez era más intenso. Tendría que ir solo; y tanto mejor, pensó, pues ya tendría tiempo para acabar la historia de Gregor Samsa.

A la salida de su casa, un coche acarreado por tres caballos pasó muy cerca de él. El conductor parecía moler a golpes a uno de ellos y le daba tan fuerte con un látigo que parecía que iba a desfallecer en ese preciso instante. En ese mismo coche Kafka decidió ir a la estación. Con suerte tomaría el tren de las cinco y pasadas las nueve estaría en Berlín. Felice no lo esperaba sino hasta la siguiente semana. ¿Se sorprendería de verlo tan pronto o le causaría mayor impacto la propuesta inminente de matrimonio? Mientras pensaba en ello, llegó a la

estación. Y, efectivamente, alcanzó con las justas el último billete para el turno de las cinco.

Había muchísima gente esperando trenes aquel viernes de inicios de agosto de 1914. Este tipo de lugares siempre le generaba malestar. El caos generalizado del ir y venir de miles de personas le provocaba un desconcierto terrible. Kafka solo quería buscar a Felice, otra vez hacer el amor y luego... luego ya el tiempo se encargaría de enrumbar el destino de los dos.

Un hombre con trazas de albañil se despedía de su esposa y tres hijos de menos de diez años después de que comprara los billetes en la oficina igual que él. Se iba a la guerra, se iba a pelear por Alemania, país que reclutaba y pagaba un dinero que jamás en su vida iba a poder conseguir. Apenas pisara el campo de batalla su familia recibiría la mitad, lo suficiente para comprar una casa y tener comida por un par de años. El precio lo valdría, un techo y no morirse de hambre, por lo menos por un tiempo; y a cambio la casi certeza de no contar con un padre nunca más. Lágrimas falsas, pensó Kafka, si realmente lo quisieran no lo enviarían a sacrificarse de ese modo.

Historias como esa se repetían a cada paso. La guerra se volvía una plaga que se extendía por toda Europa. Sin embargo, las noticias que se sabían eran cada vez más escasas. Había un hermetismo en la difusión de la información, porque todo se conocía tarde y mal. Por medios no oficiales, donde la veracidad reñía con lo clandestino, se sabía que el imperio alemán había declarado la guerra a Francia y acababa de invadir Bélgica. Todo el mundo parecía convulsionar de un momento a otro y el ambiente estaba plagado de miedo y desazón, porque nadie sabía si se iba a ver allí por última vez, pues los trenes que iban en direcciones diferentes podían ser atacados por los ejércitos que empezaban a marchar hacia inadvertidos campos de batallas. Podría suceder que un tren se viera inmerso en un fuego cruzado y ninguno de sus ocupantes resultara ileso.

Kafka caminaba muy deprisa por los andenes e iba en busca del tren que lo llevara a Berlín cuando escuchó una ráfaga de fuegos artificiales que iluminó todo el cielo de Praga por breves segundos. Alguien tomó una decisión importante en relación a la guerra o uno de los poderosos del Castillo cumplía años y lo celebraba de ese modo, cualquier

cosa podía estar pasando. Viajar así no sería tan agradable, pero ya tenía el boleto en la mano. ¿Acaso no podía retractarse ahora? Claro que lo haría si el deseo de encontrarse con Felice no fuera tan fuerte.

Mientras caminaba, se escabullía para que no lo miraran. Sentía cómo la gente se fijaba en él y le dirigía miradas desaprobatorias. ¿Era muy alto, muy orejón, muy dientón? La gente no lo aceptaba. Se vestía de negro para mimetizarse con las paredes oscuras, pero aun así sentía que los niños lo señalaban para burlarse de su extremada delgadez, de su sombrero de copa, de su gabardina gris, de su tos estridente. Se había hecho chequeos hacía unos meses y el médico, hartado ya de auscultarlo y de no encontrar nada, le dijo que el origen de sus males era la hipocondría. Kafka se sintió avergonzado por no saber el significado de esa palabra, por eso lo primero que hizo cuando llegó a su cuarto fue buscarla en el diccionario. Cuando lo supo sintió que el médico lo trataba como un idiota y no volvió a verlo.

El reloj marcaba casi las cinco y el tren estaba a punto de salir. Kafka hizo la última fila antes de embarcar; unos policías revisaron su identificación y le ordenaron que subiera de inmediato. Mientras buscaba su asiento, ubicado en el tercer vagón, una mujer gritó horrorizada. Todos se voltearon a verla. Se calmó, pero él escuchó que cuchicheaba y les decía a los de su lado: “es un judío, un maldito judío va allí”. Ese era otro problema, el estigma constante que le machacaban por doquier. ¿Por qué la gente odiaba tanto a los judíos? Kafka ni siquiera practicaba las costumbres más elementales de esa religión, porque escribía los sábados, comía sin restricciones y ni siquiera oraba al *Dios verdadero*. Una vez Max le dijo que los judíos despertaban toda clase de antipatías porque, producto de grandes sacrificios, habían obtenido la riqueza que tanta gente anhelaba. El trabajo duro, como el hecho de abrir sus negocios en horarios que nadie más tenía abierto, incrementó el poder adquisitivo de los judíos quienes compraban propiedades por doquier y no tenían necesidades económicas.

Nadie aceptaba que eso se llamaba envidia, por eso los odiaban en público por un motivo más razonable: fueron los judíos, y solo ellos, quienes asesinaron a Nuestro Señor Jesucristo y debían pagar sus culpas con el exterminio de toda su raza. Aquello constituía a todas luces un precio muy alto, por eso Kafka pensaba que era un delito haber nacido judío. En el trabajo se admiraban de que hubiera llegado a ser un

funcionario del Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia. ¿Había pagado para estar allí o qué méritos tenía? Lo peor de aquella situación era que siempre soportaba miradas desaprobatorias y nadie le decía las cosas en la cara. Solo lo señalaban, lo miraban, hurgaban en sus gestos, lo desaprobaban y parecían sentir asco por su presencia. Esa era una de las razones por las cuales se encerraba en su cuarto a escribir por horas. Allí se sentía dueño y señor de mundos que creaba a su antojo, como el de Gregor Samsa, a quien había convertido en una gigantesca alimaña y que sentía lo mismo que él en los actuales momentos: miedo y vergüenza.

Kafka se acomodó en el mullido asiento de terciopelo y empezó a buscar la concentración necesaria para escribir. Admiraba a escritores colegas suyos, Max incluso, que escribían en bares y en parques públicos. Él no podía hacerlo. Para escribir necesitaba una silla, su mesa y su Oliver 5, pero no quería desaprovechar las cuatro horas del viaje mirando por la ventana y admirando el paisaje.

¿Hasta qué punto Gregor Samsa coincidía con su condición de rechazado en un núcleo familiar y social en el que simplemente no terminaba de encajar? Mucho. Sin embargo, la transformación sugerida en su novela no era un relato para generar autocompasión ni para ganar la simpatía de nadie. La literatura debía ser otra cosa, pensaba. Y mientras las disquisiciones de su cerebro oscilaban entre si Gregor Samsa tenía que volver a convertirse en humano de nuevo o morir apedreado por su familia, Kafka tuvo el siniestro presentimiento de que el síndrome, aquel maldito engendro, de la página en blanco volvía a visitarlo.

Miró por la ventana. Los pequeños pueblos se sucedían uno tras otro. Quiso concentrarse en su manuscrito y lo logró. El tren iba a toda velocidad, mientras él empezaba a escribir con avidez, como si un loco conductor presionara con fuerzas el pie del acelerador y no lo quisiera aflojar. Luego de tres horas de escritura frenética, cuando Gregor Samsa parecía que se fundía en un solo ser con él, dejó el lápiz y un pensamiento aterrador, más aún que el de la página en blanco, le invadió causándole una profunda zozobra: ¿y qué pasaría si una vez casado ya no tenía tiempo de escribir? Felice iba a ser la dueña y señora de su vida, decidiría sobre los lugares y dónde habría que ir un fin de semana, feriados incluso, y un día hasta le prohibiría ejercer el oficio

literario, porque para ella era un pasatiempo que en el fondo no servía para nada. Pensaba y no paraba de pensar en ello cuando por altoparlantes anunciaban la inminente llegada a su destino. Y por primera vez, desde que se subió al tren, creyó que aquel viaje a Berlín no había sido una buena idea.

Capítulo V

Eran días raros en Berlín. El ajetreo y caos por la guerra se palpaban a cada paso. Cuando Kafka llegó a la estación, tomó el primer coche que encontró, desdobló un papel donde tenía cuidadosamente anotada la dirección de Felice y fue sin reparos. La casa, ubicada en el barrio de Steglitz, era tan vieja y precaria como las alas muertas de una mariposa. Por ello, cuando estaba parado en la puerta, procuró tener mucho cuidado mientras acariciaba una campanita de plata que hacía las veces de timbre. Pensó que abriría su amada, que ella se sentiría tan contenta por el solo hecho de verlo que se arrojaría a sus brazos. Así debía ser, así lo había deseado, pero no. Le abrió un hombre aún más viejo que la casa y con profundos surcos marcados en el rostro, como si le hubieran clavado una daga en repetidas ocasiones hace más de medio siglo. Kafka no supo qué decir, pero no hizo falta porque el hombre, que resultó ser Carl Bauer, el padre de Felice, era un tipo tan locuaz y dicharachero que lo hizo sentir en familia de inmediato. Hablaban como si se conocieran de toda la vida. Felice amaba esos momentos, porque sentía que el mundo a su alrededor por fin les sonreía a todos.

Lo siguiente que pasó, Kafka preferiría no haberlo vivido. Por eso, en lugar de recordarlo quiso mejor anotarlo en su diario:

Es curioso cómo el tiempo va deformando la idea que tenemos de la fisonomía de las personas. A veces la imagen que alojamos en nuestro interior se idealiza porque la amamos o aún sentimos algo; otras, en cambio, recordamos a esa persona por un acontecimiento en concreto y la percepción que tenemos se encuentra modificada por lo sucedido en ese momento. Pero luego, cuando llega el instante de un nuevo encuentro, nos asombramos porque su imagen no coincide con la que teníamos guardada en la memoria. Con facilidad olvidamos que la gente cambia por el ineludible y mortífero transcurrir del tiempo, más aún cuando ha pasado demasiado.

Por eso no deja de ser más curioso aún que la mañana en que me reencontré con Felice en su casa me pareciera más bella que nunca. Habían pasado apenas unos días desde la última vez que nos vimos. Entonces éramos una pareja que se creía consolidada y con una decidida proyección matrimonial.

Haber ido a buscarla a Berlín fue un error, no cabía duda. Ella me presentó a sus padres como su amigo, el escritor de Praga del cual les había hablado. Me saludaron con efusividad. Felice mantuvo el trato cordial igual que yo.

Todo marchaba bien, creo. No había grandes sobresaltos, hasta la infeliz mañana de mi segundo día en Berlín. Entonces, ya cuando nos quedamos a solas, ella me preguntó de nuevo si era feliz. No sé por qué me preguntaba lo que ya me había preguntado en Praga, así que, en lugar de quedarme callado como un tonto, le pregunté lo mismo y sin dudar, con la franqueza que la ha caracterizado toda la vida, dijo que sí. Estábamos en la sala de su casa, la luz del sol se filtraba por las cortinas y se derramaba por los muebles. Era un día alegre. La tomé de la cintura. Hablamos de lo que pasó hace un tiempo y nos reímos sin parar. La besé como nunca. Sin embargo, algo sucedía en mi interior que no me permitía capturar la feliz fugacidad de ese instante.

¿Era feliz? La vorágine de lo cotidiano nos impide detenernos y reflexionar sobre lo importante. Mi trabajo me consumía por completo, apenas tenía tiempo para ir a casa. Escribir, mi vida entera estaba al servicio de la escritura, pero cada vez me tomaba más tiempo en concentrarme. Y así la vida pasaba, sumido en una ruleta de seguridades donde se lo tiene todo y al mismo tiempo nada, hasta que un día cualquiera la historia vuelve en forma de emoción y con la proyección de una aventura, esta vez en Berlín. Podía evitar el contacto con el susurro del pasado que me suplicaba evitar seguir con Felice, pero no lo hice.

En la noche siguiente y a escondidas, la vispera en que debía volver a mi trabajo en Praga, paseamos por el lago de Müggelsee. Ahí, en la oscuridad y fresca de su hierba con olor a salmón podrido, hicimos el amor justo antes

del amanecer, el tiempo exacto para que Felice volviera a casa, se colara hacia su habitación y desayunáramos como si nada. En nuestras conversaciones recordábamos sucesos que los mirábamos con gracia y ternura a la vez, como la ocasión en que caminamos media ciudad bajo un pertinaz aguacero solo por la locura de sentir que podíamos amarnos en la lluvia o cuando quisimos hacer el amor cerca de un puente para vivir una arriesgada aventura y tuvimos que huir porque un loco surgió de la nada y nos quiso obligar a hacer un trío. Así, poco a poco, sin que me diera perfecta cuenta del todo, me enredaba en las aguas tumultuosas del matrimonio y de todo cuanto implicaba.

De esa manera, con un pie en la nostalgia y el otro en una realidad probable, a Felice se le ocurrió la idea de escaparnos a Venecia. A sus padres les diría que íbamos a la casa de Max en Praga, solo pasarían unos días y regresaríamos, pero yo no sabía si podría pedir un nuevo permiso en mi trabajo. No obstante, le dije que sí. Ella quería que me desenchufara de mi mundo en un remoto y perdido hotel veneciano. Lo cotidiano tenía que morir algún día. Lo perfecto, o la idea de perfección que tenemos, es solo una ilusión. Yo sentía que mi mundo y todo cuanto me rodeaba en ese momento era de cristal y un martillo gigante empezaba a despedazarlo sin piedad, con coraje y a sangre fría.

Así fue cómo volvimos a vivir juntos, por lo menos durante unos días. Con Max le envié a decir al director del Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia que me encontraba enfermo. Luego arreglaría mi vida laboral, pensé. Esa mañana de mediados de agosto en que tomamos el tren con rumbo a Venecia la vida tendría que volver a empezar. Eso me decía mientras veía a Felice con el cabello suelto; su rostro conservaba las facciones de la Gioconda de Da Vinci; cargaba un jersey celeste y un short bordó de pana. Su figura aún tenía el carácter atlético y portentoso del cual me había enamorado alguna vez. Yo, en cambio, estaba más flaco que nunca, todo escuálido a mis 31 años, producto de los descuidos de mi vida sedentaria.

El hotel que escogimos quedaba en el corazón de Venecia, cerca del Palacio Ducal. Sería un adelanto de nuestra luna de miel, prometimos. Acomodamos nuestras cosas en la habitación. Nos tratábamos como viejos amigos que se reúnen a tomar unas cervezas, no como pareja. Le pregunté cómo iba su trabajo en Berlín, era la mecanógrafa de un abogado, y ella me empezó a contar anécdotas insulsas y a las cuales yo tenía que sonreír de forma hipócrita, porque me causaban un profundo tedio. Después hicimos el amor en la habitación, fue intenso, como si el mundo entero se perdiera

y a nosotros no nos importara nada. Mientras estaba a punto de venirme le susurré que la amaba, pero ella me dijo: “Casémonos pronto y así nunca más estarás solo”.

Enseguida le quise decir que no, que yo sí amaba la soledad, pero la conocía tan bien como para saber que no iba a entenderlo.

Luego, recostados en la cama, Felice me dijo que pronto, ya casados, todo sería distinto.

—Pero, cariño, yo debo seguir escribiendo. Eso no va a cambiar nunca, porque es lo que quiero, porque es mi sueño.

Remarqué el no, como para que mi postura quedara clara, pero ella empezó a reír como una hiena.

—¡Ay, cariño! Escribir solo es un pasatiempo. Y no hables de sueños, que los sueños son como Dios: no existe y nunca está cuando lo invocas ni cuando lo necesitas de verdad.

Esa noche nos bañamos en una de las lagunas cerca de Dorsoduro. Fingía alegría. No podía sacarme de la cabeza las palabras de Felice. Por eso fracasaba siempre nuestra relación: a ella no le importaba lo que para mí era sagrado. Era imposible seguir con alguien así. Antes de ir a dormir bebimos cervezas en el bar del hotel y solo fuimos a la habitación cuando me cercioré de que a ella se le doblaban las piernas de lo borracha que estaba. Eran las tres de la mañana y una ligera brisa caía sobre el mar Adriático que cubría Venecia. La recosté en la cama, recogí mis cosas y las guardé en la maleta. Vi dormir a Felice y me dio una profunda lástima por lo que iba a hacer. Le dejé una nota en la que le decía simplemente “gracias”. Y corrí, corrí lo más rápido que pude, como si me persiguiera el mismo demonio. Fui a la estación, compré el ticket para el primer tren con destino a Praga que saldría en menos de una hora. Me sentía como debe sentirse una puta la primera vez que un tipo se le babea encima. Yo no estaba para aventuras y ya no quería perder más el tiempo.

El camino de regreso era oscuro. Estaba algo mareado por las cervezas. Después de un rato, ya en el tren, rayaba el alba y sobre el horizonte se veía una bella luz violácea que hacía ingentes esfuerzos por iluminarlo todo.

Cuando llegué a Praga ya era de día. Subí a mi habitación de forma sigilosa, como un gato que camina en las madrugadas. Me acosté en mi cama sin hacer ruido. Antes de volverme a dormir me sorprendí haciendo lo que nunca pensé que haría: rezaba. Le quise agradecer al Dios en el que no creo por traerme con bien, pero me acordé de lo que dijo Felice: “Dios nunca está cuando lo invocas ni cuando lo necesitas de verdad”.

Pasaron más de cuatro meses sin tener noticias de Felice y Kafka pensó, por primera vez, que había llegado el momento de olvidarla. El repique de las campanas de la catedral lo despertó como todos los días aquel lunes 28 de diciembre de 1914. La monotonía y el sopor constante de la rutina mortal del trabajo cotidiano lo esperaban, pero quién diría que la maldita labor que tanto odiaba le ayudaba, aunque sea por efímeros instantes, a dejar de pensarla. La primera semana sin ella tuvo el irrefrenable deseo de ir hasta su casa en Berlín, hablar con Carl Bauer, escuchar de nuevo sus ocurrencias y pedirle de una vez y para siempre la mano de Felice. Sin embargo, se convenció de que tanto esfuerzo no valía la pena. Kafka lo supo en el momento en que terminó *La metamorfosis*.

La muerte de Gregor Samsa también fue, en cierto modo, la muerte de ella y la muerte de él en aquello que se esforzaban en llamar relación. Ahora que no había nada debía surgir de esa nada para seguir adelante. ¿Hacia dónde? No lo sabía, como no lo había sabido nunca, solo tenía en mente que el fracaso con Felice también había sido en cierta manera una nueva desilusión para Hermann. Tenía semanas que no hablaba con él, pero seguro que lo sabía. Ese viejo zorro tenía sus artimañas y tentáculos para enterarse de todo lo relacionado con sus hijos.

Felice se casaría con otro, haría su vida con alguien distinto, tendría hijos que no serían suyos. ¿Y él? Tendría que amar más que nunca a quien nunca le fallaría y estaría a su lado, aunque el mundo se cayera a pedazos: su Oliver 5, aquella máquina de escribir lo acompañaba desde los 17. Fue el único regalo de Hermann que en realidad apreciaba.

Durante mucho tiempo Kafka pensó que la relación con Felice sería para siempre. Reían juntos, se prometieron cosas que no pensó que llegaría a plantearse nunca como el hecho de que él sería quien lavara los platos de la cena los fines de semana o que ella sería quien escogería el lugar de la luna de miel. Con su primer hijo, ya circuncidado a los ocho días, irían a Jerusalén y luego, cuando reunieran el dinero suficiente, se establecerían en Ginebra donde vivirían para siempre lejos de familiares y amigos, dispuestos a empezar una vida nueva.

En la soledad de su cuarto Kafka sentía el vacío de la ausencia de Felice. Ya no le llegaría la carta cotidiana, ya nunca más ella irrumpiría en la ciudad, como quien entra en una habitación y lo pone todo de cabeza, ya no convertiría su vida en un caos imposible de reparar y, sobre todo, jamás tendría que pensar en la posibilidad de tener hijos, casarse y vivir atado a alguien que le exhortaba a dejar de escribir. Él tenía que vivir y aquella ausencia, que al principio era dolorosa como un dolor de muelas pero clavado en el corazón, cada vez iba a doler menos. Era como la cicatriz que nos hacemos en un brazo, luego viene la costra, se cae, sana y después de un tiempo ni siquiera nos acordamos qué fue lo que pasó. La vida tenía que ser así. Su padre debía comprender que él no sería el señor Kafka, sino un escritorzuelo sin aspiración alguna.

Y ese dolor momentáneo, disfrazado de nostalgia, pero que en verdad traía consigo la libertad que tanto buscaba para escribir, lo sacaba de la rutina del trabajo y le daba un nuevo impulso creativo. ¿Escribiría sobre Felice y la ruptura reciente? No, todo estaba muy fresco aún. La historia de Gregor Samsa aún le daba vueltas en la cabeza. El nuevo libro, la nueva obra, debía ser tan fuerte que debería ser capaz de romper el molde de *La metamorfosis* que llevaba dentro.

Era el último lunes de 1914. Aquel año en verdad estaba marcando su vida para siempre, pensó. Y ni siquiera había terminado. Antes de ir al trabajo dio una vuelta por el Puente de Carlos. Caminó durante más de media hora, a veces en círculos sin apenas notarlos, pues se encontraba sumido en sus pensamientos. “¿Y si la vida no es más que esto y ya no merece ser vivida?”, repetía esta frase en voz alta y la gente que lo veía con su característica gabardina gris y el sombrero de copa se le alejaba. A la altura de la calle Národní reconoció el Café Louvre e ingresó. Max se había ido de viaje a Leipzig en busca del director de la revista *Las hojas blancas*, quien había mostrado interés en publicar algunos de sus libros y *La metamorfosis*. Pronto habría noticias, pensó mientras tomaba asiento en una mesa y una muchacha polaca le ofreció el mejor desayuno del local: una kapr, una trucha fresca con vegetales y un jugo de arándanos. Mientras tanto la guerra seguía. En el café todos hablaban de ello. Alemania había derrotado a los rusos en la batalla de Tannenberg. El ejército británico detuvo la incursión alemana en Bélgica. Francia impedía que Alemania ingrese a su territorio en un cruento combate del que solo se tenía noticias que se

desarrolló cerca del río Marne. ¿Muy pronto Praga sería bombardeada y tendrían que evacuar? El temor reinaba en el ambiente cada vez más enrarecido por una guerra que involucraba a toda Europa y Kafka solo pensaba en una nueva historia cuya forma y estructura no acababa de definir. Entonces, en el momento en que llegó su comida y se disponía a digerirla, un par de policías llegaron al Café. Preguntaron por un tal Josef. El dueño les indicó en qué mesa se encontraba y se lo llevaron.

Kafka, aturullado en su asiento, vio cómo lo detenían. Nadie dijo nada. El hombre parecía no ofrecer resistencia. El mozo, de pie junto a él, observaba la escena sin aspavientos y con la tranquilidad de quien ve lo mismo todos los días.

—Otro más en esta semana —movió la cabeza en señal de desaprobarción, cobró la cuenta y se fue.

Kafka quiso preguntarle más detalles al mozo, pero prefirió no hacerlo. Aún se quedó un rato más sentado buscando otros indicios, alguna detención adicional, algo fuera de lo común en aquella atmósfera enrarecida por lo absurdo. Ensimismado, pensaba que él podría ser el próximo. El reloj ya marcaba las 07:50 cuando decidió marcharse a su trabajo. Justo cuando se levantó vio cómo dos hombres sentados en una de las mesas del fondo apuntaban en dirección a él y susurraban palabras que no pudo entender. “Quizás es solo mi imaginación”, masculló. Salió del Louvre sin prestar atención a nada más porque podría llegar tarde a la oficina. Sin embargo, cuando una cuadra más adelante se detuvo en el escaparate de una librería vio que los dos hombres lo seguían. Rarísimo. ¿A él, precisamente a él lo estaban buscando? Mientras caminaba miró hacia atrás para cerciorarse de que los tipos lo seguían, pero ya no estaban. A las 07:55 ingresó por la puerta principal del Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia y se instaló en su oficina. ¿Vendrían por él? No, Kafka se entretuvo mirando por las persianas abiertas en dirección a la calle, sabía que no había hecho nada que contradiga las leyes, así que todo o debía tratarse de su imaginación o de un error. Pensaba en ello cuando tocaron a la puerta de su oficina. Se quedó atónito cuando vio entrar por primera vez a su despacho al director Heinrich Weiler. Las campanitas de alerta surgieron en su interior. Ya no le quedaba ninguna duda, algo malo debía estar sucediendo y Weiler se lo comunicaría en ese mismo momento:

—Kafka, buenas tardes. Voy directo y sin rodeos: hay dos tipos buscándolo. Dicen que son policías y que es urgente. Usted sabe que esta institución se caracteriza por su integridad en todo el sentido de la palabra. Así que, si quiere decirme algo antes de que toda Praga se entere, este es el momento.

Kafka se puso lívido, no daba crédito a lo que escuchaba. ¿Por qué lo buscaban para detenerlo, así como al tipo del Louvre? Quizás su padre quería darle una lección y lo había demandado, quizás Felice lo denunció por haberla dejado. No, eso era imposible. Desgranaba las opciones en su mente sin concretar nada. De pie, frente a él, Weiler esperaba una respuesta que le era difícil de hilvanar. Al cabo de un rato masculló algo y después le dijo:

—Debe tratarse de un error, señor director. Hágalos pasar y quédese, si desea, para que escuche lo que dicen.

Los dos policías se identificaron apenas ingresaron: oficiales Bora Karneval y Wenceslao Novák. Eran tan delgados como perros callejeros y pulcros hasta el mínimo detalle, llevaban chaquetas negras y boinas de cuero marrón. Tendrían unos cuarenta años. Kafka, haciéndoles un ademán con la cabeza en señal de saludo, les preguntó:

—¿Por qué quieren detenerme?

Karneval, que parecía que llevaba la voz cantante en todo el asunto, sonrió y le dijo:

—Señor Kafka, usted no está detenido. Solo hemos venido a hacerle una pregunta.

Weiler, quien hasta ese momento guardaba silencio, les dijo:

—¿Y por qué este interrogatorio no lo hacen en la Policía, por qué tienen que hacerlo aquí, precisamente?

Karneval continuó:

—Mire, señor Weiler. Esto no es ningún interrogatorio ni persecución, peor una detención. Solo buscamos hablar un momento con nuestro amigo aquí presente.

Kafka quiso salir corriendo, todo este asunto le tenía al borde de un colapso nervioso, así que trató de adueñarse de la situación para responderles:

—Aquí tenemos muchísimo trabajo. Si querían hablar conmigo lo hubieran hecho en el Café Louvre. No había necesidad de que me siguieran hasta aquí. Aunque repudie los métodos policiales, no tengo otra alternativa que pedirles que me digan de una vez qué es lo que buscan.

Hacía frío en Praga hacia fines de diciembre de 1914, menos de 4 grados bajo cero. El cielo se oscureció de un momento a otro y comenzó a nevar.

—Vaya, ahora sí que debemos llamar al coche —dijo Wenceslao Novák.

Weiler farfulló unas palabras sobre el clima a las que nadie prestó atención. Mientras aquello sucedía, Kafka pensó de qué demonios iba todo esto. ¿Por qué lo tenían en ascuas esperando respuestas que ya había exigido? Entonces se acomodó en su asiento y empezó a hojear los papeles que debía despachar ese día. Si todo el mundo iba a perder su tiempo, él no. Sin embargo, con la presencia del director y de los policías le era imposible concentrarse.

Ellos siguieron hablando sobre el clima, sin prestar atención en él, como si no existiera. Rarísimo. De pronto se sintió invisible en un gigantesco teatro de lo absurdo que se representaba ahí mismo en su oficina. ¿Cuál sería el rumbo de todo esto? No lo sabía, miró el reloj de su oficina que apenas marcaba las tres y, como siempre que se ponía nervioso al extremo, comenzó a reír.

Bora Karneval y Wenceslao Novák lo miraron como se mira a un loco: con disimulo y desconfianza. Entonces se sentaron en las dos sillas que Kafka tenía destinadas para el uso de sus clientes. Weiler se mantenía de pie, en silencio, parecía que la escena le divertía y quería ver en qué acababa todo aquello.

—No es muy común que este tipo de noticias le cause risa a nadie, señor Kafka, —dijo por fin Karneval—. Por lo general, la gente se altera un poco, pero ya le dije que su caso no es para preocuparse.

Kafka cortó la risa en seco y le respondió:

—Quiero saber de qué va todo esto, de lo contrario les ruego que se marchen.

Todos se quedaron admirados de la manera en que Kafka dijo eso. ¿Podía alguien pasar de la risa a la seriedad así, tan deprisa? Se levantó con la idea fija de echarlos en ese mismo momento, pero Novák se entrometió:

—Calma, yo le diré. Como bien sabe estamos en guerra y se están formando ejércitos para que puedan apoyar a nuestra gran nación. Usted calificó como exento debido a que es el único varón de una familia conformada por sus padres, usted y tres hermanas más. Por lo visto, un hombre que es sostén de su casa no puede ir al ejército. Y el punto es que usted se valió de esa argucia legal para evitar que lo reclutaran. Lo hemos seguido los últimos tres días y nos hemos convencido de que usted ni siquiera vive con sus padres y no les pasa ningún céntimo de su sueldo. Esa mentira vil y rastrera se paga con cárcel, mi buen amigo.

Kafka no lo podía creer. Así que era eso: la evasión del ejército. Sí, hubo argucia legal, pero por parte de Max, él apenas estaba enterado de todo cuanto sucedía. Pero no. Estos tipos debieron haber sido enviados por su padre, estaba seguro. Por un momento le pasó por la mente huir, recorrer las calles de Praga y zambullirse en el Mondalva de una vez y para siempre, pero sabía que no podía dar un paso fuera de su oficina porque lo arrestarían de inmediato.

—Soy un funcionario y un judío como hay por miles en esta ciudad. En todo caso deberían hablar con mi abogado. ¿Eso significa que estoy detenido?

Esta vez fue Bora Karneval el que soltó una risa histérica antes de explicarle:

—Significa lo que significa. Usted, mi buen amigo, no registra antecedentes penales. Por lo tanto, según la ley, no podemos detenerle. Tampoco es un peligro para nadie y, sobre todo, como usted dice es judío. Solo le puede decir que le hemos abierto un proceso y lo estaremos observando mientras dura la guerra. Veremos si el evadir sus responsabilidades con ese cuento elaborado por usted, que es un doctor en leyes, se puede sostener y, de no ser así, lo reclutaremos.

Entonces ambos oficiales se levantaron.

—Buenas tardes, señor K. —le dijeron al mismo tiempo, sincronizados, como si estuvieran en una obra de teatro escolar.

Y se marcharon.

Weiler no sabía qué decirle. Le hizo un gesto con la cabeza que podía significar cualquier cosa y le dijo:

—Lo siento mucho —tiró la puerta y se fue.

Cuando Kafka estuvo a solas le invadió una profunda tristeza. ¡Tanta gente estaba muriendo en la guerra y él allí, como un tonto, haciendo las sumas y las restas de sus clientes que necesitaban cubrir un accidente con el seguro! Y esos tipos, ¿serían en verdad policías? No, seguro que todo era una farsa, unos pobres diablos contratados por su padre para que vuelva al redil. ¿Quién, si no, hablaría así de responsabilidades? Lo cierto es que lo vigilaban. Quizás se cansarían a la semana siguiente cuando noten que su vida es tan divertida como ver secar el cemento y que podían pasar años enteros sin que pase algo apenas interesante. ¿Señor K, le dijeron acaso? Sonrió con la ocurrencia. ¿Y ahora, qué haría? Se dedicaría a llevar su vida lo más rutinaria posible; por más que tuviera cuatro ojos encima de él, tendría que acostumbrarse a las escrutadoras miradas de Bora Karneval y Wenceslao Novák todo el tiempo.

Kafka pensaba en ello cuando decidió marcharse a casa. Apenas llegó se sintió exhausto. Estaba tan cansado de todo el maldito asunto que, en lugar de escribir, se sumió en un sueño profundo. Luego se levantó o creyó que se levantaba. Era uno de esos momentos en que se quebraba la delgada línea que separaba la ficción de la realidad y le costaba reconocer qué era una cosa o la otra. Se vistió y salió. Llevaba apenas unos minutos dando una vuelta cerca del Moldava cuando se escucharon de pronto truenos terribles, como si alguien se divirtiera desde el cielo jugando a la pirotecnia; luego, decenas de rayos cayeron sobre la ciudad y la iluminaron. Durante un momento, la belleza de Praga se mostró en todo su esplendor, pero al minuto siguiente las farolas y luces de las calles se apagaron de golpe y se desplegó sobre la urbe un denso manto de oscuridad que nadie recordaba haber visto jamás. Se detuvo cerca de la calle Na Porici, muy próxima a La Torre de la Pólvara, y esperó a que pasara un coche desocupado. La gente caminaba a toda prisa para guarecerse del mal tiempo y con el temor de quien aguarda circunstancias adversas e insospechadas.

Entonces todos los transeúntes, incluso quienes andaban con ancianos y niños de pecho, se fueron ya sea a casas de amigos o de familiares. Hacía las 9 de la noche, Kafka volteó a su alrededor para

saber quiénes estaban esperando y notó, recién entonces, que estaba solo. Quiso caminar, pero la oscuridad le daba temor. Al cabo de un rato, cuando ya había perdido todas las esperanzas de llegar a su casa, apareció un coche todo iluminado con luces verde fosforescentes. Se dispuso a hacerle una señal para que se detuviera y notó que los conductores de la carroza eran los mismos Karneval y Novák.

—Suba, señor Kafka, vamos a dar un paseo —dijo Karneval.

¿Adónde lo llevarían y qué iba a suceder? No atinó a preguntarles nada, porque a esas alturas la nieve se intensificó tanto que, si el mismo demonio pasaba en un carruaje infernal, Kafka se hubiera embarcado sin dudar. Les dio su dirección, pero ellos le dijeron que ya sabían dónde vivía. El vehículo de los agentes se perdió por estrechas calles, daba vueltas sin ton ni son por la Ciudad Vieja, el Puente de Carlos y por el Castillo. Después de más de una hora de trayecto volvieron a La Torre de la Pólvora. Debía ser medianoche cuando le ordenaron descender del carruaje y subir hasta lo alto de la gigantesca estructura que databa del siglo XV. Los agentes no usaban armas, pero el timbre de sus voces era tan intenso que cualquiera hubiera obedecido en esas circunstancias. La nieve, los truenos y relámpagos se habían ido. Las calles de Praga eran las de un pueblo fantasma a esa hora. Novák le dijo que se diera prisa, porque el proceso iniciaría en breve. ¿Cuál proceso? Kafka, que iba delante, no se percató que hizo esa pregunta en voz alta. Detuvo su marcha y repitió lo mismo. Karneval, apurado e inquieto, sacó un revólver y le dijo:

—Ya, por favor, no nos haga perder más el tiempo. Suba. Su Señoría y la Fiscal lo están esperando.

Cuanto más le explicaban, menos entendía. Apenas puso un pie en lo alto de la torre se sintió mareado y a punto de desfallecer. Se trataba de una gran sala apenas iluminada por dos lámparas que irradiaban una luz anémica y en cuyo centro se encontraba una mesa de acero inoxidable, de esas que usan los carniceros en sus faenas. Frente a ella se ubicaba un gigantesco sillón, parecido al que usan los barberos. Seis sillas estaban ordenadas a los costados izquierdo y derecho de la mesa. A la izquierda se distinguía un gran letrero rosado que decía “Procesado” y a la derecha otro letrero, de menor dimensión y en letras rojas, decía “Defensores de la justicia”. Novák agarró a Kafka de la gabardina y lo puso en la izquierda. ¿Qué carajos iba a pasar? Alguien

lo debía haber delatado, sí, ya no cabía duda. En lugar de negar la realidad quiso ordenar sus pensamientos, ser coherente y dueño de la situación para poder salir de ella. Entonces le dijo al agente Novák que necesitaba un abogado, así sea de oficio, para hacer frente al proceso.

—Tranquilícese. Aquí pensamos en todo.

Max Brod, su buen amigo, su único amigo en realidad, salió de las sombras y Kafka respiró aliviado cuando le escuchó decir:

—No te preocupes. Yo fungiré como tu abogado.

Max, querido Max, cómo no quererlo si estaba en las buenas y en las malas. En 1907 se graduó en Derecho con sobresaliente en la Universidad de Praga. Kafka le conocía pocos casos en que había participado y salido airoso. No obstante, era un gran conocedor de las leyes; de seguro estaba inteligenciado de la situación y contaba ya con un plan para ponerlo en libertad. La victoria estaba asegurada, pensó. Max, sentado al lado suyo, sacó el Código Penal y le indicó el punto exacto de la sección en la que detallaba el proceso.

—Este procedimiento está viciado desde todo punto de vista, te trajeron a la fuerza, no tienen prueba alguna de nada de lo que se te acusa y todo cuanto se ha urdido carece de fundamento y hasta de sentido común.

Kafka le agradeció que estuviera con él. Le quiso preguntar cómo es que se había enterado de todo y la forma en que llegó hasta allí a esa hora de la noche, pero optó por hacerle una consulta aún más acuciante:

—¿De qué se me acusa?

¿No era acaso absurdo hasta el límite traer a alguien hasta aquí y procesarlo justo en este momento? Todo era tan traído de los cabellos que apenas tuvo tiempo de escuchar la respuesta de Max:

—Por holgazán y abandono de tus responsabilidades.

¿Era en serio? Kafka, que no había leído una ley desde hacía unos años en que se doctoró en la universidad, sabía que era imposible acusar a una persona con cargos semejantes. Si así fuera, faltaría espacio en las cárceles de Praga y del mundo entero para gente, particularmente adolescentes, que incluso hasta se sentían orgullosos de ser unos completos inútiles. Entonces se dirigió hacia donde estaba Max.

—Tú sabes que esto es imposible. Nadie puede acusar a alguien de semejante cosa y además...

En esas estaba cuando se escucharon pasos que subían la escalera. Karneval anunció que se aproximaba el juez y que todos se callaran de inmediato. De pronto, la atmósfera de la improvisada sala se enrareció con un silencio incómodo.

Las pálidas luces del centro del lugar iluminaron el rostro del juez Hermann, su padre. Kafka no sabía qué decir ni qué pensar. Entonces Max le leyó el artículo del Código Penal en el que se indicaba que su padre estaba autorizado para ser juez y que no se preocupara. Luego Novák anunció que la parte acusadora subiría en un momento y con ello empezaría el proceso.

El rostro de Kafka se desenchajó y se puso pálido cuando vio subir a Felice y a su padre Carl. Entonces Max le dijo que se tranquilizara:

—Esto es el colmo de los colmos. Mira que poner a esa mujer como parte acusadora y defensora de la justicia, incluso.

El proceso se instaló cuando Hermann llamó a ambas partes a sentarse. A Kafka le hubiera gustado comunicarse con su padre, pero le era imposible por más esfuerzo que hacía para llamar su atención y recibir por lo menos un ligero contacto visual cómplice de su parte.

¿Por qué la vida tenía que ser así de irracional, trágicamente absurda y angustiada? Mientras pensaba en lo ilógico del momento decidió acabar de una vez por todas con esa farsa, se levantó de su asiento y dijo en voz alta:

—Padre, señor juez, Felice: no se dan cuenta que todo esto no es más que una locura. Dejen de llevar adelante este proceso disparatado, incongruente y demencial y hablemos para llegar a un acuerdo que nos beneficie a todos. No es necesario montar todo este teatrito para ser felices. ¿O en verdad lo es?

Felice permanecía callada junto a su padre y evitaba mirar a Kafka. Entonces Hermann mandó callar al acusado so pena de imponerle la máxima sanción por desacato a la autoridad: diez años de cárcel sin derecho a fianza. ¿Lo escuchaba acaso y podía seguir el proceso su rumbo usual? Max tomó a Kafka del brazo, lo invitó a sentarse y contestó:

—Señor juez, entendemos su postura. Disculpe a mi defendido y prosigamos, por favor.

Max le dijo a Kafka que, por favor, se calmara, que todo iba a salir bien. Entonces él se sentó y el acto continuó con el siguiente pedido del juez.

—Señor Karneval, lea el acta de acusación contra el señor aquí presente.

Karneval se aproximó a la mesa de acero inoxidable, tomó una carpeta y leyó lo siguiente:

—Al señor Kafka se lo acusa de holgazán y abandono de sus responsabilidades. Dejó el trabajo de su padre y a su prometida incluso por vivir su sueño de ser escritor, cuando en realidad es un fracasado sin remedio. Señor Juez, hasta aquí el acta de acusación contra el señor Kafka.

Hermann asintió y dijo:

—Son razones más que suficientes para condenar a este pobre hombre. Continuemos.

Kafka, que hasta ese momento había mantenido la mirada en el piso, alzó los ojos y vio que Felice lloraba en el pecho de su padre. Hasta entonces no podía creer que se pudieran decir tantas estupideces juntas. En vista de que Max no lo defendía se levantó de nuevo y quiso hablar, pero sintió que Novák le había dado un golpe certero con el reverso de un revólver mientras le decía:

—¡Cállate de una vez y respeta el proceso, hijo de puta!

Kafka cayó al suelo y perdió el conocimiento. Entonces sintió que Max lo levantaba y le daba pequeñas bofetadas.

—Levántate, levántate ya. ¿Qué te ha pasado todo este tiempo?

Kafka abrió los ojos. De pronto se encontró en su habitación. ¿Estaba en la ficción o en la realidad? No lo supo con certeza hasta el momento en que le pidió a Max que le dijera cómo había terminado el proceso.

—¿Qué proceso, de qué estás hablando? Hoy no fuiste al trabajo ni a la casa de tu hermana. Ni siquiera te he visto por el Louvre ni por ningún lado. Nadie me daba razón de ti, así que vine a verte y mira cómo te encuentro. ¿Estás bien?

Kafka le dijo que sí, que no había razón por la cual preocuparse. Le pidió a Max que se marchara, porque le urgía estar a solas. No sabía

qué excusa inventar en su trabajo; lo que supo, en cambio, franca y nítidamente, es que ya tenía en mente la historia completa de su siguiente obra. Trató de tomar la situación con calma, pero no podía concentrarse. Luego agarró la máquina de escribir de su cuarto. Una idea le empezaba a zumbar en la cabeza y le perturbaba hasta el extremo. ¿Qué pasaría si alguien, así sin más, sin que haya un delito de por medio, fuera detenido y lo sometieran tortuosos interrogatorios? Pensó en Karneval y Novák y en lo ridículo en que procuraban verse, pensó en el absurdo decorado que Weiler completaba en su oficina, pensó en la apertura del proceso y en lo irracional e inadmisibles de aquella escena que se repitió mil y una veces en su mente. Pensó en todo ello en el momento exacto en que dejó caer sus dedos, largos y huesudos, en la máquina de escribir que tenía delante:

Alguien tenía que haber calumniado a Josef K, pues fue detenido una mañana sin haber hecho nada malo. La cocinera de la señora Grubach, su casera, que le llevaba todos los días a eso de las ocho de la mañana el desayuno a su habitación, no había aparecido. Era la primera vez que ocurría algo semejante. K esperó un rato más. Apoyado en la almohada, se quedó mirando a la anciana que vivía frente a su casa y que le observaba con una curiosidad inusitada. Poco después, extrañado y hambriento, tocó el timbre. Nada más hacerlo, se oyó cómo llamaban a la puerta y un hombre al que no había visto nunca entró en su habitación. Era delgado, aunque fuerte de constitución, llevaba un traje negro ajustado, que, como cierta indumentaria de viaje, disponía de varios pliegues, bolsillos, hebillas, botones, y de un cinturón; todo parecía muy práctico, aunque no se supiese muy bien para qué podía servir...

Oscurecía en Praga cuando Kafka avanzaba en la escritura de su historia. La creación le ayudó a aclarar sus ideas, ya no estaba tan preocupado como antes. Al contrario, estaba alegre, puesto que la visita y todo cuanto había sucedido con Karneval y Novák le trajeron consigo el germen de una novela que tanto añoraba comenzar después de la muerte de Gregor Samsa. Cuando Kafka salió de su casa en busca de comida ya eran casi las nueve de la noche. Recién allí, parado bajo unas farolas en plena calle, se dio cuenta que nevbaba, que el camino sería largo, pero se prometió disfrutarlo, así como al millón de ideas que parecían brotar de su cabeza y que empezaban a nutrir la historia para la que ya tenía un nombre. La llamaría *El proceso*.

Capítulo VI

Kafka advirtió la ausencia de Ottla recién al tercer día. Durante la primera semana de 1915, no asomaba sus narices por ningún lado. Su presencia en la casa era apenas perceptible, pero valiosa. A veces pensaba en ella como en un accesorio. Sin embargo, lo cierto es que la necesitaba para, entre otras cosas, ser aquel puente frágil y espinoso que lo conectaba con el resto de su familia. ¿A quién, si no, podría recurrir para saber algo de sus padres y del sempiterno negocio que era la raíz de todos sus males? A nadie, porque sus otras hermanas, Gabriele y Valli, estaban tan imbuidas en sus mundos y problemas que rara vez se dirigían la palabra. Ottla, en cambio, se comportaba como la hermana que siempre quiso tener, pues pese a que estaba casada se daba modos para visitarlo con el único propósito de poner orden en su casa. Era ella quien limpiaba el baño, recogía el cabello muerto que tapaba la cañería de la ducha, lavaba los platos, ponía en su lugar las ollas, arreglaba la cama y, sobre todo, botaba la basura que consistía en cuatro bolsas grandes de papel que Kafka solía acumular en un rincón de su cuarto cada semana. Desde que se molestó y llegó casi al punto de echarla violentamente de la casa por consultarle las razones de aquello, su hermana no volvió a importunarlo de nuevo con preguntas de ese tipo.

A Kafka no le gustaba hablar de sus libros, mucho menos de los fragmentos que arrojaba a la basura sin misericordia alguna. Le

parecían insulsos y vacíos, letras agrupadas en un papel sin ton ni son y que, precisamente por ello, jamás deberían ver la luz. Si releía un fragmento de su autoría y le parecía horrendo, se frustraba con facilidad y se prometía jamás volver a escribir; en cambio, si el texto le parecía maravilloso, se decía: “¡Qué cosa más perfecta! Jamás volveré a escribir nada igual”. Era él mismo derrotado por su propia obra. Por esta razón, evitaba leer lo que creaba y, además, porque le generaba un increíble malestar. Amaba el proceso de la escritura y la sumisión con la que la literatura lo subyugaba, pero releerse era otra cosa. Evitaba revisar sus propios textos con profunda desconfianza; igual que Perseo cuando huía de los ojos de Medusa, temía que al caer en su mirada se petrificara para siempre. Así.

Mientras tanto, la vida laboral continuaba con la tediosa y agobiante normalidad en el Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia. Antes de que los nombres de Bora Karneval y Wenceslao Novák quedaran en el olvido eterno los retomó para describirlos en su nueva novela. Eso y nada más, porque parecía que no habían existido nunca. Ni siquiera el director, Heinrich Weiler, le hacía alusión al caso. Sin embargo, desde que se cruzó con ellos el ambiente entero de la ciudad de Praga parecía haberse enrarecido de súbito. Él mismo se veía a veces caminando en dirección al Café Louvre en el cuerpo metamorfoseado de Gregor Samsa, pero ahora nadie reparaba en su presencia.

Era como si se hubiera convertido en el fantasma que quiso ser de niño cuando estaba en cuarto año y su padre le rapó todo el cabello porque decenas de piojos le colonizaron la cabeza. Aquel día, el día en que soportó las burlas de todos sus compañeros, le pidió a Dios, si acaso existía alguno, que lo volviera invisible para que la tortura se acabara de una vez. A los nueve años el cielo parecía ensordecerse a sus plegarias. ¿Podría ser que ahora, el año en que cumplía los 32, el Señor sí se apiadara de él y le concediera todo aquello que en su momento deseó con un fervor inútil? Era poco probable. Así como también había una nula posibilidad de que la casa se arreglara por sí sola.

Por eso, un sábado de fines de enero, Kafka se quitó la gabardina negra justo cuando se dirigía a dar una vuelta por el Puente de Carlos para encontrarse con Max. Se detuvo en el vano de la puerta y regresó a arreglar la cocina y a botar los kilos de papeles que a ese ritmo y en un

par de días más le harían nadar en los retazos de sus digresiones e intentos abortados de una escritura que se había quedado en un remedo caricaturizado de lo sublime. Así, sin que medie ningún rito previo, se encontró lavando un plato por primera vez en la vida, como se suponía que debía lavarse: con agua y bastante jabón. Agarró la escoba y barió con fuerza, pensando que así terminaría más rápido, pero lo que logró fue que a los quince minutos unas bolsas llenas de un extraño y doloroso líquido se le acumularan en la capa externa de los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Después, cuando quiso encender el fogón de la cocina, para prepararse unos huevos revueltos, le resultó tan curioso el sonido del aceite al contacto con el calor que acercó tanto la sartén a su oreja izquierda que terminó por quemarse ligeramente el lóbulo. Aulló como un lobo que es herido en un combate desigual y ese grito fue escuchado por Max. Hacía unos minutos había entrado sigilosamente a la casa para comprobar el motivo de la ausencia de su amigo a la cita que habían pactado la víspera.

Max sonrió al ver a Kafka en plan de ama de casa, le dijo que le quedaba tan bien que le compraría un delantal rosa para que no ensuciara su ropa. Una mezcla de pena y asombro se divisó en su rostro cuando le tuvo que explicar qué era una ampolla; le puso vaselina y aceite de coco para que sanara pronto. Kafka, que si pasaba como un tonto quería dejar de ascender al rol de idiota, obvió decirle a su amigo el tema de la oreja quemada, así que se pasó vaselina con la esperanza de que también sirviera para lo mismo.

Ese día Max le dijo a Kafka que había terminado de leer *La metamorfosis*. Él nunca olvidaría la expresión del rostro de su amigo cuando se lo comunicó. Tenía la cara de un energúmeno y los movimientos atolondrados de un chimpancé. Balbuceaba palabras que no entendía; todo su ser irradiaba una dicha plena, como si hubiera encontrado una perla única en el mundo que lo haría millonario. Kafka acababa de sacar los cabellos del piso de la ducha cuando Max le dijo:

—Tu novela es maravillosa. Vamos a traducirla inglés, al checo, al sueco...

Max observaba con frustración cómo nada de lo que le decía llamaba su atención. Mientras lo veía lavar el fregadero supo que en su órbita no se divisaba la publicación. Sin embargo, le dio carta abierta para que lo hiciera.

¿Si Kafka era tan huraño y evasivo, por qué se interesaba en él? A diferencia de autores contemporáneos como Franz Werfel o Jaroslav Durych, con los que Max lidiaba todo el tiempo, y que se preocupaban por utilizar palabras rebuscadas, encontrar de manera obcecada el adjetivo perfecto y tener una narrativa que colindara con la poesía, su amigo era distinto.

¿Qué lo hacía marcar la diferencia de tal manera que la lectura de esta primera novela le traía a la mente la perspectiva de un sinnúmero de éxitos editoriales? El estilo, sí, pero había algo más que no sabía precisar con simples etiquetas. ¿Qué era o qué podía significar? Mientras Max ponía en orden unas servilletas en la sala de su casa, lo vio todo muy claro. La escritura de Kafka ahondaba en la metáfora, procuraba encontrar un sentido en el seno mismo del irracional sinsentido de la condición humana. Por eso no había que ver un insecto en Gregor Samsa, sino el destino mismo del ser humano puesto ahí en tela de juicio en el corazón de cualquier familia checa. No era fácil entenderlo, quizás se daba para lecturas equivocadas. Por esta razón, la gran pregunta que Max se hacía era: ¿está la gente preparada para la obra de Kafka?

Antes de irse reparó en los cientos de páginas acumuladas en bolsas de basura y que Kafka se esmeró en ordenar para arrojarlas más tarde.

—Yo me encargaré de eso. No te preocupes que ya las botaré yo.

Max se llevó las bolsas para revisarlas en casa. Cuando lo hizo, todo le parecía tan magnífico que no botó ni una sola hoja.

Kafka le hizo la tercera propuesta de matrimonio a Felice Bauer una gris mañana de otoño de 1915. Sabía que debía escribirle una carta explicándole lo que sucedió la última vez, pero también creía que no debía ilusionarse con una respuesta. Él la abandonó a la buena de Dios, sin despedirse siquiera. Y ahora volvía. Y ahora no tenía el valor de pedirle perdón en la cara, sino que lo hacía por carta. Y ahora le volvía a decir que la amaba y que esta vez sí estaba decidido a casarse con ella. ¿A qué jugaba y de qué iba toda esta farsa? A lo mejor Felice sabía que no lo podía tomar en serio, pero en el fondo de su corazón

también lo amaba sin importar nada de lo que hubiera sucedido y por eso guardaba una secreta y tenue esperanza de que le dijera que sí.

El ir y venir de su relación ya era casi una payasada. Pronto ella cumpliría 28 años y no podía permitirse que alguien jugara de esa manera. La carta de Kafka llegó el miércoles 29 de septiembre de 1915. Al día siguiente Felice le anunció que llegaría a Praga. Había cosas que debían dialogar y esta era una de ellas.

Por breves momentos, Kafka se imaginaba una vida con Felice. Los errores del pasado debían quedarse allí, en ese ayer ominoso que solo serviría para sacar buenas lecciones cada tanto y nada más. Aquel jueves de fines de septiembre justo a mediodía ella se acomodaba en un asiento de primera clase del tren que la llevaría de Berlín a Praga.

Apenas supo de su regreso empezó a pensar qué le diría, cómo empezaría aquel diálogo postergado durante tanto tiempo. Y también pensó en el momento exacto en que quedó prendido de su mirada. La vio por primera vez en casa de Max Brod el martes 13 de agosto de 1912. Sus ojos tímidos, su extremada delgadez, la forma insegura en que se expresaba, la manera en que prefería mantener el silencio antes que sumergirse en el mundanal ruido, la prosa directa y tierna que empleaba en sus cartas para enamorarle siempre como si fuera la primera vez, hacían de Felice alguien única.

Sentado en su escritorio, frente a la máquina de escribir y con la hoja en blanco como le volvía a pasar este último año, vio una invitación fechada para esa noche. ¿Justo la noche que venía Felice tenía que asistir a aquel maldito evento? La Asociación Herder, presidida por Willy Haas, un mecenas local, brindaba una velada con autores de Praga en el Hotel Archiduque Stefan de la Wenzelsplatz. Entre los autores invitados estarían Rudolf Fuchs, Paul Wiegler, Max Brod y él, un anodino Kafka.

¿No era morboso que mientras un continente entero se desangraba por una absurda guerra que ya había acabado con más de cuatro millones de soldados, otras personas se entretenían yendo al teatro, tomando el té y escuchando lecturas intrascendentes? Max, el bueno de Max, lo había comprometido a ese absurdo. Y lo peor era que no pudo decirle que no. Tenía que releerse. Y en público. La sola idea le quitaba la tranquilidad y concentración necesarias para escribir.

Tenía que ser Perseo, Perseo de nuevo, mirar directo a los ojos a Medusa, adrede, y petrificarse ante todo el mundo. ¡Qué suplicio!

Las horas pasaron muy deprisa. Kafka se sentía preso en una espiral de sucesos que lo llevarían a un pozo infernal del que no había retorno. La velada sería en breve. Se acomodó su atuendo, el mismo que usaba para ir al trabajo y salió de casa como quien tiene la misión de cumplir algo ineludible. ¿Y Felice? Ya después la buscaría. Si escribir significaba presentarse a este tipo de eventos, jamás escogería la literatura como forma de vida. Pero la escritura no alimenta vanidades. Con fortuna, esto solo lo haría una vez en la vida.

Llegó solo al Hotel Archiduque Stefan de la Wenzelsplatz cerca de las 19:00. El salón de actos, al que acudieron unas doscientas personas, había sido arreglado como para una boda. Paul Wiegler, que fue uno de los primeros autores en ingresar, se topó con él en el vestíbulo y lo miró de arriba abajo como un ave de rapiña en busca de su presa. Kafka no le prestó la menor importancia, porque su mente estaba puesta en la salida y el momento en que pudiera huir de ahí.

Pensaba en ello cuando una joven de protocolo agarró su brazo derecho y lo acompañó a una de las mesas. Recién allí supo que se daría un coctel de bienvenida y luego un brindis para amenizar la velada. Faltaban apenas unos minutos para las ocho. El evento comenzaría en breve. En un improvisado escenario ya estaban Rudolf Fuchs, Paul Wiegler, Max Brod y su silla vacía.

Kafka ingresó a paso firme, sin reparar en nadie, con su sombrero de copa, su gabardina gris, camisa blanca, pantalón negro y zapatos perfectamente lustrados. Ni siquiera se fijó en que Felice estaba presente. Ella vio cómo pasó delante de su mesa, hasta el punto casi de rozarle, quiso saludarle, decirle un “suerte, mi amor”, pero sabía que no la escucharía. Llevaba un vestido largo verde esmeralda que le dejaba ver los hombros, le ceñía la cintura y le topaba los tobillos; se puso un chal y un sombrero, ambos blancos, para complementar el atuendo.

A Kafka se lo notaba cansado e irritado. El animador del acto, el novelista Franz Werfel, presentó a los autores. Rudolf Fuchs empezó el evento con la lectura de una poesía larguísima en honor a la madre. Paul Wiegler leyó un cuento sobre la guerra. Gran expectativa, en cambio, causó la presentación de Max Brod, pues leyó un fragmento

de su novela inédita *La redención de Tycho Brahe*, acerca de la vida de este astrónomo danés. Cuando llegó el turno de Kafka, ya más de cincuenta personas se habían levantado a tomar una copa de vino, Werfel anunció que leería un fragmento de su novela *La metamorfosis*, que estaba acomodado en un atril. ¿Quién había escogido esta lectura y no otra? Kafka se sintió ligeramente mareado cuando revisó el texto. Miró a Max, que le sonreía como un idiota. Entonces recorrió con su mirada todo el lugar para sentirse dueño del entorno. Por un momento lo cegó un reflector, aspiró profundamente y empezó:

En ese momento algo, lanzado sin fuerza, cayó junto a él, y echó a rodar por delante de él. Era una manzana; inmediatamente siguió otra; Gregor se quedó inmóvil del susto; seguir corriendo era inútil, porque el padre había decidido bombardearlo. Con la fruta procedente del frutero que estaba sobre el aparador se había llenado los bolsillos y lanzaba manzana tras manzana sin apuntar con exactitud, de momento. Estas pequeñas manzanas rojas rodaban por el suelo como electrificadas y chocaban unas con otras. Una manzana lanzada sin fuerza rozó la espalda de Gregor, pero resbaló sin causarle daños. Sin embargo, otra que la siguió inmediatamente, se incrustó en la espalda de Gregor; éste quería continuar arrastrándose, como si el increíble y sorprendente dolor pudiese aliviarse al cambiar de sitio; pero estaba como clavado y se estiraba, totalmente desconcertado. Solo al mirar por última vez alcanzó a ver cómo la puerta de su habitación se abría de par en par y por delante de la hermana, que chillaba, salía corriendo la madre en enaguas, puesto que la hermana la había desnudado para proporcionarle aire mientras permanecía inconsciente; vio también cómo, a continuación, la madre corría hacia el padre y, en el camino, perdía una tras otra sus enaguas desatadas, y cómo tropezando con ellas, caía sobre la vista a Gregor, y abrazándole, unida estrechamente a él—ya empezaba a fallarle la vista a Gregor—, le suplicaba, cruzando las manos por detrás de su nuca, que perdonase la vida de Gregor. La grave herida de Gregor, cuyos dolores soportó más de un mes—la manzana permaneció empotrada en la carne como recuerdo visible, ya que nadie se atrevía a retirarla—, pareció recordar, incluso al padre, que Gregor, a pesar de su triste y repugnante forma actual, era un miembro de la familia, a quien no podía tratarse como a un enemigo, sino frente al cual el deber familiar era aguantarse la repugnancia y resignarse, nada más que resignarse.

La lectura de Kafka fue firme y clara. Quienes se levantaron permanecieron con sus copas en el aire. Al final todos se quedaron con ganas de saber en cómo terminaba la historia. Kafka se sintió exhausto cuando terminó. Todos se levantaron para aplaudirlo. Las más de doscientas personas lo ovacionaban, incluidos sus colegas. ¿En verdad les había gustado o le aplaudían por pena? Sabía que el relato no podía ser tomado a la ligera ni literalmente, solo tenía peso y significado si se lo miraba a la luz de la metáfora y para eso habría que saber quién en verdad era Gregor Samsa. ¿Kafka se consideraba una cucaracha para su padre y el resto del mundo? Nadie comprendía su trabajo de escritor y por eso tenía que ganarse la vida en oficios que no le gustaban, como el hecho de desempeñarse como funcionario en el Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia. Era eso o vivir relegado a trabajar en el negocio de un padre que lo humillaba de forma constante. Felice sintió una profunda lástima por su amado a medida que iba leyendo. ¿Todos lo entenderían así, todos verían un trasfondo metafórico de algo que se decía más que con palabras?

En ese momento, mientras Kafka se dirigía a ocupar su sillón junto al resto de escritores, vio cómo al fondo del salón una gruesa silueta se esmeraba en buscar la salida y tras de esa figura, clara y nítidamente, observó a Otta. ¿Hermann lo había escuchado? Hermann en realidad lo amó, quizás porque como único varón de la familia tenía grandes expectativas en él, pues lo veía como el heredero de su negocio, el visionario que multiplicaría su fortuna por mil, pero no era así. Todo el peso de esa frustración se lo echaba en cara en una espiral y sistemática carga de odio. Fue tanta la presión que Kafka optó por irse a vivir a otro lado y trabajar por sus propios medios. Su padre hizo hasta lo imposible para que lo echaran de su trabajo y no lo consiguió. Le asustaba la idea de que su hijo fuera independiente; perderlo fuera de su radar no estaba en sus planes, pero sucedió y tuvo que tragarse su rencor como saliva. ¿Y ahora estaría más decepcionado de él?

El acto continuó. Luego llegó el turno de las preguntas a los autores. Un joven economista, funcionario de un banco, le consultó a Kafka si su novela era un cuento de hadas y si, al final, Gregor Samsa obtiene su forma original. Él sonrió y, antes de sugerirle leer toda la obra, le dijo:

—*La metamorfosis* es lo contrario a un cuento de hadas. ¿Cómo nos vemos a nosotros mismos ahora? No lo sabemos, porque en el fondo no nos conocemos lo suficiente. ¿Y entonces, cómo nos ve el resto? Yo trato de contar cómo es la vida cuando un ser humano se enfrenta a una situación compleja. ¿Podemos levantarnos un día y padecer de una transformación semejante a la que tuvo Gregor Samsa? Probablemente no, pero ¿qué sucedería si la respuesta es afirmativa?. En realidad, cada ser humano tiene su propio destino y cuenta a lo largo de su historia con su propia metamorfosis. ¿Qué es lo que hacemos entonces con ese proceso transformador? La historia que narro es el recorrido de un hombre que carga con el peso de sus decisiones. Luego ya nos tocará a nosotros asumir las consecuencias de las nuestras.

Kafka percibía cómo la gente lo escuchaba con emoción y avidez. Tenía que salir del encanto de Medusa de una vez y para siempre. Se escucharon aplausos ante la respuesta. Entonces, mientras Max le sonreía de forma condescendiente, divisó el vestido esmeralda de Felice. Nunca antes se sintió tan contento de verla. Cuando el evento terminó se acercó a ella, la abrazó y le dijo:

—¡Qué sorpresa, Felice! No sabía que estarías aquí. ¿Viste todo el acto? Me avergüenzo de lo que viste y peor de lo que escuchaste de mí.

Felice supo que estaba feliz. Había vencido su eterno miedo de hablar en público y contrario a lo que él esperaba no tuvo un ataque de nervios.

—Te felicito, mi amor. Estuviste muy bien. Todos te mirábamos maravillados. Fue increíble tu lectura. Lástima que pocos entendimos.

—Claro, nadie entiende que Gregor Samsa eres tú, mi amor.

Ambos rieron y su risa retumbó en todo el salón de actos del Hotel Archiduque Stefan. De pronto una orquesta empezó a tocar una canción cuyo título ninguno de los dos recordaba; solo sabían que era alemana y la bailaban en la universidad. Felice invitó a Kafka a la pista.

—No sé, soy más tieso que un tronco.

—Pero solo tienes que mover los pies de un lado a otro, como una cucaracha.

Felice no lo había visto así de contento jamás, ni siquiera cuando se conocieron en la casa de Max Brod y él le decía que había sido el día

más feliz de su vida. La larga figura de Kafka se tambaleaba de un lado a otro, como un poste en medio del océano.

—Quizás lo tuyo no sea inventar una nueva forma de escritura, sino un nuevo tipo de baile. —Felice trataba de intimidarlo, pero Kafka solo reía.

Tomaron champagne y un vino de Hamburgo. Se besaron y prometieron no separarse nunca más. Luego, al borde de la medianoche, Kafka le dijo que fueran a pasar la noche en su casa. En el coche hablaron del viaje y de cómo su vida seguiría de allí en más.

Ya en casa hicieron el amor como locos. La vida por fin les sonreía a ambos. Sin embargo, Kafka sabía que en este mundo la felicidad tiene un alto precio.

—¿Y si solo nos queda esta noche, si ya no hay un mañana para amarnos más? —le alcanzó decir Felice en pleno arrebato de pasión.

Kafka, dueño de la situación, parecía que tenía la respuesta guardada desde el día que la conoció. Por eso, y como si le hubiera sido posible agarrar entre sus manos la fugacidad de aquel instante, le contestó:

—Entonces hagamos que valga la pena.

Capítulo VII

No era un día cualquiera y Kafka lo sabía. La jornada que empezaba podía definir tantas cosas. Solo faltaba un poco de determinación y ya, porque lo que marca el destino del ser humano es una decisión ¿o no? Pensaba en aquello con tristeza mientras se internaba sin ganas por las calles de Praga y llegaba al Instituto de Seguros de Accidentes para hacer lo de siempre: naufragar en un sinfín de datos que le permitieran llenar fichas, completar informes y despachar una correspondencia de la que jamás tendría la certeza si iba a ser útil o no. Al final de la jornada lo embargaba una sensación de vacío y la frustración que siente el viajero que se confunde de tren y pierde el tiempo. El viajero se podía equivocar un par de veces, pero él confundía su camino por la vida todos los días. Y eso, el mero hecho de saberlo, le daba una sensación de nada y absoluto fracaso como ser humano.

En una pausa del trabajo, hacia media mañana, agarró una pluma y empezó a escribir una larguísima carta a Felice. Y en ese momento, mientras pensaba en el contenido de la misiva, se sintió más idiota y banal que nunca, porque se percató que pretendía explicar lo inexplicable, poniendo como escudo su cobardía. Era un recurso válido o quizás podría llegar a serlo. No, Kafka no lo sabía, y a esa altura mucho menos, porque era impensable actuar con firmeza cuando en el medio hay un ultimátum. El de ella, porque en la última charla que tuvieron Felice le dijo que la pasaba bien juntos, incluso cuando hacían el amor

como conejos, pero no podían rehuir al compromiso por siempre. ¿Había empleado el plural? Sí, por deferencia y recato, no porque lo sintiera de veras, porque todo el problema era él y el rodeo sin sentido y pernicioso que le daba a la relación y que se hallaba reflejado en las ya tres abortadas peticiones de mano. ¡Tres, por Dios, tres intentos fallidos ya de matrimonio! Una broma cruel de un tipo que solo quiere jugar con la ilusa de turno.

Quizás Felice lo pensaba y no lo decía, porque ese día, justamente ese día, le dijo que regresaría a Berlín con o sin él. Si la acompañaba a Alemania y se casaban allá en una ceremonia íntima seguirían juntos, de lo contrario el asunto tenía que morir allí. Kafka le dijo que quien ama de verdad no condiciona de esa manera, no pone contra la espada y la pared al ser que tanto quiere, sino que lo cuida y lo protege.

—Ya lo hice y me fallaste tantas veces. Ahora te toca elegir.

Las palabras de Felice, las últimas que escuchó, parecía que le talaraban el cerebro. La cabeza le dolía por el latido, ese latido frecuente, que lo acompañaba cada vez más y más fuerte cuando se encontraba abocado a tomar una decisión difícil. ¿Podía seguir su juego y acompañarla a Berlín para cumplir el sueño de ella? Podía, pero no quería. El juego debía terminar y mientras más pronto mejor. Pensó en aquello sin querer en el momento en que acomodaba las últimas carpetas en una repisa, miraba cómo el monótono reloj acercaba sus agujas hacia las 14:00 y se disponía a salir ya, por fin, del suplicio cotidiano que le proporcionaban las tortuosas horas que pasaba en la oficina.

Aquel martes 5 de octubre de 1915 Praga permanecía con una bruma impenetrable, la ciudad entera parecía cubierta por un gigantesco manto cobrizo que le daba un aire siniestro y desolador. El ultimátum de Felice, revestido de una invitación inocente a viajar a Berlín, tenía un lugar y un tiempo exacto: la estación de trenes a las 16:15. Faltaban más de dos horas para el encuentro y Kafka volvió a insistir para sí mismo que no iría. Caminó por las calles empedradas hasta llegar a la Vítězná para instalarse en la terraza del Café Savoy. Desde ahí vería al tren partir y, con un poco de suerte, divisaría por última vez a Felice. De forma extraña el café lucía vacío a esa hora. Cuando Max le preguntaba sobre las cosas raras que le sucedían con frecuencia, Kafka se encogía de hombros y le respondía que trataba de no pensar

en ello, porque si lo hacía se volvería más loco de lo usual. Iban a ser las tres cuando Kafka le pidió a una camarera el segundo té de hierbas de la tarde.

—Condicionar, condicionar, nadie puede hacer eso con uno, es injusto —pensó Kafka o creyó que pensaba.

—Claro, señor, eso es muy injusto —le dijo, sonriente, la camarera y cayó en cuenta que era presa del maldito hábito de hablar en voz alta otra vez.

No le dio importancia, porque en realidad había pocas cosas importantes en la vida. La literatura, por ejemplo. Tenía que irse casa, encerrarse con llave en la habitación si era preciso y desfogar todo aquello que lo quemaba por dentro en la hoja en blanco que parecía guardarlo como un perro a su dueño. Pero no eran ni las tres y media, no podía esperar tanto, por eso le pidió a la camarera una pluma y en una servilleta empezó a escribir:

“A partir de un cierto punto, ya no hay vuelta atrás. Hay que llegar a ese punto”. Y el punto, el bendito y maldito punto a la vez, estaba en la partida de aquel tren. ¿Estaría Felice aguardándolo con esperanza y sufriría con cada nuevo viajero que se posaba en su camino porque creía distinguir al ser amado, para luego chocarse con la decepción del espejismo que queremos ver y que era alimentado solo por el latido de la llama de una ilusión moribunda? Sí, eso debía estar pasando justo en ese instante. Por un momento a Kafka le asaltó el deseo de marcharse a la estación, pero se contuvo. Felice se merecía otra cosa, podía ser dichosa con cualquiera que no la tuviera en esas idas y venidas absurdas, con alguien que la quisiera solo a ella y no fuera un súbdito más de pasiones enfermizas como la literatura y todo cuanto implicaba.

“Hay que llegar a ese punto”, volvió a pensar. Y en ese momento, cuando sostenía la servilleta en la que había apuntado esas palabras, el tren de las 16:15 pasó cerca de la terraza del Café Savoy. Kafka se levantó de su silla, hizo la mesa hacia adelante, caminó unos pasos y se acodó en una baranda. Como un niño se movía de lado a lado de la terraza, mientras pugnaba por divisar los rostros de quienes iban en primera clase. Y la vio, vio a Felice con su sombrero de flores amarillas y el vestido beige que llevaba puesto la primera vez que hicieron el amor. Le hizo adiós con la mano y solo entonces cayó en cuenta que le

extendía la servilleta como pañuelo. Ella también lo alcanzó a observar y en esos escasos segundos que sus miradas se cruzaron, Kafka vio cómo ella se mordía el labio inferior para no llorar. Ya cuando el tren se alejaba y de tanto estrujarla, la servilleta se partió en varios pedazos y miró que el único que le quedaba decía: “Ya no hay vuelta atrás”.

Llegó del trabajo, abrió la puerta, acomodó la gabardina gris en el perchero y entonces la vio ahí, justo en el centro de la sala. Era grande, quizás la cuarta parte de su mano, pero no le tuvo miedo. Se sacó el sombrero de copa y la atrapó. La cucaracha apenas hizo el menor esfuerzo por huir, incluso parecía que aguardaba el momento exacto en que la capturara. Cuando levantó el sombrero, la cucaracha aún seguía allí. El insecto lo miró y él hizo ademán por acercarse aún más. Entonces, cuando se alejó unos cuantos pasos, tomó una hoja en blanco y le puso los restos de una manzana que había olvidado botar. La cucaracha se acercó y empezó a comer. Kafka la miró digerir los restos de la fruta y sonrió. Hacía unos meses, Otlia le regaló una pecera pequeña con cuatro peces; le apenaba lo tétrico del lugar y la visión lúgubre y sombría que emanaba de todo cuanto sugería la presencia de su hermano. “Para que por lo menos haya algo de vida por aquí”, le dijo. Kafka se lo tomó a broma, se olvidó de darles de comer a los peces y murieron en poco tiempo. La pecera vacía, acomodada encima de una de las estanterías, le recordaba su incapacidad por mantener con vida aún las especies más pequeñas. Todos los días estaba tentado a botarla, pero en ese instante, cuando alzó la mirada, se le ocurrió una idea diferente. Cogió la hoja donde estaba la cucaracha, que comía aún, y la depositó en la pecera. Quiso acariciar a su nueva mascota, porque eso era ¿cierto?, pero sabía que repelería el contacto humano y se marcharía para siempre. Por eso, la admiró desde fuera, con su cara pegadita al cristal, y le dijo que se portara bien, que a él tampoco le gustaba el roce de las personas y que ahí, en su casa, podía vivir todo el tiempo que quisiera.

¿Cuántas veces no lo habían comparado con un insecto? Su padre, algunos amigos e incluso gente con la que apenas se conocía usaban el símil como ofensa. Pero viendo al bicho deslizar sus patitas mientras terminaba de rumiar los restos de la manzana, la forma en

que empezaba a desplegar sus alas y el modo en que sus antenitas se columpiaban en una cadencia perfecta ante los ruidos del entorno, se preguntó si no era un orgullo tener siquiera alguna semejanza con esta especie. Gregor Samsa lo sabía; sí, nadie como él lo sabía. En ese reino no existía la bajeza ni la hipocresía, sino la pureza del instinto. ¿Será que alguna vez el mundo real podía contemplar siquiera una posibilidad semejante? No, claro que no, el mundo real estaba condenado a fracasar, a vivir en una sempiterna desdicha debido al desconocimiento de la lealtad, a la desvalorización de lo sincero y, sobre todo, a su tenaz incapacidad de amar en libertad. Como Felice, que concebía al amor como la trampa mortal de un matrimonio sin futuro, pensó. Y en ese instante de digresión se acordó de todo cuanto había pasado con ella y del modo en que apenas la víspera la dejó plantada en la estación. Verla marcharse así, desde lejos y como el cobarde que era, le dolía y sabía, porque así tenía que ser, que esa herida lo acompañaría por mucho tiempo.

Después de mirar cómo el tren se perdía en un horizonte gris y con un cielo cargado de agua y malos presagios, se fue a su casa para encerrarse en la habitación con su máquina de escribir y, como si fuera una amante, pasar con ella toda la noche hasta quedarse sin fuerzas.

Apenas se sumergió en la escritura de *El proceso* una vocecita interior le preguntó por Felice. Creyó que sería fácil desprenderse de su recuerdo, pero no. Decenas de imágenes se le agolparon de pronto, justo se le representaban de forma nítida aquellos momentos dichosos que ambos disfrutaron. Las instantáneas se sucedían una tras otra como un torrente tumultuoso y violento que desemboca en una cascada. ¿Por qué no Felice o por qué no una oportunidad con ella, una sola apenas? Lo sabía. En el fondo de su ser, en aquel trasfondo que llaman alma, lo sabía. Le daba rabia aceptarlo, porque nadie estaría de acuerdo si lo explicaba en voz alta y, sobre todo, porque ni él lo terminaba de entender del todo.

El punto, el trágico punto al que no quería llegar, se resumía en que una vida paradisiaca en la que disfrutara de las delicias del amor le generaría una profunda desazón cotidiana. A la larga, todo aquello lo dejaría mutilado para siempre de sus tristezas y profundas ansiedades. Y sin sus miedos, sin sus absurdos ya no sería él mismo, sino un ser humano desmembrado, lleno de vacíos. ¿Lleno de vacíos? ¿Acaso

sabía lo que estaba diciendo? Lo dicho, no sabía explicarse y eso lo agobiaba, pero más lo angustiaba y lo saturaba de temores el no tener una vida propia ni la identidad que poseía encerrado en sus cuatro paredes. Entonces era presa del horror, tanto que la sola percepción de sentirse un individuo castrado de sus miedos lo colmaba de un pánico inusitado y de un espanto que lo desbordaba. Kafka se sentía un ser lleno de contradicciones y en ellas se complacía y no quería liberarse. Estaba convencido de que para vivir en paz no necesitaba cambiar ni despojarse de nada, sino encontrarle un orden al caos y a las paradojas que lo atormentaban y que amaba en el fondo de su corazón, porque sin ellas ya no era nadie. Esa noche se quedó doblado sobre la silla y despertó al otro día solo por la intensidad con que un vehemente dolor le recorría toda la columna vertebral. Luego se marchó a su trabajo y al regresar se topó con la cucaracha que, en ese momento, se disponía a fugar de la pecera, igual que él con Felice, sin decir adiós.

Los movimientos que hizo el insecto para salir de su encierro lo sacaron de su ensimismamiento. Huía de la jaula de cristal para buscar su libertad. ¡Qué envidia! Si él pudiera también escapar de todo y de todos lo haría sin vacilar ni un segundo. ¡Cómo lo disfrutaría! Pero la jaula que se esmeró en construir durante todos aquellos años, el trabajo y la familia, eran más fuertes que su buena voluntad. Volverían Felice y la cucaracha, ambas lo harían, pensó con amargura. Luego ahuyentó esa idea del regreso no porque fuera absurda, sino porque tuvo la plena convicción de que la esperanza solo anida en el reino de la ficción. Por eso se quitó la camisa, se duchó y se puso el pijama y un jersey a rayas dispuesto a faltar al trabajo, olvidarse de todo y quedarse el día entero en los brazos de la única amante que lo entendía mejor que él mismo y que jamás pensaría siquiera en traicionarle: la escritora.

La puerta, era la puerta. Unos golpes secos, certeros e intermitentes lo despertaron. Se volvió de noche sin que se diera cuenta, era la única certeza que tenía. ¿O acaso vivía la ficción que se esmeraba en escribir? En su historia también era de noche y unos golpes en la puerta despertaban a Josef K. para detenerlo otra vez e interrogarlo. Sería así. Ya empezaba a creerlo cuando escuchó la voz de Max del otro lado.

—¡Abre, abre por Dios!

Abrió. Por cómo su amigo se expresaba supo de inmediato que estaba al tanto de la ruptura con Felice.

—Vamos, vamos. No tienes por qué encerrarte así ni darte esta mala vida. Ya fue, hay que aceptar el pasado como lo que es.

Kafka le pidió que se marchara, porque estaba escribiendo una linda historia. Quizás era banal decir una *linda historia*, pero así le parecía y así lo dijo. Max no entró en el escabroso tema de esas disquisiciones, porque le comentó que tenía un plan diferente. Como no lo habían hecho en mucho tiempo disfrutarían de las delicias de la Praga nocturna e irían a parar donde las muchachas.

—¿Las muchachas? —preguntó Kafka, pero no hizo falta esperar ninguna respuesta porque los hombros alzados y el gesto grotesco del rostro de Max (rozarse de forma reiterada los labios con la lengua), le hicieron caer en cuenta de que irían a un burdel. En otras circunstancias hubiera dicho que no, pero ahora, en que pretendía ahuyentar el recuerdo de Felice y todo le sabía a ella, se vistió con lo que primero que encontró, una camisa y un pantalón gris, y se marchó con Max en dirección al Puente de Carlos para divisar, desde allí, cuál de los bares, atiborrado de putas, tenía aún sus puertas abiertas. Se fijó en uno, que estaba cerca del Castillo, y apuraron la marcha para ingresar lo más pronto posible. Max acababa de cumplir los 31 años, era dos años menor que Kafka; aunque estaba casado, era aficionado a la bohemia. Se embrutecía con el alcohol hasta el punto de buscar riñas innecesarias y de quedarse dormido en las mesas de los bares. Al día siguiente, los mozos lo dejaban arrimado junto a la basura para que su esposa llegara a recogerlo y se lo pudiera llevar a casa en la parte trasera de una carroza. Kafka y toda Praga lo sabían. Algunos establecimientos, incluso, le tenían prohibido el acceso. Kafka, en cambio, era más sosegado, podía pasar con una copa toda la noche, le gustaba admirar el ambiente y escuchar las conversaciones de las mesas de junto. Apremiar de cerca las vidas de los otros le animaba y encontraba en ello una motivación más para escribir.

Una casa de dos plantas con luces rojas que se intercalaban con mensajes anarquistas en alemán les dio la bienvenida. Eran pasadas las once cuando ingresaron al bar que no tenía nombre, pero al que todos conocían como “La guarida”. Estaba casi lleno, les costó encontrar

un lugar para sentarse. Una cortina de humo de tabaco enrarecía aún más el ambiente. Del techo se desprendía una luz anémica que apenas servía para que los clientes distinguieran bien sus sombras y no se rozaran entre sí. Una tarima desvencijada hecha de retazos de madera se encontraba en el centro del bar y, en la barra, un veterano con el pelo largo repartía trago a todo el que se lo pedía. Cerca de la puerta de salida una muchacha que apenas tendría unos quince años empezó a tocar la guitarra y a cantar en checo algo que Kafka nunca había escuchado, pero que debía ser popular, pues de súbito la mayoría de los presentes se levantaron a bailar. Él no le prestó atención y empezó a beber de a sorbos el arak, una bebida alcohólica hecha a base de anís. De pronto, viendo a las putas bailando con los clientes, se sintió incómodo y quiso retirarse, pero Max lo contuvo.

—La noche apenas empieza. ¡Vamos, diviértete!

Como ya estaba de pie, Kafka pensó que sería un buen momento para ir al baño y fue. Del retrete salía un olor tan nauseabundo que muchos preferían orinar en las paredes que acercarse hasta allí. Estaba tan absorto en sus pensamientos que solo cuando salió divisó los diez cuartos de las prostitutas acomodadas cerca de la salida y numerados en ese orden. Todas aguardaban a sus clientes en ropa interior y con una sonrisa congelada en los labios. Cuando Max le preguntó no le supo explicar por qué se dirigió hasta una de ellas, la de la puerta cuatro. La idea de encerrarse con ella y recostarse en un colchón empapado de toda clase de fluidos le resultó repugnante. Le entregó una hoja en la que estaba escrita su dirección y unas palabras que pretendían resignificar aquel ambiente ruin y sórdido: anda cuando quieras. Lo cautivó su mirada que mantenía rasgos de sinceridad y eso ya era bastante.

Luego, y durante más de tres horas, Max habló sin parar. Kafka asentía de vez en cuando para estar a tono con el monólogo y no parecer maleducado. Max le decía que lo admiraba en todo el sentido de la palabra, pues había que tener cojones para escabullirse así del matrimonio. A esas alturas los hombres parecían ser presas de una espiral interminable de caza por parte de miles de mujeres inescrupulosas. Y era horrible, porque nada hay que aleje más de los sueños y de la escritura que la vil cadena del matrimonio ¿O no? Kafka le dijo que sí, pero que ya debían irse. Pronto el reloj marcaría las 5:30 y con lo borracho que veía a su amigo era poco probable que llegara de una

pieza a su casa. Él, en cambio, se encontraba solo amodorrado y quería irse a descansar.

Cuando salieron de “La guarida” los sorprendió una ligera brisa. Pronto rayaría el alba y todo volvería a la normalidad. Kafka no sabía cómo iba a presentarse a su oficina en poco más de dos horas, pero en lugar de preocuparse sonrió. Ya no importaba. Descendían una leve pendiente cuando Max se aflojó del brazo izquierdo de Kafka que lo sostenía y rodó de forma estrepitosa. No hizo falta que le ayudara, porque se levantó solo, comenzó a reír y continuaron el camino. Detuvieron su marcha en el Puente de Carlos. Max jadeaba y estaba exhausto cuando se tiró al piso:

—Déjame aquí. Ya no puedo más. En un instante iré a casa.

Kafka no quiso escucharlo e intentó levantarlo. Justo en ese momento, pese a la tenue luz violácea que precede al amanecer, observó cómo una joven de unos diecisiete años era arrojada al río desde una carroza tironeada por dos caballos. ¡Qué raro y loco a la vez! Pensó en quién haría algo así, mientras veía cómo el coche, cuyo ruido de las ruedas rasgaba el silencio perfecto del día incipiente, se alejaba y se internaba por la cuesta que comunicaba con el Castillo. Abajo del puente la joven, que efectivamente había caído al río, suplicaba por ayuda. Max adivinaba sus intenciones y, pese a lo borracho que estaba, le dijo:

—¡Demonios, no lo hagas!

Kafka, que antes de eso sentía la cabeza pesada por el sueño que le ganaba la partida, apoyó los pies en la baranda del puente y se lanzó sin dudarle a las frías aguas del Moldava. Entonces sintió cómo el agua parecía congelarlo de golpe. Solo ahí supo que lanzarse de ese modo era una locura; la corriente era muy fuerte. Debía actuar rápido, no podía perder el tiempo. Divisó a la muchacha que de forma providencial se había agarrado a un tronco sujetado entre dos rocas. Nadó hacia ella. La soltura que sentía al desplegarse en el agua era solo comparada a la libertad que tenía cuando escribía. Max, desde el puente, le gritaba que se apurara, que la fuerza del agua lo podía arrastrar. Kafka agarró a la joven de las manos; ella en una rápida maniobra se prendió de su torso. Él nadó con fuerza hasta encontrar la orilla y al segundo siguiente ya estaban en tierra firme.

La muchacha empezó a llorar. Max, quien parecía haber superado los efectos del alcohol, le lanzó su saco para que se abrigara.

—Todo esto ha sido una locura. ¿Quién te ha querido matar?

Ella, aferrada al saco como un náufrago a una boya, no paraba de llorar. Kafka había tragado mucha agua, tiritaba de frío y tosía muchísimo. Luego le preguntó cómo se llamaba:

—Dora Diamant es mi nombre. Muchas gracias por salvarme la vida. Ya me tengo que ir, disculpen ustedes.

Y empezó a correr en dirección contraria al Castillo sin aflojar el saco de Max. Kafka, aún acostado en el piso, miró a su amigo y le tendió la mano para que lo ayudara a incorporarse.

—Sé lo que vas a decir, que todo lo raro siempre me pasa a mí. ¿Cierto?

—No, solo te iba a comentar que estás muy empapado y debemos evitarte un resfriado.

Kafka sonrió.

Se había hecho de día ya cuando Max recorrió junto a él las tres cuadras que lo separaban de casa, preparó una ducha de agua caliente y recostó en la cama.

Desde el día que se arrojó al Moldava a rescatar a esa muchacha su salud se resquebrajó. Pasaba períodos prolongados en la cama por una intensa tos. Lo más preocupante era la fiebre que le iba y le venía como las olas al borde de una playa. El médico le dijo que era un cuadro de probable neumonía y le recetó descanso por dos semanas.

Pese al delirio en que lo sumía la enfermedad, Kafka buscaba con frecuencia su máquina de escribir y empezaba a teclear lo que en sueños, cada vez más confusos, se le representaba tan nítido y revelador. Se prometió que descansaría durante el día y escribiría por las noches, mientras las fuerzas de su cuerpo se lo permitieran y hasta el momento exacto en que veía cómo la luz del sol se filtraba por las ranuras del alféizar. Ni siquiera sentía cómo todas las madrugadas su cuello se doblaba y se apoyaba cansado sobre la mesa de roble.

El sábado 9 de octubre de 1915 Praga amaneció bañada por la luz diáfana que le prodigaba un otoño precioso. Kafka se despertó cuando las campanas de la catedral anunciaban las once. Ottla había llegado del mercado para llenar la alacena para la semana, las bolsas aún estaban puestas sobre la mesa cuando él abrió los ojos. Pese al descanso, se sentía tan exhausto que hasta el simple hecho de parpadear le cansaba. Como le pasaba desde hacía varias semanas, le costaba unos minutos reconocer la realidad de la ficción. La fatiga prolongada de los últimos días la atribuía a la reducción cada vez más evidente de sus escritos. Había jornadas en que solo escribía un párrafo o dos. Le costaba concentrarse; desde que vio a Felice partir en ese tren algo, que no sabía definir con palabras, le ocurrió. Era como si se hubiera quedado anclado en aquel instante y nada de lo que pasaba después estuviera sucediendo en realidad. “Como un camino en otoño: tan pronto como se barre, vuelve a cubrirse de hojas secas”, escribió en su diario. El reflejo que le devolvía el espejo cada mañana era el de un hombre más pálido y ojeroso, sentía que desde la ruptura había envejecido veinte años. El insomnio ya era cosa de todos los días y lo que más lamentaba era que no podía concentrarse por más esfuerzos que hiciera. Apenas había empezado a darle forma al final de *El proceso*. Aquel período improductivo le causaba una terrible angustia y lo sumía en una profunda zozobra. Por eso, en las esporádicas ocasiones en que se levantaba, lo primero que hacía era abrazar a su querida máquina de escribir y pedirle perdón. Sabía que si no fuera el objeto inanimado que es, le reprocharía su falta de tiempo. Ottla, que había visto durante un par de ocasiones aquella escena, solía atribuirlo a las fiebres intensas que no lo dejaban en paz.

“Si soy feliz por algo no relacionado con la escritura, me siento incapaz de escribir ni una sola palabra”, anotó en su diario hacía unos días. Era cierto. Y porque no escribía como él quería, cada vez se sentía más desgraciado. Pensaba en ello cuando las campanas dieron las doce y creyó que ya era tiempo de levantarse de la cama. Ottla quiso disuadirlo:

—Descansa un poco más, por favor —le dijo.

Kafka le quiso obedecer. No obstante, cuando intentó hacerlo sintió un dolor, justo en el centro del pecho, como si alguien intentara taladrárselo de súbito y quisiera arrancarle el corazón. Como pudo,

y con ayuda de su hermana, avanzó los doce pasos que lo separaban del baño, se apoyó en el lavabo, pero el dolor lo hizo doblarse y cayó al piso. Entonces lo invadieron unas arcadas y cólicos en el estómago; luego se formó mucha saliva en su boca, tanta que tuvo que hacer algo a lo que no estaba habituado: escupir. Y cuando lo hizo vio por primera vez que de su boca salía sangre. Lo era, sin duda lo era. Primero fueron ligeros escupitajos, luego le sobrevino un vómito largo de sangre que se esparcía por todos lados. Pensó que aún estaba soñando, que era un personaje de sus relatos, pero el dolor en la garganta y luego en el bajo vientre le hicieron caer en cuenta que no era así, que estaba viviendo una pesadilla en vida y que en breve moriría. De pronto, cuando dejó caer la cabeza contra el piso, todo se le nubló de golpe y el mundo, su mundo, era ya solo tinieblas.

Cuando despertó, ya era de noche. Su hermana le ponía ligeros pañitos de agua tibia en la frente. Un tipo vestido de blanco y con larga barba, como la de un apóstol, sonreía al lado suyo.

—¡Vaya susto que nos pegó! —le dijo sin dejar de sonreír.

Kafka miró a todos lados sin comprender dónde se encontraba. Había compresas y restos de suero ubicados en una mesa, del techo pendía un ventilador que hacía un ruido horrendo, en las paredes blancas se divisaba un letrero que decía “área de desinfección”. Estaba en un hospital. ¿Cuánto tiempo llevaba y cuándo saldría de allí? Quiso preguntar eso, pero la voz no le salía. Miró sus manos y comprobó con gran satisfacción que eran humanas. No, no había padecido una metamorfosis, no era Gregor Samsa, aún no, pero entonces ¿qué pasó? Recordó que un agudo dolor en el pecho lo hizo doblarse en el baño y luego vomitó sangre como nunca lo había hecho. Pensar en el dolor en el pecho hizo que surgiera de nuevo. Se lo tocó y acarició una especie de válvula adherida a su cuerpo. Entonces Otlá le explicó que estaban en el hospital de Praga, en las afueras de la ciudad, que luego de que cayera desmayado en el baño lo trajo con ayuda de varios vecinos hasta aquí. Llevaba tres días y recién se despertaba.

—Hemos hecho estudios y lo que usted tiene es un cuadro de tuberculosis. Necesita reposo y que empecemos a estabilizarlo.

—Cálmate, —le dijo su hermana—, todo va a estar bien. Ya lo verás.

Kafka sabía que cuando uno le dice a un enfermo que todo va a estar bien es porque hay pocas esperanzas de que en verdad lo esté. Quiso hablar, pero de nuevo la voz no le salía. Le hizo una seña al médico de que no podía articular palabras. El doctor le informó que era normal, que en un par de días recuperaría la voz y que por ahora lo mejor era descansar. Ottla le dijo que no se movería de allí y que podía contar con ella para lo que quisiera. Kafka le pidió una hoja y algo con qué escribir. Ella salió de la habitación por un par de minutos y volvió con lo que le pedía. Ahí escribió si sus padres estaban al tanto de su estado y si habían venido a verlo. Ottla le dijo que no, que no había podido decirles nada. Kafka pensó que así sería mejor. Entonces le escribió al médico si pronto se recuperaría.

—No le voy a mentir: esta enfermedad es mortal. Debe tener mucha fe. Entiendo que es judío.

¿Tuberculosis? Tuberculosis había dicho el médico. Era un mal irreversible y pronto moriría. Tantas cosas se quedarían en la nada, ya no leería lo que tenía pendiente leer ni escribiría las obras que se había propuesto escribir. La vida tenía que culminar en un punto donde él no quería. Judío, sí, pero le costaba creer en “el Dios único y verdadero”. Le hubiera gustado ser creyente y aferrarse a tener fe en algo por lo menos para perder el tiempo, pero ya no sería posible. ¿Y ahora? Solo tocaba esperar al verdugo que le venía en forma de una tos incontrolable. Sabía que nadie de aquí en más quisiera acercarse hasta el lecho de un tuberculoso cuya existencia se extinguiría de a poco como una vela. Al cabo de unos minutos, sintió que los párpados le pesaban muchísimo y se volvió a quedar dormido.

Kafka, como el doctor le indicó, permaneció tres días más en el hospital. De forma recurrente el mismo médico, que se llamaba Gregor Liška, se acercaba a su cama y trataba de tranquilizarlo. ¿No era una casualidad cósmica que se llamara así? El doctor le contó que durante más de mil ochocientos años la humanidad luchaba contra esta plaga sin éxito, porque se desconocían avances reales para un tratamiento efectivo. Por él supo que desde el siglo II, en pleno Imperio Romano, se clasificaba a la tuberculosis dentro de las enfermedades transmisibles. De todos los síntomas posibles, él los cumplía todos: dolor agudo en el pecho, fatiga, pérdida de peso, falta de apetito, fiebres intermitentes

y, lo más preocupante, una tos intensa acompañada de hemorragias que con el paso de los días se harían más y más abundantes.

¿Fue aquella locura suya de lanzarse al Moldava una madrugada para salvar a una desconocida un factor desencadenante de la enfermedad? El doctor le dijo que no, que el mal ya estaba alojado en su interior y que esa acción lo único que propició fue que aflorara más rápido.

—En realidad es poco lo que sabemos de la enfermedad. A inicios del siglo pasado se pensaba que si alguien moría con este mal reen-carnaba como vampiro para contagiar al resto. Para acabar con lo que todos pensaban que era una plaga bíblica moderna, se llegaba al extremo de desenterrar al que creían vampiro y realizaban un ritual para que no volviera a la vida nunca más. Y hacia mediados del siglo anterior, un médico alemán llamado Joham Lukas Schönlein propuso por primera vez la palabra “tuberculosis” para referirse a los tubérculos pulmonares que hasta entonces todo el mundo conocía como tisis.

Kafka se quedaba horas enteras escuchando a Gregor Liška. Procuraba no interrumpirlo para saber más de una enfermedad que hasta entonces le era tan ajena y distante como la existencia de vida en otro planeta. Sin embargo, el tema que más le interesaba se trataba poco y mal. ¿Hay cura o un tratamiento efectivo? La respuesta siempre era la misma, pero él hubiera querido escuchar algo distinto. No, no había nada, los estudios en laboratorios y en las universidades aún no arrojaban resultados positivos.

—Solo hay varias alternativas terapéuticas. Por ejemplo, están los sanatorios que existen desde hace más de dos siglos. Hay destacados especialistas, como en Viena, que han desarrollado terapias de cura fundamentadas en principios climáticos o ambientales. Se cree que la ventilación y un ambiente sano ayudan a que el paciente mejore. Resultados concretos no ha habido, solo mejoras aisladas, pero como ocurre en estos casos la gente se aferra a lo que sea.

Kafka se afligía al llegar a este punto. Sabía que, para soportar las crisis de la tuberculosis, aquellas que lo doblaban de dolor, debían aplicarle pequeñas cantidades de morfina. El problema real consistía en que llegaría el momento en que las dosis se incrementarían hasta el punto en que ya no le harían ningún efecto y el dolor sería irresistible. Por ahora, la enfermedad era tolerable.

El único que llegó a visitarlo al hospital fue Max. Se quedaba siempre con su amigo hasta antes del desayuno. En ese momento le informaba sobre cómo avanzaba la guerra. Las noticias llegaban con días de retraso, pero lo que se sabía era que empezaba la Tercera Batalla de Ypres en Bélgica en la que los británicos luchaban contra los alemanes en cruentos enfrentamientos. También en Rusia se preparaba algo grande, pues la población entera parecía volcarse a las calles en franco descontento por las injusticias de los zares. El mundo cayéndose a pedazos, pensó Kafka, y él queriendo escribir todo cuanto pudiera mientras lidiaba contra un enemigo que hiciera lo que hiciera siempre saldría victorioso: la tuberculosis.

El martes 16 de noviembre de 1915, Kafka fue dado de alta. Cuando se despidió, el doctor Gregor Liška le dijo que la vida continuaba y que bien llevada podía vivir con esta enfermedad durante mucho tiempo. Le agradeció y le dijo que esperaba verlo pronto. Otta, que no se había movido de su lado en ningún momento, lo ayudó a subir a la carroza. Durante buena parte de su convalecencia, Kafka pensó que jamás volvería a ver la ciudad. Por eso, al divisarla desde lejos, tuvo ganas de llorar. Pese a todo tenía que seguir adelante. Por eso, la víspera encontró la motivación necesaria para escribir lo siguiente: “No desesperes, ni siquiera por el hecho de que no desesperas. Cuando todo parece terminado, surgen nuevas fuerzas. Esto significa que vives”. Sabía que la escritura lo aguardaba, como fiel amante, en su habitación. Vivía. Aún latía la literatura en su interior y por eso podía sentir el fuego de una llama sempiterna que lo abrasaba y lo abrazaba en simultáneo. Y aquello le brindó la plena convicción de que la batalla, aunque estuviera perdida, ni siquiera había comenzado de verdad.

Capítulo VIII

Las renunciadas y los adioses siempre duelen. Así se lo dijo Jakob, su abuelo, el día en que se marchó de Wossek, una humilde aldea ubicada al sur de Bohemia, para instalarse en Praga. Kafka era apenas un niño y tras de sí dejaba a un mundo mítico donde las colinas parecían unirse con las estrellas en las noches de luna llena y en el que los arcoíris resplandecían luego de las lloviznas intermitentes que caían por sorpresa durante el verano. Sin embargo, y después de muchos años, lo pensó bien y creyó que su abuelo se equivocaba. No, uno no debería ser tan categórico con el empleo de este tipo de expresiones.

¿Se puede extrañar un lugar que nos ha dado tanto dolor, angustia, desdén o un tedio insufrible? Tal vez se lo pueda echar de menos una tarde de verano en la que una visita a la playa, lejos ya del infierno habitual, propicie una reflexión del tipo: “Era verdad, esa vida de antes sí que era una porquería. ¿Por qué aguanté tanto ahí en vez de mandarlo todo a la mierda desde el primer momento?” Podría uno sentirlo o decirlo a lo mucho, pero jamás se extrañaría un lugar así ni nada semejante. Era como si el esclavo se liberara del yugo opresor por un azar del destino y luego, cuando ha puesto meses y cientos de kilómetros de distancia, extrañe la maldita vida que llevaba, vuelva con sus amos y ate él mismo las cadenas de sus manos y pies para regresar a la miseria de siempre.

Kafka no iba a extrañar nada. Además, sabía que las decisiones que se postergaban eran las que más se lamentaban. Por eso, cuando se propuso renunciar a la oficina debido a los estragos de la enfermedad que cada día lo acuciaban más, se marcó una fecha límite. Aquel día llegó de forma vertiginosa, lento y decidido, como un sicario que va a cumplir un encargo.

Era una mañana brumosa de fines de 1917. La guerra seguía y el mal tiempo se ensañaba con el ejército austrohúngaro, que reportaba noticias poco alentadoras: de noventa y cinco mil soldados en batalla, cuarenta mil habían muerto, pero de ese número solo seis mil habían caído en combate. El resto, más de treinta y cuatro mil, fallecieron de hambre, atacados por diversas epidemias o congelados. Incluso se informaba que, en un arrebato de desesperación, los uniformados habían tenido que matar a los perros y caballos para comérselos vivos y aferrarse inútilmente a una esperanza. Era invierno, un invierno como el que no se había visto nunca, y nadie podía imaginar siquiera sus consecuencias en los miembros del ejército. ¿O era que a nadie le importaba? Se preguntaba Kafka con frecuencia si eso era verdad o no. Lo cierto era que la gente prefería quedarse en casa debido a los malos augurios que avizoraban bombardeos masivos. De a poco la ciudad se iba quedando vacía, como un pueblo fantasma. Así, en ese ambiente, Kafka salió por última vez a la oficina para poner su renuncia.

Europa se desangraba y por doquier reinaba la incertidumbre; en los bares y en las reuniones familiares nadie hablaba de otra cosa. Y mientras eso sucedía Kafka andaba tan ensimismado, perdido en sus digresiones, que avanzaba por las calles desoladas de Praga sin mirar a ambos lados de la calle cuando cruzaba. Pese a que el ambiente estaba cargado por un aire siniestro, él solo pensaba en renunciar para luego, y si le daba tiempo, irse a la piscina olímpica de la ciudad a nadar un rato. Se sentía mejor de salud, parecía incluso que la enfermedad le hubiera dado una tregua para despedirse en esos días. El permiso médico había terminado. Heinrich Weiler, el director del Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia, se sentiría orgulloso de tenerlo de vuelta. Por eso, cuando lo vio afuera de su oficina, lo hizo pasar enseguida y ordenó a su secretaria que les sirviera un té. Kafka no quería entretenerse ni perder más tiempo, menos con un tipo que les contabilizaba a sus empleados hasta el último segundo en que marcaban sus ingresos y salidas de la oficina.

¿Extrañaría aquel lugar? Siempre dijo que no, que jamás en la vida, cuando tuviera la oportunidad de irse, sentiría nada parecido a la melancolía por un sitio así, tan burocrático y vacío. Sin embargo, mientras se disponía a hablar con Weiler para exponerle su renuncia irrevocable, se sintió invadido por un cierto aire de nostalgia. Durante todo su tiempo ahí se preocupó por ser un funcionario puntual y responsable, no porque lo quisiera en verdad, sino porque tenía aversión al trato del otro, en especial de Weiler, y faltar un día, o atrasarse siquiera, constituía la ocasión ineludible para pasar por la oficina del director y escuchar durante horas una aburrida perorata sobre el cumplimiento del deber y los principios elementales que conllevaba la responsabilidad laboral. Toda esa basura. Pese a que había días en los que literalmente no hacía nada, le era imposible escribir allí. Necesitaba concentración para que lo visitara la luz epifánica imprescindible para transcribir la pureza de la fantasía ficcional en el papel. Sin embargo, aquella musa que ilumina y derrocha ideas como un volcán en erupción nunca hubiera estado dispuesta a acompañarlo a un sitio semejante, un sitio donde hasta para pedir un lápiz había que llenar cuatro solicitudes y esperar tres días para que el supervisor de turno lo autorizara. Y luego, cuando se esperaba que eso fuera todo, se debía aguardar el visto bueno del director para proceder, finalmente, a retirarlo en secretaría. Por eso, y tantas otras cosas, la oficina le repugnaba. Hacía tan solo unos días había escrito en su diario:

La oficina es un obstáculo para la creatividad. La escritura y el trabajo no pueden conciliarse porque el centro de gravedad de la escritura se sitúa en lo profundo, mientras que la oficina se queda en la superficie de las cosas. Entre esos dos mundos hay un vaivén continuo, un proceso que acabará conmigo.

Kafka archivaba los casos día por día. De forma meticulosa se daba tiempo para ordenarlos por las horas en que se iban sucediendo. La disposición exacta, la pulcritud impecable y aquella obsesión cronológica por tener a la mano cada dato hicieron que Weiler lo ascendiera a supervisor en poco tiempo. Sin embargo, los compañeros de trabajo del Instituto cuestionaron la decisión. Sus críticas y rechazo lo evidenciaban cada vez que Kafka asomaba sus narices. Murmuraban, lo señalaban con el dedo y se reían sin guardar discreción. Podían entender

que fuera un escritor, que manejara las normas de la gramática, que hablara a la perfección checo y alemán, que dominara las leyes y su pulcritud maniática con el trabajo cuyo afán rayaba en la obsesión por el dato ordenado. Lo entendían, porque podía ser eso y mucho más, pero era judío y eso era inaceptable.

Un cerdo judío, las escorias sociales, los asesinos de Dios. ¿Cómo los llamaban? Kafka se lo tomaba a broma. *Los asesinos de Dios*. Era su favorita. Según leyó, los cristianos tenían por su Señor precisamente a un judío. Ese hombre, llamado Jesús, predicó todo lo contrario a lo que profesaban. Amar al prójimo como a sí mismo, era el centro de una doctrina resumida en lo que denominaban evangelios. Se entendía que el prójimo también eran los judíos, pero cada vez se incrementaba por todos lados un sentimiento de animadversión acumulada y odio desenfrenado contra todo un pueblo. ¿Qué tengo que ver yo con algo que cometieron mis ancestros hace más de mil novecientos años?, se preguntaba Kafka con amargura, mientras trataba de forma estéril de encontrar una respuesta en la realidad y en la ficción a aquello que la razón misma no acertaba en explicar.

¿Por qué había aceptado el ascenso, entonces, si era tanto problema? A punto estuvo de decirle a Weiler que no, pero terminó por quedarse con el puesto cuando se enteró que los supervisores solo debían trabajar seis horas en lugar de las diez que debían cumplir los demás. Aquellas horas las destinaría a la escritura. El resto del mundo, con sus burlas y críticas insanas, bien se podían ir al carajo.

Si bien, Weiler se lo había explicado, a veces creía que todo era una broma. El tipo quizás quería darle lecciones al resto, minimizarlos y aplastarles a todos el orgullo o la autoestima. En las discusiones con los empleados tal vez los ninguneaba y les espetaba en la cara que valían tan poco, que eran tan insignificantes, que hasta un judío estaba por encima de ellos. Sabía también que, como supervisor, el trabajo se multiplicaba. A las fichas habituales de los trabajadores de las fábricas debía incluir los datos de sus compañeros. Rellenar tanto espacio en blanco todos los días le abrumaba. Con el único propósito de seguir lúcido en plena jornada de labores estériles, se encerraba en el baño para lavarse reiteradas veces el rostro con el agua congelada que salía del grifo, luego se desperezaba, se despertaba del todo y evitaba así morir de aburrimiento.

Una vez se animó a reclamarle a Weiler el encierro en que se encontraba y lo profundamente abatido que se sentía por tanto trabajo. Kafka llevaba ya tres años de labores y su único objetivo era obtener vacaciones, pero el director entendió otra cosa. En lugar de enviarlo a descansar quiso que emprendiera viajes al norte de Bohemia y al sur de Italia para que recabara allí datos de las fábricas que contrataban sus servicios para hacer informes concretos de cómo se podían evitar accidentes laborales. Fue, de lejos, la época más provechosa de su paso por la oficina.

Durante ese tiempo se dedicó a asesorar a quienes no atinaban a descifrar los vericuetos legales que imponían las normas relacionadas con los seguros de accidentes. La gente, gente muy pobre que vestía harapos en pleno invierno, buscaba una indemnización porque en plena faena de trabajo habían tenido la mala fortuna de que una máquina, un torno, por ejemplo, les cercenara varios dedos de la mano. Incluso había quienes manipulaban novedosos equipos agrícolas para la producción de maíz y que por imprudencia perdían brazos y piernas de cuajo.

En sus informes, Kafka sugirió mejorar las deficientes políticas de seguridad laboral de la época e impuso la condición del uso del casco en las construcciones de casas y edificios. En ese tiempo, cerca de un año, se dio cuenta de que las actividades en la oficina eran un lastre para el trabajo literario, pero tenían su lado positivo; el más importante era ayudar a la gente. Luego, los viajes se acabaron por falta de presupuesto y tuvo que volver a la cotidianidad de siempre.

Mientras el director le invitaba a tomar el té, Kafka pensaba en aquello que tenía que dejar atrás, pero también en el laberinto intrincado, abrumador y caótico que constituía todo a su alrededor. Lo escrutaba a Weiler, escudriñaba sus ojos para divisar en ese momento, en ese último encuentro, un guiño apenas que le permitiera comprender cuanto pasaba, pero él evadía su mirada. Era el jefe, el director, el mandamás, el gran administrador de una absurda espiral jerárquica que manejaba los destinos de un cúmulo de personas a su antojo. Sí, los manipulaba cual titiritero impuesto, quién sabe cómo, por un protervo demiurgo salido de la nada. Aquel sistema los apabullaba, los hacía no solo esclavos, sino súbditos. ¿De qué otra forma se podía entender que alguien no pudiera pasar con su mujer, sus hijos o

sus padres, los mejores momentos de su vida, porque tenía que estar trabajando? La opción era no ir a la oficina, pero el desempleo era el camino más seguro para morir de hambre. Él, por ejemplo, de no tener ese trabajo tendría que ir a mendigar las migajas de su padre y disponer de un destino peor, pues debería acogerse a la voluntad cínica y perversa del negocio familiar.

Cuando por fin pudo tener la atención de la mirada de Weiler, sus ojos no le decían nada. Eran como los de un perro que espera comida, sin otra expresión más que la de satisfacer un instinto fugaz. Quizás él tampoco era consciente de nada, tal vez solo era una simple pieza de ajedrez del arquitecto desquiciado que manipulaba el rumbo de todo el mundo. Lo cierto era que el ser humano estaba subyugado ante un poder irracional, absurdo y sin sentido que doblegaba hasta el último resquicio de la voluntad individual.

—Pase, Kafka. Mire que un té nos va a caer bien, mientras hablamos de ese asunto tan urgente que me anunció por medio de mi secretaria.

No, de plano Weiler no estaba enterado de nada. Trataba de sonreír de forma hipócrita, como les sonreía su padre a los empleados que estaba a punto de despedir. Ahí, en ese despacho, se había sentado apenas un par de veces en años.

El poder, el esquizofrénico juego del poder, imponía su fuerza absoluta en la monotonía cotidiana. El único propósito de todo esto era tener a los empleados ocupados para que nadie se atreviera a pensar siquiera. Por eso, la única salvación posible era la escritura. En *El proceso* Kafka describía las sutiles hebras del dominio impuesto por autoridades invisibles, pero justo cuando estaba a punto de dar con el hilo de Ariadna que sirviera de clave para desenmarañar toda aquella maldita espiral jerárquica, vino el diagnóstico de la tuberculosis. Al poder no le gusta que lo piensen, que lo cuestionen. Y, lo que es peor, al poder no le gusta que lo novelen, pensó, y no pudo evitar una sonrisa.

—Pero termine de sentarse, hombre, y cuénteme qué lo trae por aquí tan divertido. El que se ríe a solas, de sus maldades se acuerda; así es el refrán ¿no?

Weiler empezó a reír sin motivos, quizás como deferencia al verlo sonreír. Kafka, que notaba en todo ese ambiente algo sórdido que

tampoco podía descifrar, se sentó por fin. Ahí notó cómo encima de su escritorio el director tenía una foto de su familia y, junto a ella, una réplica en cerámica de la Torre de la Pólvora. ¡Dios, la torre estaba ahí frente a él, la podía ver todos los malditos días y entre todas las cosas habidas y por haber en este mundo debía poner en su escritorio justo eso! Le iba a preguntar el motivo, pero en ese instante entró la secretaria con una carpeta en la mano que depositó en las piernas de su jefe.

Apenas la víspera cuando hablaba con Max sobre su renuncia, le preguntó si iba a extrañar a sus compañeros. No sabía ni el nombre de la secretaria, aunque la veía todos los días, los rostros de los demás siempre se le presentaban distorsionados en su mente, porque procuraba no mirarlos a la cara cuando se cruzaba con ellos en los pasillos de la oficina. Por eso, si se los encontraba en un bar o por las calles, seguro que lo tratarían de arrogante pues ni siquiera se volteaba a saludarlos.

En todo ese tiempo, mientras veía sonreír a Weiler como un idiota, se preguntó hasta el hartazgo qué extrañaría de verdad del trabajo. Indagaba en su fuero interno una y otra vez, como cuando interrogan a un espía capturado en suelo enemigo, y siempre se encontraba con una pared de ladrillos, la nada absoluta. En cierta forma sentía que aquella estancia en la oficina había sodomizado su labor creativa, su oficio autorial. ¿Y quién iba a sentir compasión por un sodomita? La monotonía rutinaria, el horario esclavizante, la desdicha de hacerlo todo una y otra vez, como un Sísifo contemporáneo, lo hacían sentir miserable. Y eso terminaba, aquella vida iba a culminar por fin, precisamente ese día.

Se acordó de todo aquello en el momento en que Weiler empezaba a fastidiarlo con la matraca de una vida responsable pese a la enfermedad. Y ahí fue el instante en que lo vio todo claro. Se puso de pie sin escuchar nada más. Había esperado muchísimo para que llegara ese momento. Se acordó de lo último que le escribió a Felice: “A partir de un cierto punto, ya no hay vuelta atrás. Hay que llegar a ese punto”. Y llegar a ese punto le costó diez años, cuatro meses y doce días.

—Se acabó, Weiler. Renuncio. Me voy a un sanatorio para recuperar mi salud. Adiós.

Luego volvió a mirar todo a su alrededor. Ni siquiera se preocupó en darle la mano al director que se la extendía como mandaba el

protocolo. A su modo era la venganza que Josef K hubiera querido cristalizar en *El proceso*, el sueño que Gregor Samsa tanto anhelaba antes de padecer la metamorfosis. Liberarse así, de golpe y sin dolor, de las cadenas opresivas de un trabajo tan estéril era lo mejor que haría en la vida, pensó.

Se trataba de la realidad dándole una enseñanza a la ficción: una bofetada irreverente al poder ilógico, incongruente y demencial. Dio media vuelta y empezó a caminar. Se sintió dueño de sí y del tiempo fugaz en el instante que bajó los diecisiete escalones que lo separaban de la puerta que daba a la calle. Era invierno, pero sobre Praga caía un sol espléndido que se asomaba de forma tímida, como una ardilla en un bosque. Afuera, en plena calle Kafka alzó los brazos en cruz. Mientras avanzaba por las calles le invadió tal felicidad que tuvo ganas de gritar de júbilo, pero no lo hizo. Ahora solo quedaba despedirse de Hermann, Julie y de toda su familia antes de ir al sanatorio, pero ya habría tiempo para eso, pensó. Caminó todo lo rápido que pudo para ir hasta su habitación con el único propósito de encerrarse con llave; tenía que escribir. Durante el trayecto se sentía como un pez que es dueño del océano infinito. Entonces, una cuadra antes de llegar a casa, Kafka levantó la vista hacia el cielo y los rayos de sol lo cegaron por un momento. Luego una suave brisa acarició su rostro. Y sonrió.

Capítulo IX

No recordaba qué edad tenía ni mucho menos el día exacto, solo que apenas era un adolescente ¿13 años o 15 quizás? La soledad no siempre es amiga de la memoria. Lo que a Kafka sí se le representaba de forma nítida en su mente era que se encontraba postrado en cama. Unas fiebres intensas no lo dejaban en paz desde hacía una semana. El médico de la familia no acertaba en dar un diagnóstico concreto y eso a Hermann lo ponía de mal humor. Mientras tanto, Julie, su madre, trataba en vano de bajarle la calentura con extrañas pócimas de las que solo podía distinguir el eucalipto y el jengibre. Aparte de la fiebre sentía que una ola de escalofríos lo flagelaba por sorpresa y que náuseas intensas lo visitaban cuando terminaba de ingerir algún bocado. Vomitaba todo, estaba en los huesos y con una profunda deshidratación el día en que su padre ingresó hasta su lecho, le puso una mano en la frente, le dio un ligero beso en la mejilla y le dijo que pronto se iba a recuperar, porque él era un Kafka de verdad, no un marica que se rinde ante unas fiebres tontas.

Pasaron aún varios días para que Kafka se empezara a sentir mejor. Fue una recuperación lenta y dolorosa que, pese a ello, Julie atribuyó a sus bebidas naturales y Hermann a sus palabras. ¿Por qué se acordaba de eso precisamente entonces, cuando quería pensar en el mejor paliativo para sobrellevar la tuberculosis y que la vida le diera una última oportunidad para seguir escribiendo? Quizás porque la

nostalgia, al igual que la enfermedad, también llega sin avisar. Fue la única demostración de afecto que su padre fue capaz de darle durante tantos años y eso le causaba una profunda tristeza.

Hermann había atravesado toda su vida con la fuerza de un huracán y la cambió por completo el día en que se empeñó en que siguiera cada uno de sus pasos. Al principio Kafka lo tomó como un desafío, luchó como un loco por su aprobación, por ser el hijo que siempre quiso, el motivo de su orgullo, pero hubo un punto, un momento de inflexión en el que supo que los deseos de su padre, aquello que quería con todas las fuerzas de su corazón, no comulgaban con sus deseos. Entonces empezó a ser él mismo, a vivir su vida, dejando en evidencia una individualidad cuyo eje central radicaba en la literatura.

A su padre ese tipo de aficiones le parecían propias de alguien que no se toma la vida en serio, pues él quería un sucesor para su negocio al que solía referirse como “mi imperio”, no a un tipo con marcada tendencia a la vagancia, que se encerraba en un cuarto con una máquina de escribir y se creía un artista. No, Hermann no admitía algo semejante. Así como tampoco quiso que abandonara la carrera de Química en 1901 ni que estudiara Derecho, sino que cursara algo relacionado con el manejo empresarial para que su negocio prosperara. Pese a las terribles discusiones entre los dos, y que cada vez eran más y más intensas, Kafka persistió en lo suyo y se doctoró en leyes a mediados de 1906, no porque lo quisiera de verdad, sino porque a esas alturas decirle no a su padre le daba una especie de libertad y satisfacción personal que no había sentido nunca.

Por eso no le tomó por sorpresa que un día de fines de diciembre de 1907, ya cuando buscaba trabajo en un bufete de abogados para irse lejos de los tentáculos de su padre, en plena cena familiar Hermann lo abofeteara, le dijera que era una escoria y un maldito insecto, para luego tomarlo del cuello y echarlo a puntapiés del hogar que lo había acogido los 24 años de su vida frente a la atónita mirada de su madre y de sus hermanas. En cambio, lo que sí le tomó por sorpresa fue que nadie dijo nada, ni Julie, ni Gabrielle, ni Valerie, ni Ottla. Y ese silencio repleto de miedo de cara al monstruo que era su padre le dolió más que los golpes recibidos. Mientras se limpiaba la boca ensangrentada y procuraba ponerse en su lugar el hombro fracturado, Kafka las vio sentadas frente a la mesa del comedor. Con ellas había jugado,

compartido miles de momentos a lo largo de tantos años y, sin embargo, no le pidieron a Hermann que parara con el desfogue de su ira irracional, así como tampoco intervinieron para evitar que lo botara de la casa. Ver a Julie, su propia madre, cruzada de brazos significó para él una lanza en el corazón. Esa misma imagen le dio las fuerzas necesarias para largarse y no volver la vista atrás.

Esa noche, la noche en que fue despojado de su hogar, Praga era azotada por una gran nevada. Kafka recogió sus cosas y acomodó sus libros en una maleta. Los días de su infancia y adolescencia los veía tan remotos, esos días en que su padre daba todo por él y lo protegía como un pastor a un cordero. ¿Qué es lo que hace cambiar la vida de un ser humano? no lo sabía, como no sabía tantas cosas, pero pensó que la respuesta a esa pregunta se sintetizaba en el hecho de proyectar en el otro los sueños frustrados y las oportunidades abortadas.

Las campanas de la catedral doblaron y dieron las doce. Eso sacó a Kafka de sus digresiones y volvió a hacerse la misma pregunta: ¿por qué ahora? Y pensó que nadie escogía lo que deseaba recordar. Las imágenes del ayer se activaban por una charla, el fragmento de un diario, una fotografía, una verdad revelada o ante un acto próximo a comenzar y que tiene similitudes con uno anterior. Esto último tenía que ser, porque de pronto sus pasos se encaminaron rumbo a su antigua casa en busca de Hermann. Si él se preciaba de que nada en su círculo familiar pasaba sin que lo quisiera su santa voluntad, ahora iría presto y decidido a pedirle su venia para que le ayude a bien morir.

Para no hablar tanto ni perderse en pensamientos inconexos, Kafka le escribió a su padre una carta. En ella le puntualizaba el abismo que los separaba, la razón de ser que los distanciaba como un polo del planeta al otro y, sobre todo, de cómo el miedo que le tenía terminó por constituirse en el eje de una ruptura insalvable ya desde hacía años.

Le temía. No era un artificio construido en su mente debido al rencor acumulado por los años, sino un hecho. Kafka le tenía un profundo miedo, porque, entre otras cosas, Hermann era como uno de esos locos medicados que cuando se les pasa los efectos de una dosis actúa como un energúmeno, no con acciones violentas, sino con un torrente verbal tan impetuoso que hería en su fuero interno a todo el que se

atravesara en su camino. Sus hermanas le decían que era cosa de acostumbrarse, pero para él era imposible habituarse al comportamiento de alguien que le machacaba siempre las mismas cosas y que, mientras lo hacía, lanzaba miradas de las que se proyectaba un odio tan agudo, tan penetrante, que era capaz de reducir al otro a la nada absoluta. Y lo peor era que luego, al minuto siguiente, dijera de forma indiferente, como si la cosa no hubiera sido con uno, que no quería decir lo que dijo, que se disculpaba y te invitaba a tomar un té de hierbas, porque estabas muy nervioso.

Por esos días, después de salir del hospital, Ottla le preguntó si perdonaría a su padre al encontrarlo en su lecho de muerte. Se sorprendió cuando su voz, llevada por el instinto antes que la razón, contestó que no. No, no lo haría. El ser humano tenía que ser genuino, no traicionarse, no ser falso en este mundo que de hipocresía ya tenía bastante.

—¿Aún no lo olvidas, cierto? ¿Todavía recuerdas cuando de niño tuviste sed una noche y le pediste agua a papá? ¿Es por eso?

Kafka trataba de encontrar una idea para empezar el siguiente capítulo de *El proceso*. La víspera, cuando leyó un fragmento a Max, se empezó a reír porque su amigo divisó cómo caricaturizaba a Felice en uno de sus personajes, a la señorita Bürstner. Incluso la blusa que aparecía en uno de los episodios era descrita como la que utilizaba su antigua prometida. Y en ese momento, en que buscaba una idea para empezar un capítulo nuevo, Ottla lo sacaba de su estado de concentración y le traía a la realidad algo que mantenía resguardado con llave en el fondo de su memoria, como un animal salvaje preso en un sótano y que escapaba en el momento menos pensado para destrozarse todo a su alrededor. Así.

¡Cómo olvidar lo que su hermana le decía! Tenía sed. Sí, es verdad, una noche tuvo la desgracia de sentir sed y de pedirle a su padre que le trajera un vaso con agua. Kafka lloraba, pedía a gritos que le dieran de beber. ¿6 años, tal vez 8? Era un desastre ordenando las fechas en su cabeza. Julie tampoco le dio nada y lo mandó a la cama “para que se calmara”. En su habitación, el niño pensó que quizás su idioma había cambiado y que si nadie le daba agua era porque no lo entendían. Por ello, empezó a gritarlo en checo: voda. Y luego en alemán: wasser. Al rato, debía haber pasado una hora, Hermann ingresó a la habitación.

Kafka se alegró y le tendió los brazos para abrazarlo, pero en ese mismo instante sintió el flagelo de una cachetada que lo remecía y lo tumbaba en el colchón. Luego, su padre abrió la puerta del balcón. Era invierno, estaba oscuro y llovía. Ahí lo dejó apenas con el pijama que cargaba mientras le gritaba:

—¡Para qué aprendas, muchacho malcriado!

¿Para aprender qué con exactitud? ¿A no tener sed? Al día siguiente, Julie lo sacó en brazos del balcón. Estaba casi inconsciente, casi muerto de frío. Tiritaba como un poseso cuando su madre lo recostó en la cama y le puso varias sábanas encima. Todo era inútil, porque el frío lo tenía adherido a cada parte de su cuerpo. Ella le dio un vaso con agua que Kafka rechazó con rencor. Aquel fue el instante en que conoció el odio y en el que sintió cómo su corazón también se congelaba. Pasaron meses para que se recuperara del todo y mucho más tiempo para que volviera a hablarle a sus padres. Iba a la escuela, se comía lo que le daban y se marchaba a la cama sin cenar. Tomaba muchísima agua durante los recreos para que le sirvieran de reserva durante el resto del día y de la noche, como un camello, pues evitaba beber nada en casa.

En ese momento pensó que Hermann sí podría contestarle una pregunta que Felice le hizo la última vez que discutieron: ¿Por qué eres tan insensible? ¿Por qué parece que tuvieras hielo en lugar de sangre en el corazón? En realidad, lo tenía. El frío de aquella noche había permanecido intacto durante todo ese tiempo. No se le iba. Por eso se refugiaba en la literatura, porque estaba convencido de que la escritura, y solo ella, debía ser el arma que le ayudara a quebrar el mar de hielo que lo aquejaba, que lo atormentaba y no lo dejaba en paz. El libro, una novela como *El proceso*, por ejemplo, tenía que ser eso, porque si las letras antes de aflorar en el papel no te queman por dentro, no sirven para nada.

—Dime, ¿todavía lo recuerdas?

Ottla, hermana querida, vaya que era insistente con las preguntas. Kafka le hubiera preferido responder que sí, que lo recordaba todo muy claro. Luego le hubiera gustado explicarle el miedo que aún tenía cuando pedía un vaso con agua en un restaurante y miraba para todos lados, como un ladrón que huye a medianoche. Pero no lo hizo, solo le sonrió y le pidió que lo dejara solo porque tenía mucho trabajo pendiente.

Con el paso de los años la figura de Hermann en su vida se iba haciendo menos presente o, como le gustaba creer, iba dejando una huella más débil. Daba igual, lo cierto es que lo pensaba menos. Sin embargo, él estaba al tanto de todos sus movimientos y necesidades. Lo vigilaba, lo sabía, y en cierta manera se sentía controlado. El poder, aquella figura irracional que nadie sabía de dónde venía ni cuál era en verdad su esencia, la trataba de asir en *El proceso*, pero también era en vano.

Y a todo esto, mientras se aproximaba a la casa de su familia y divisaba desde lejos el cuarto donde pasó más de veinte años y que ahora era una bodega insulsa, se preguntaba: ¿Para qué? Se trataba de un error, sí, no cabía la menor duda, se trataba de convencer de ello, pero no del todo. ¿Qué sentido tenía ir a ver a Hermann aquella tarde gris en que de un momento a otro sería asaltado por un ataque de tos tan virulento que lo doblaría en el piso, le provocaría una hemorragia impresionante y su padre, el bueno de su padre, tendría que pedirle que se marchara porque le estaba manchando la alfombra?

La única razón era que quería deshacerse de él de una buena vez y para siempre. Se despediría de Hermann, porque pronto se marcharía a un sanatorio, a uno de los que le recomendó el doctor Gregor Liška para buscar un paliativo para la tuberculosis. A Viena, Budapest, Atenas, Jerusalén, Londres, a cualquier ciudad lejos de Praga, cualquiera estaría bien para volver a empezar una nueva vida y aferrarse allá a la falsa esperanza de encontrar una cura.

Lo mejor de todo sería que los tentáculos de su padre no le alcanzarían ya nunca más. Le enrostraría eso, a su estilo, a su modo, le diría que sus dominios habían fracasado, que ya nada podía hacer contra la enfermedad ni la muerte. Y luego, cuando ya esté en el más allá, le pediría a Dios que le permitiera regresar una vez, apenas una vez, para agarrar a Hermann mientras dormía y ponerlo en el balcón durante toda una noche de invierno, para que sintiera lo que él sintió, para que por fin se arrepintiera de todo el daño que le causó.

Cuando por fin llegó a la casa y tocó la puerta le invadió el pánico habitual de otras veces. Pasaban las dos de la tarde. Hermann estaría allí y abriría. Había previsto esa escena tantas veces en su cabeza, como si fuera un episodio de su novela. Y cuando aquello sucedía ya

sus personajes hacían el resto, porque él, como narrador indiferente, se mimetizaba con el entorno y les dotaba a ellos del poder de contar lo que vendría de ahí en más.

Todo sucedía tal cual había previsto en el teatro de su imaginación, solo que cuando Hermann lo vio, en lugar de recriminarle por cualquier motivo como hacía siempre, lo atrajo hacia sí y le hundió la cabeza en su pecho. Lo sabía, sabía que estaba enfermo.

¿Ottla? ¿Quién si no? A Kafka le tomó por sorpresa la sublevación del personaje y su actuar de modo distinto en el relato, pero se recompuso enseguida para que la historia continuara.

—Estoy enfermo, papá. Debo marcharme ya, solo he venido para...

Hermann le interrumpió y le hizo una señal de silencio. Kafka iba a decir que el propósito de su visita era despedirse para siempre, pero no pudo, porque su padre monopolizó el discurso y le decía que muy pronto se encontraría la cura contra la tuberculosis, que solo tuviera calma y fe. La verdad es que decía tantas cosas que lo hacían quedar como el padre ejemplar y a él no le interesaba en lo absoluto toda esa cháchara. Ya se disponía a marcharse, porque todo intento de diálogo era inútil, cuando no supo si reír o llorar por lo siguiente que escuchó:

—También sé a lo que has venido. Y te lo digo, simplemente te lo digo, para mí el pasado ya fue y no lo vamos a reparar nunca. Yo te perdono por el estilo de vida que escogiste y por el abandono que me has dado. Te perdono, hijo mío.

Kafka no podía creerlo. Si Hermann se arrepintiera siquiera, si fuera consciente de todo el daño que provocó no solo en él, sino en toda la familia, lo disculparía y sin importarle absolutamente nada le diría que todo estaba bien. Luego debería disminuir el enorme abismo que los separaba y se reconciliarían por fin. Sin embargo, eso no iba a pasar. Su padre se refugiaba en la coraza más vil y miserable por la que puede optar un ser humano, aquella en que se cree tener razón aun sabiendo que se cae en el error. ¿Se hacía el tonto acaso? ¿Hermann lo estaba tratando como un crío para demostrarle una vez más que el dueño de su vida seguía siendo él? Lo escrutaba, hurgaba en su mirada igual que lo hizo con Weiler, pero la mirada de su padre era tan fuerte que no se la podía sostener.

El perdón era un eje central para los judíos, buena parte de lo que se hacía, tanto de palabras como de obras, repercutía en actos que conllevaban el arrepentimiento genuino y la posterior absolución. Kafka quiso apelar a ello, referirle a Hermann lo que se aprendía en la sinagoga de niños: guardar rencor era como servir veneno para otro y tomarlo uno mismo. ¿No era así acaso?

Incluso, a inicios de octubre de cada año el pueblo judío conmemoraba el Día del Perdón, conocido como el *Yom Kippur*. En esa fecha se buscaba la indulgencia divina, pero también el perdón del otro, porque de lo contrario Dios borraría la buena fortuna del destino de cada persona en el libro de la vida. Pero sería inútil. Sabía que si su padre iba al templo era para guardar las apariencias, el resto, lo que el rabino hacía o decía, le traía sin cuidado, más aún todo lo concerniente al perdón que siempre lo consideró un rasgo distintivo de las personas débiles y mediocres. “Toda convicción es una cárcel”, había leído en Nietzsche hacía poco; y de ser así su padre estaba condenado a cadena perpetua debido a la irracionalidad pura y demencial que lo cegaba.

Kafka sabía que después de todo eso ya la reconciliación con Hermann sería imposible, pero no le dolió, porque en el fondo era lo que esperaba. Por eso evitó responderle el abrazo que él intentó darle, se levantó de prisa, recogió su abrigo que había puesto en un perchero y se fue apresurado. Cuando dobló la calle ni siquiera se percató si Hermann le hacía adiós con la mano. Ya no importaba nada. El cinismo de su padre era infinito y jamás iba a poder luchar contra él.

Esa tarde, luego de la visita a Hermann, se encerró con llave en su habitación. Se sentía triste, vacío y abrumado. ¿Por qué su padre tenía que actuar como una bestia desaliñada y egoísta que jamás piensa en el otro? ¿Por qué era un miserable insensible? Jamás lo sabría, así como estaba seguro de que nunca más lo volvería a ver, porque de los sanatorios la mayoría de pacientes salía muerto, según había leído. Cuando trasladaran su cadáver al cementerio judío de Praga, porque allí sería su última morada, seguro que Hermann lloraría como un niño recién nacido, se desgarraría la camisa y gritaría a los cuatro vientos, exigiéndole a Dios una explicación por haberse llevado a su hijo así, de forma tan prematura. A su hijo, su único hijo, el artista, el escritor del cual

toda Praga y el mundo entero tenía que sentirse orgulloso, porque un Kafka así no nace dos veces.

La simple perspectiva de aquella escena le dio un asco terrible y empezó a vomitar, ahí, a los pies de su cama. Igual iba a estar muerto cuando aquello sucediera, porque iba a suceder así, exactamente así, no cabía la menor dudar. ¿Qué importancia tendría ya todo? Nada, para él nada, pero para Hermann significaría todo, pues quería que la gente lo señalara con el dedo y le dijeran: “¡Mirad cuánto lo amaba!”. Luego sacaría un anuncio en el periódico, declararía luto en su negocio por tres días, igual que si se hubiera muerto el rey, y después volvería a su vida anodina de siempre, ya con la conciencia lavada, pues habría cumplido con la catarsis justa y necesaria que le permitiría dormir en paz por las noches durante el resto de su vida.

Max nunca le creyó la historia del balcón, que un niño fuera castigado de esa manera por pedir un simple vaso con agua le parecía imposible por lo sádico y aberrante.

—¿Qué padre en el mundo haría algo así? —le preguntaba.

Y él se devolvía la misma pregunta todas las noches antes de dormir. Por eso la idea de ser padre lo perturbaba. Cuando Felice le dijo que le gustaría tener un niño y una niña dejó de responder sus cartas por más de un mes. La paternidad le abrumaba. ¿Qué tal si estaba destinado a cometer los mismos errores de forma inconsciente y formaba a un niño con marcas tan indelebles que sería un despojo de ser humano, igual o peor que él? No hay una escuela para ser padres, la vara para medir los actos de los hijos debe ser el afecto, pero nadie da lo que no tiene. Y su corazón estaba hecho de hielo, por eso aún buscaba escribir la novela que fuera capaz de restituir los latidos y de sanarlo poco a poco. ¿Y si no venía? Lo más seguro es que ahora, con la tuberculosis en el medio, ya no llegaría jamás. Y esa era la razón por la que estaba contento de no tener hijos. Igual era inútil pensar en ello, por eso ahuyentó ese pensamiento tan rápido como vino y se concentró en lo único que realmente le importaba. Mañana, mañana iniciaría su éxodo hasta el sanatorio que le indicó el doctor Gregor Liška en Viena. Mañana tenía que ser.

Capítulo X

Viajar, migrar, alzar el vuelo. Dejar todo atrás debe ser lo más parecido a morir. Incluso cuando se viaja por placer, el abandono del sitio en que se ha vivido tanto tiempo deja un sabor de ligero abatimiento que solo lo cura la certeza de un retorno en breve. Por eso, y aunque demorara muchísimo, Ulises no se desesperaba, pues sabía desde el comienzo de su odisea que tarde o temprano iba a volver a su Ítaca querida. La fe en esta idea lo mantuvo con vida hasta en los momentos en que fuerzas extrañas le advertían su fin inminente. Kafka pensaba en ello mientras ordenaba sus cosas con mucho cuidado en las maletas y miraba todo a su alrededor una y otra vez. Él no tenía la misma convicción de Ulises, pero quería que su espacio, el espacio que le prodigó durante tantos años la tranquilidad necesaria para escribir, se alojara de forma nítida en su memoria, porque lo que sí sabía era que a Praga ya no volvería.

El viaje al sanatorio estaba previsto para la mañana del día siguiente, el sábado 15 de septiembre de 1917. Casi todo estaba en orden, excepto por algo que Kafka iba retrasando adrede. En el fondo quería evitar elecciones difíciles. Se trataba de los libros. ¿Cuál llevar, cuál dejar? Un serio dilema, pensaba. Estuvo reflexionando en ello hasta muy tarde la víspera. Entonces, cuando por fin se encontró abocado a tomar decisiones optó por llevar tres ejemplares de cada uno de los autores a quienes consideraba sus hermanos de sangre: Flaubert,

Dostoievski, Kleist, Grillparzer y Dickens. De todos ellos elogiaba su estilo, la forma de escribir, el modo en que urdían una trama tan poderosa que trasladaba al lector a un mundo de fantasía en el que imperaban unas leyes que solo la literatura era capaz de descifrar.

Sin embargo, a quien admiraba de verdad, en cuanto a individuo o ser humano, era a Dostoievski. Nadie como él le había enseñado que se puede salir ileso del infierno. De todos los grandes escritores rusos del siglo anterior (Tolstoi, Gógol, Turguénev, por nombrar unos cuantos), era el único que no pertenecía a la acomodada clase terrateniente. Igual que él, Dostoievski padecía una terrible enfermedad; en el caso del autor ruso era la esquizofrenia. Si viviera, lo hubiera ido a buscar a San Petersburgo solo para pedirle prestada el hacha de Raskolnikov; con ella acabaría con un par de personas cuya simple existencia contaminaba al planeta entero. Se entretenía en estas digresiones, que lo divertían incluso, cuando de golpe supo que a quien extrañaría de verdad era a Praga.

Desde que tenía nociones de recuerdos, Praga estaba ahí, como la isla en el corazón del océano a la que se aferra el náufrago, pues es lo único que tiene. ¡Praga! A veces la amaba, a veces no demasiado. En ocasiones lo hartaban tanto sus calles, sus puentes, parques y edificios que deseaba huir a cualquier otro sitio del planeta, pero igual que el náufrago tampoco podía. La iba a extrañar, extrañaría Praga a rabiar. En las actuales condiciones solo el permiso médico le permitía movilizarse, de lo contrario Praga sería su prisión en el contexto de aquel absurdo e irracional conflicto al que todos empezaban a llamar ya la Guerra Mundial. Y lo decían con cierto orgullo, con aquel tufo pretencioso que acaparaba los titulares de prensa: “La Primera Guerra Mundial”. ¡Dios, no quería ni imaginar cómo sería la Segunda!

“Nadie duerme en el camino que lo conduce al patíbulo”, había escrito Dostoievski el día en que un indulto, concedido a última hora, le salvó de morir fusilado. Y era cierto. Por eso aquella noche, Kafka no concilió el sueño. Ahuyentó, así tan rápido como venía, el pensamiento de Hermann y sus abrazos hipócritas y se quedó en vela, aguardando el nacimiento del nuevo día, con las piernas cruzadas y la mano derecha sirviéndole de almohada. Recordaba cuántas veces se levantaba en la madrugada de aquella cama, solo porque se le ocurría una gran idea para una historia o se le había dibujado en la mente una escena completa que hacía poco le era tan esquiva.

Quiso cerrar los ojos un momento, sobre todo cuando la noche se hizo más densa y el negro abismal se apoderó de cuanto había en la habitación, pero se contuvo. ¿Acaso la hora más oscura no era la más próxima a la aurora? Cuando era niño, así le decía su madre. Y entonces, más que nunca, deseaba que esa aurora llegara. Decirle adiós a su jefe y a la oficina; a su padre y a su familia, lo haría solo una vez, no iba a caer en la payasada de hacerlo de nuevo.

Cuando la luz violácea que precede al amanecer se filtraba por la ventana que daba a la catedral, Kafka seguía con los ojos bien abiertos, pensando en cómo sería su nueva vida en el sanatorio. ¿Los enfermeros lo tratarían como esos locos con grandes ínfulas al que todo le dicen que sí o lo someterían a dosis cada vez más fuertes de estupefacientes hasta que se le secara el cerebro y dejara de crear mundos que solo existían en su mente delirante? No lo sabía, de lo que sí estaba seguro era que todo sería tan nuevo que le daría material para una historia, quizás la última. Se encontraba tan absorto en ello cuando una luz lechosa mezclada con la tenue oscuridad, como una sábana blanca mal lavada, abría todo a su paso y comenzaba a anunciar el nuevo día, el día en que Kafka se marchaba de Praga.

Se levantó presuroso. Se vistió como si hubiera un incendio y aquella fuera la única oportunidad que tenía para no salir desnudo a la calle. Cuando puso un pie fuera de la casa se encontró con sus tres hermanas, que lo estaban esperando para despedirse. Gabriele, Valerie y Ottla le dieron pañuelos rosas y le prometieron que lo visitarían en el sanatorio. Kafka solo le creyó a Ottla, porque las demás estaban tan imbuidas en sus matrimonios y vidas personales que raras veces las veía. Y eso que estaban en Praga, a solo unas cuerdas de distancia, ya se imaginaba él qué pretextos sacarían cuando viviera en otro lado. Luego se fue solo a la estación, compró un billete para abordar el compartimiento del tren en el área de tercera clase y se subió sin reparar en nadie a su alrededor.

Kafka se sentía tan cansado por pasar en vela la noche entera que los párpados se le cerraban. Después de un retraso de más de diez horas, producto de las restricciones y controles previos impuestos por la guerra, sintió que el tren partía. Al poco rato se encontró envuelto por el único ruido de todos los que había sobre la faz de la tierra que era capaz de soportar: el chirriar y el batir de ruedas metálicas sobre los

rieles. Miró por la ventanilla y a medida que pasaban los segundos veía cómo la ciudad se iba haciendo cada vez más pequeña hasta quedar reducida a la presencia de un faro que proyectaba una luz tenue, casi moribunda, como si se negara a morir.

En la etimología griega el término *nostos* significa regreso y *algos* quiere decir dolor. Si se combinan, forman la palabra nostalgia. Se trata del equivalente al dolor por el regreso. Kafka sintió todo el peso de aquella tristeza contenida en el momento en que bajó del tren y vio que no lo esperaba nadie en la estación de Zürau. Aún era de madrugada. Pese a que no cargaba un reloj en la mano, pues lo había guardado de forma torpe en la maleta, se percató por la densidad de la noche que todavía faltaba mucho para que rayara el alba.

En el itinerario que Gregor Liška le dio, la estancia en una pensión de Zürau solo era una pequeña escala para llegar al sanatorio. La guerra causaba este tipo de contratiempos, aunque últimamente todo era culpa de la guerra: los borrachos en la esquina y el mal tiempo, por ejemplo. Ya alguien con un letrero con su nombre lo recogería. Hacía mucho frío, pero Kafka no lo notaba, porque apenas dio unos cuantos pasos empezó a sentir cómo la boca se le iba llenando de saliva. Divisó el baño a unos veinte metros, pero no alcanzó a llegar; empezó a vomitar ahí mismo, cerca de un puesto de comida. Entonces se dio cuenta de que no solo era saliva, sino sangre coagulada. La hemorragia se hacía cada vez más intensa, pero nadie en la estación lo ayudaba. Retrocedió unos pasos. La sangre seguía saliendo a borbotones de su garganta. Cuando por fin paró, sacó un pañuelo, se limpió los labios y se sentó en el piso. Estaba exhausto y avergonzado.

La tuberculosis rompió de forma unilateral la tregua que habían acordado en secreto. Regresaba al rato menos pensado a flagelarlo de forma más intensa. La maldita enfermedad lo subyugaba con ataques fulminantes de tos, sobre todo, para hacerle entender que de aquí en más era ella, y solo ella, la verdadera dueña de su vida.

Mientras tanto, la guerra traía consecuencias insospechadas para todo el mundo. Ya se podía esperar cualquier cosa desde que en marzo

de 1917 un grupo de revolucionarios acabó con el régimen zarista en Rusia. Por si fuera poco, desde julio comenzó la tercera batalla de Passchendaele en que las fuerzas británicas y los aliados combatían con el imperio alemán. El conflicto aún no tenía una solución en el horizonte, pero producto de ello se imponían controles más férreos en las fronteras.

Nadie pasaba de una frontera a la otra, porque cualquiera podía ser un espía infiltrado del enemigo. Se respiraba un ambiente cargado de tensión y profundo nerviosismo. Los soldados caídos de cada uno de los bandos se contaban por miles. Con el salvoconducto de Kafka vencido y en circunstancias tan caóticas en que se disparaba primero y se preguntaba después, el viaje hasta Viena sería casi imposible. Por eso Otlá le hizo llegar una postal en la que le pedía que la esperara en Zürau y que no se arriesgara en marcharse a otro lado.

Kafka no quería quedarse un día más allí. Le parecía una aldea sórdida y miserable en la que todo olía a estiércol y donde en lugar de agua bebían leche de cabra mezclada con un licor rancio y amarillo que sabía a orina de caballo. Cuando Otlá llegó, le pidió que fueran juntos a una granja que se encontraba precisamente allí y que le pertenecía a su familia. Él se negó.

—Pero si solo serán ocho días. Luego te prometo que yo misma iré contigo a dejarte instalado en el sanatorio.

Sabía que era inútil seguir discutiendo y le dijo que sí de mala gana. La granja era propiedad de su cuñado, que la había comprado hace más de diez años y podían pasar ahí mientras se arreglaban las cosas, Kafka quedó maravillado cuando la conoció. Tenía más de diez hectáreas. Una pequeña montaña se divisaba en el horizonte. Contaba con ganado de diversas especies y un lago cristalino que partía la propiedad en dos. ¿Ocho días había dicho su hermana? Si solo sería así, haría rendir cada minuto.

La granja de Zürau le recordaba muchísimo a su estancia en la casa de su abuelo Jakob en Wossek: los árboles frutales, los gallineros, los jardines, los baños al aire libre, las siembras, el arroyo y la vida que resurgía y latía por todas partes. Aquello le hacía pensar en la forma absurda en que se consumía la existencia en Praga. Sobre todo, le dio una profunda tristeza cuando pensaba en las miles de horas que le dedicaba a su trabajo en la oficina de seguros y que en el fondo solo

sirvieron para sembrarle una angustia indeleble que lo consumía por dentro todos los días.

Desde el primer momento en la granja, Kafka se sintió como un ser humano renovado. Llovía a cada rato y a cántaros. Sin embargo, hacia la una de la tarde, como si el cielo también hiciera una pausa para el almuerzo, surgía un sol precioso acompañado de un arcoíris con los colores tan marcados que Kafka no recordaba haber visto jamás. Pese que las prescripciones médicas le prohibían dedicarse a actividades agrícolas, empezó a sembrar desde el primer día y a involucrarse en las labores del campo. Le dio por plantar un huerto y ubicarle una pequeña cerca para evitar que las vacas lo dañaran con sus pisadas; por las mañanas recolectaba patatas y escaramujos. Además, se daba tiempo para cortar leña, alimentar al ganado y guiar a los animales para que se abastecieran de agua. En el transcurso de esos primeros ocho días, Kafka empezó a dormir mejor y a sentir que su espíritu se encontraba más sosegado. Le dijo a Ottla que su sueño era quedarse ahí y convertirse en un campesino para siempre. Incluso la tuberculosis le dio un respiro, las hemorragias desaparecieron y en lugar del dolor agudo en el pecho solo sentía una ligera picazón en la garganta.

¿El trabajo en el campo era la solución a todos los problemas? Kafka le solía responder a su hermana que sí y hasta gritó de júbilo cuando supo que las fronteras continuarían cerradas, que en Rusia seguía habiendo conflictos internos pese a un nuevo gobierno y que la guerra entre los británicos y aliados aún se prologaría por mucho tiempo más.

Sin embargo, y pese a la vida perfecta que se dibujaba en Zürau, Kafka tenía la certeza de que algo le faltaba. Sabía que mientras más tiempo lo postergara sería peor, porque pese a la aparente calma de su vida campestre, todo en su fuero interno empezaba a estar en permanente ebullición, como un volcán dormido que se alista para la erupción. ¿Tan grave era? Sí, quizás entonces no tanto, pero lo sería. No podía ocultarlo por más tiempo, pero lo cierto era que en la granja no podía escribir. Llegaba tan cansado de las jornadas de trabajo en el campo que se tumbaba con ropa y todo después de la cena y no se despertaba sino hasta el otro día, bien temprano, cuando empezaba a rayar el alba. Incluso intentó escribir un par de veces, en una pausa a media mañana, pero el resultado siempre era el mismo: la página en blanco. Se quedaba como un imbécil mirando las hojas vacías hasta

que llegaba la hora de cortar la leña y darle de comer al ganado. En ocasiones la impotencia creativa le venía con un profundo tedio y un desdén tan inusitado por la escritura que se preguntaba si acaso no estaría convirtiéndose en un tipo común que hace de la mediocridad y de la intrascendencia su bandera de lucha.

Por esa época, hacia inicios de octubre de 1917, le escribió una larguísima carta a Max en la que le contaba todo el problema sin obviar ningún detalle. Su amigo le contestó que no se preocupara, que debía encontrar la felicidad en la desgracia, que los silencios en la escritura suelen ser normales y que mientras se le ocurría una nueva historia podía aprovechar para escribir otra cosa o incluso para inventar un género nuevo. Leer a Max lo tranquilizaba. Sabía que era un amigo fiel y leal que jamás lo traicionaría. ¿Algo nuevo? No atinaba a descifrar qué quería decir con exactitud. Lo cierto es que unos días después despolvió la máquina de escribir y, mientras lo hacía, pensaba en la senda del bien, en aquel camino que debe transitar en solitario cada ser humano y que siempre es distinto para todos. Luego empezó a teclear:

El camino verdadero transcurre sobre una soga que no ha sido tendida en las alturas, sino apenas a escasa distancia del suelo. Parece haber sido dispuesta para tropezar antes que para pasar sobre ella.

Después reflexionó por un momento en la idea del paraíso. Adán y Eva habían sido expulsados por desobedecer y a partir de ahí toda la humanidad había sido maldecida por un Dios al que el mundo entero debía venerar. ¿No era absurdo, acaso no era cruel toda esa fábula que en las sinagogas se machacaba una y otra vez? El ser humano tenía que aceptar aquel designio trágico y desesperanzador porque sí, porque así era, porque así tenía que ser. Dejó un espacio en blanco y escribió:

Si no nos hubieran expulsado del paraíso, habría sido necesario destruirlo.

No era un cuento, no era una novela, pero era algo. Frases sueltas, ideas inconexas, un pensamiento que le latía por dentro y que luchaba por abrirse paso desde su interior para existir en el papel. El hecho de que sirvieran para romper el vacío de tanto tiempo ya era bastante. Con el simple propósito de definir qué estaba haciendo retiró la hoja de la máquina y escribió con su puño y letra lo que pensaba que debía ser todo aquello: *Meditaciones*.

Ocho meses exactos estuvo en Zürau, desde septiembre de 1917 hasta abril de 1918. Durante ese lapso se dedicó a escribir todo tipo de pensamientos. Llegaba del campo después de realizar las faenas en un mundo idílico que no entendía ni de enfermedades ni de conflictos mundiales y le daba por reflexionar acerca de la vida, el pecado del orgullo, las buenas costumbres, los ideales del ser humano y los valores en un mundo miserable, carente de piedad.

Desde aquella burbuja, alejada de todo y todos, pontificaba acerca de las virtudes, cuestionaba la pereza y peroraba en contra de quienes practicaban la envidia. Muchas de sus ideas las escribía y dejaba listas para publicar, otras las desechara y en poco tiempo solo servían para engrosar los cientos de borradores con los que prefería prender fogatas en las noches de luna llena.

No existía ni había espacio para nada más. Desde su estancia en Zürau, el torrente de historias se secó. Incluso llegó un momento en que consideraba a su escritura pasada como insulsa y carente de sentido. ¡Vaya que había que estar loco para inventar la fábula de la cucaracha que habla! Ni Esopo se atrevió a tanto. ¿Quién iba a tragarse toda esa basura? Se sentía bien así. Su pensamiento era claro y lúcido; y, sobre todo, la humanidad estaba ávida de estas ideas para retomar el camino del bien.

La rutina perfecta en aquel mundo destinado a la repetición eterna de las mismas cosas se rompió el día en que Kafka se levantó con el canto de los primeros gallos a regar el huerto repleto de plantas medicinales.

La primavera se encontraba en todo su esplendor aquel día de inicios de abril de 1918. Se podía oler la mixtura de cientos de flores y ver las decenas de tonalidades de verdes que rodeaban la granja de Zürau. Regularmente hacía todas las actividades solo, sin ayuda de nadie; por eso le extrañó observar la presencia de un desconocido que arrancaba las flores para meterlas en una cesta. Quiso preguntarle quién era y qué hacía ahí tan temprano, pero enseguida, apenas divisó su rostro, notó cierta familiaridad en sus rasgos. No cabía duda, lo conocía de antes; no de tiempos anteriores ni en encuentros personales, tampoco era un amigo ni un conocido. ¿Se trataba de una broma, acaso? ¿Era él? Josef K., el empleado bancario treintañero, alto y desgarbado, se

encontraba ahí, con ínfulas de dejar a un lado su faceta de personaje para cumplir quién sabe qué designios. Aturullado, y sin saber aún qué hacer ni qué decir, le preguntó lo primero que se le ocurrió:

—¿Qué haces aquí, Josef?

El personaje, que había pasado por mil y un peripecias en *El proceso*, no perdió la compostura cuando se paró justo frente a Kafka, lo miró y le sonrió, mientras le contestaba con las frases y las palabras exactas con que empezaba su novela:

—Alguien debe de haberte calumniado, ¿cierto? Porque sin haber hecho nada malo, una mañana tan preciosa como esta he venido a acusarte.

Kafka deseó salir corriendo y dejar atrás a Josef y todo el maldito asunto, pero no podía. Quiso hablar, refunfuñar y comentar sobre el destino de los personajes de ficción, pero la voz no le salía.

—En realidad, sí que has hecho algo muy malo y lo sabes. Dejaste de escribir historias para convertirte en... ¿en qué exactamente? Ni siquiera tú mismo lo puedes comprender. ¿Eres la reencarnación de Zaratustra acaso? Hubiera sido preferible que murieras, en lugar de pontificar como un imbécil tanta porquería.

Josef K. le señaló una puerta. Kafka la abrió y encontró una zarza ardiendo, igual que la de Moisés a inicios del Éxodo, justo antes de emprender su misión divina para guiar a su pueblo a la tierra prometida. A Moisés era Dios quien le hablaba a través de la zarza, Kafka, en cambio, escuchaba la voz de Gregor Samsa, convertido ya en un monstruoso insecto, que le decía:

—Eres escritor, no renuncies a tu destino.

Trató de acercarse a la zarza, pero sentía que se quemaba, que algo le golpeaba muy fuerte la espalda, como el bramido de una lengua de fuego que le impactaba en el corazón de su columna vertebral. Gritó muy fuerte, no paraba de hacerlo, cuando sintió la mano de Otlá que le acariciaba el pecho y le decía que se volviera a dormir, que todo había sido una horrible pesadilla.

Kafka abrió los ojos, vio su cuarto de granjero como si lo mirara por primera vez. Le dijo a Otlá que todo estaba bien y que lo dejara solo. Luego susurró las palabras de Gregor: “Eres escritor, no renuncies a

tu destino". No, no lo haría. Ya no pontificaría nunca más, porque él no era Zaratustra. Se levantó de la cama, abrió la ventana y con la experticia que le habían dado los últimos ocho meses habitando en la granja calculó que serían las cuatro. Entonces divisó a lo lejos la zarza que en el sueño le hablaba con la voz de Gregor Samsa. La zarza se iba apagando de a poco. Quiso que el fuego no se extinguiera. ¿Acaso moría para prenderse en otro lado?

Y mientras pensaba en ello, lo dominó algo parecido a la esperanza, porque la simple visión de la luz palpitante le dio el germen de una novela, que se representaba ante sus ojos de forma nítida y concreta. Entonces lo envolvió el fuego intermitente de la zarza que le quemaba por dentro, rarísimo explicarlo, pero así era. Cerraba los ojos y veía cómo aquel fuego proyectaba una luz que lo guiaba, como una antorcha en un bosque oscuro, hacia un sendero que solo él podía transitar. No le cabía la menor duda: era conducido hacia su destino ineludible de escritor, para que capturara en una nueva historia aquello que él llamaba *el instante de un instante*.

Capítulo XI

El retorno podía ser feliz o desgraciado. No había más opciones, no podía haberlas en un mundo en que a la dicha y la tristeza solo las separa una decisión y su rasgo distintivo es la fugaz transitoriedad de un momento cualquiera. Kafka dudó, le dio mil vueltas y lo pensó muchísimo durante semanas enteras antes de volver a empacar, dirigirse hasta la estación de Zürau y subirse en un tren rumbo a Praga.

La simple idea del regreso lo angustiaba y le dolía porque lo hacía sentir un fracasado. Ya le parecía escuchar la voz de Max queriendo amortiguar el golpe, pero lo cierto era que la tuberculosis no se había curado, solo se sentía un poco mejor. Pensó con amargura, mientras el tren ponía tierra por distancia en esa tarde soleada de primavera de inicios de mayo de 1918, que todo aquello que dura nueve meses o es un embarazo o no vale la pena. Y lo suyo, su caso, significaba no solo una auténtica derrota, sino un retroceso rotundo.

Kafka tenía la certeza de que así era, porque de un autor que derrochaba ideas para construir historias pasó a convertirse en un tipo con ínfulas de profeta que daba lecciones de moral. Por eso, si iba a Praga era para retomar su destino como escritor. Así se lo pidió Josef K en el sueño ¿Era eso lo que le dijo Gregor Samsa desde la zarza ardiendo? ¡Dios, se estaba volviendo loco! Debía andar con cuidado, porque si se lo contaba a alguien acabaría en un manicomio. De hecho, Kafka sabía que terminaría ahí de todas maneras si es que en breve no volvía

a escribir. Por eso, lo primero que tenía previsto hacer apenas pisara la ciudad sería ir hasta su antiguo piso, colonizarlo de nuevo y empezar a trabajar. Praga lo recibió con un cielo gris y una llovizna fina. Le bastó mirar las nubes por unos segundos para saber que en poco tiempo caería una tormenta bíblica. Por eso se apresuró en tomar un carruaje y al cabo de media hora llegó a su destino. Subió al departamento presuroso, con el único afán de poner la cinta en la máquina; tenía ganas de continuar lo que hace ocho meses era algo tan normal y que entonces le costaba tanto. Quería sacar cuanto antes al escritor que llevaba dentro y que pugnaba por salir a flote, como un corcho que se pretende sumergir en el océano. Sacó la llave de la puerta y la giró en la cerradura, pero no se abrió. Tocó el timbre y oyó pasos que se acercaban. Luego, un tipo cincuentón y con la barriga colgante le abrió. Kafka preguntó por sí mismo, le dijeron que era un lugar de familia, que nadie más vivía ahí y le cerraron la puerta en la cara. Después volvió a tocar solo para pedirles que le hicieran el favor de guardar por un momento las dos grandes maletas que conformaban su equipaje. Debieron haberse asustado por su aspecto, pues llevaba ya tres días sin bañarse, tenía el pelo revuelto y se expresaba de manera confusa y aturullada.

Entonces, mientras bajaba las escaleras con rumbo a la calle, supo que, pese a una planificación obsesiva, la vida no se detenía ni ante la ausencia ni ante el adiós. Las cosas, las personas y el tiempo avanzan en su marcha inexorable, aunque el mundo de alguien se caiga a pedazos. En el circo dirían que la función debía continuar, pero él no sabía qué decir cuándo vio que en el departamento que creía suyo vivía una familia. Ottila debió avisarle, quizás lo hizo cuando guardaba las cosas en la maleta, pero no lo recordaba porque se encontraba tan ensimismado en los planes del regreso que ninguna circunstancia externa lo perturbaba ni le llamaba la atención.

Cuando él ocupaba el departamento, un aire lúgubre se extendía por doquier, pero entonces se encontraba iluminado por todos lados, como si fuera Navidad y se hubieran olvidado de quitar los adornos. Por primera vez en mucho tiempo andaba por las calles de Praga sin saber qué hacer ni adónde ir y para colmo empezaba a llover. Lo que sí sabía era que no visitaría ni las oficinas de su antiguo trabajo ni el negocio familiar donde Hermann se imponía a sí mismo como Dios y ley ante unos empleados a quienes trataba como esclavos. Mientras tanto,

la gente caminaba por las calles amedrentada por la zozobra, porque no había familia en toda Praga que no tuviera a uno de sus hijos en la guerra. Hacía poco Alemania había lanzado la primera de una serie de cuatro grandes ofensivas en el frente oeste, pero las fuerzas aliadas resistían con todo. De esto hacía más de dos meses y la incertidumbre se apoderaba de todos, porque en un conflicto de estas características los silencios tan prolongados solo podían significar malas noticias.

Los cuñados de Kafka se encontraban en el frente de batalla y él sentía pena por ellos, en especial por sus hermanas, pues sabía que quizás no regresarían. Pensaba en ellos en el momento en que, sin percatarse, dobló hacia la calle Vítězná y se encontró con el Café Savoy. Nunca le dio tanta alegría verlo. Sin embargo, apenas ingresó notó que el lugar se encontraba triste y desolado. Kafka estaba todo empapado, pero no le importó. Dudaba que en esas condiciones pudiera encontrar a alguien conocido, mucho menos a Max, pues coincidía con su hora de trabajo en la oficina de correos.

Kafka pidió una copa de Becherovka, un licor amarillo hecho de hierbas y con sabor agridulce, porque le ayudaba con la digestión. Mientras bebía le preguntó al mozo, la causa de aquel vacío. El tipo se extrañó, porque la razón de ello era en extremo conocida. Sin embargo, se armó de paciencia para explicarle que la guerra había golpeado a todo el mundo y que desde hace más de seis meses el gobierno racionaba la comida; por eso cada vez había más productos, como la harina y el azúcar, que no se encontraban en ningún lado. El flagelo de la guerra, que ya llevaba cuatro años, se hacía sentir con fuerza en estos últimos meses y amenazaba a los pueblos a padecer uno de los mayores temores del ser humano desde que habita la faz de la tierra: hambre.

—Y lo que es peor: muchos negocios, en especial de los judíos, han sido saqueados por multitudes hambrientas que lo van devorando todo a su paso.

¿Saqueos de negocios judíos? ¿En realidad algo así estaba sucediendo? Pensó en Hermann. No se merecía algo así y no porque fuera un mal padre, sino porque creía que ningún ser humano debía ver cómo su sueño, producto de décadas de trabajo honesto y arduo, se derrumbaba como un castillo de naipes. Aunque prometió no verlo más, las mismas circunstancias lo exhortaron a buscarlo. Salió del Café Savoy cuando la lluvia comenzaba a amainar, pero apenas dio

unos cuantos pasos fue preso de una tos tan vehemente que lo dobló en el piso, luego la hemorragia le sobrevino de forma fugaz, como un relámpago en una tormenta. Al cabo de unos minutos se levantó como pudo y en lugar de maldecir como lo hacía cada vez que sentía el azote de la tuberculosis susurró: “Ahora no, por favor”.

Era cerca del mediodía. Hacía rato que la llovizna había mutado en una brisa suave. Kafka alzó su mentón y sintió con profundo alivio cómo aquella brisa le acariciaba el rostro. Cuando era niño, el rabino le contó que en una ocasión Elías, el profeta, harto ya de hablarle al vacío como un loco, le pidió a Dios una señal de su presencia. Entonces vino un huracán que arrasaba todo a su paso, pero el Señor no estaba ahí. Luego surgió un fuerte terremoto y a continuación un rayo poderosísimo, pero su figura no se divisaba. Después apareció una brisa suave, como la que Kafka sentía en ese rato, y ahí sí, Dios sí estaba ahí.

Pese a que recordaba con detalles aquel relato bíblico, le costaba creer en un ser supremo. No creía imposible entender la noción de una deidad en el intelecto humano. Su negativa en tener fe radicaba en el hecho de que el mundo con sus vicios, miserias y mezquindades no podía ser la obra perfecta de nadie. Por ejemplo, la guerra de entonces llevaba ya millones de muertos, había enfermedades como la tuberculosis o el cáncer por todas partes y cada día miles de niños morían de hambre en el planeta. Además, los judíos, el supuesto pueblo del creador omnipotente, era odiado y perseguido en todos lados. Frente a ello, la única pregunta que Kafka se hacía jamás encontraba una respuesta válida: ¿Y si Dios no lo provoca, por qué sí lo permite?

Kafka dejó de sentir la tenue brisa en su rostro cuando avanzó por lo que otrora era un sector popular de la ciudad, con un gentío impresionante que ingresaba a los locales a regatear los precios de las vestimentas, zapatos y toda clase de chucherías. Al fondo de la calle divisó a un barrendero, le preguntó qué había pasado con todo el mundo y él le comprobó sus mayores temores:

—Lo saquearon todo. Unos austriacos enardecieron a la multitud, les dijeron a todos que los judíos, esos cerdos asquerosos, no tenían por qué vivir como reyes a costa de negocios de este tipo. Fue una locura que se desató en una sola tarde. Era tanta la desesperación que tres comerciantes fueron quemados, porque no querían dar las llaves de sus locales.

¿Y Hermann? Kafka pensaba en su padre. Quizás ni Ottla sabía cómo estaba. Por eso se dirigió a la casa de su familia, allí donde creció y amalgamó la dicha con el peso de la frustración. Al igual que Adán, y el demonio mismo, él también fue expulsado de su paraíso. Había pasado tanto tiempo y siempre, no había manera en que no, lo torturaba el recuerdo de su infancia, de todo cuanto pasó en el lugar que estaba a punto de volver a pisar. Tal vez cuando Hermann lo viera se cansaría de recriminarlo porque siempre lo consideró un estorbo para el negocio. Quizás en su mente enferma lo acusaría de haber provocado el saqueo y posterior cierre del local. O a lo mejor, harto ya de su presencia y teniendo como pretexto la tuberculosis, lo encerraría en un sanatorio de mala muerte. Todo podía pasar, lo cierto es que con Hermann de por medio hasta las tres historias juntas podían sucederse una tras otra. Sin embargo, a Kafka no le importaba, solo quería saber si su padre estaba bien para poder marcharse así sea bajo un puente, pero largarse al fin.

Cuando tocó la puerta de la casa fue su mamá quien le abrió. La besó en ambas mejillas y le sonrió. Kafka tuvo problemas para reconocerla, pues había envejecido muchísimo: las patas de gallo, que antes disimulaba, se le estampaban con profundidad en ambos ojos; alrededor de los contornos de las mejillas se dibujaban profundos surcos por cuyos cauces debían recorrer las lágrimas de los últimos tiempos; y el pelo, su cabello brillante y azabache de siempre, refulgía con las tonalidades plateadas que le asomaban por todas partes. Al mirarla así, de frente y después de tanto tiempo, se dio cuenta de que la quería muchísimo. No obstante, le reprochaba su carácter sumiso y extrema devoción que tenía por la figura de Hermann y sus decisiones. Cuando él explotaba por la ira desenfrenada que parecía acumular mientras dormía y que descargaba contra sus hijos de forma irracional, ella guardaba un silencio cómplice, imposible de entender en alguien que decía amarlos tanto. Pero ¿cómo oponerse a la bestia que era Hermann cuando se enojaba?

¿Qué más se podía hacer cuando un demonio andaba suelto y no había Dios ni nadie que lo detuviera? Quizás había hecho demasiado y él la juzgaba con una severidad impropia. Tal vez en la confidencia del lecho conyugal ella le recriminaba y aplacaba sus enojos, y esa explosión era solo una manifestación contenida, apenas una ligereza. Quizá sin

la mediación sigilosa y discreta de su madre los hubiera terminado matando a todos. Kafka prefería creer que así era, que así había sido durante todo ese tiempo, para quererla más, para amarla como una auténtica mamá, pero supo que ese no era el momento para averiguarlo.

Después de que le detalló todo cuanto hizo en la granja y la forma en que la tuberculosis le había dado una especie de tregua, Julie le contó el infierno que pasaron el día del saqueo y cómo Hermann se salvó de morir quemado solo porque se alcanzó a esconder en el fondo de una alcantarilla. Perdieron miles y miles de coronas, un dinero imposible de cuantificar porque en el ático de la tienda se guardaban las joyas de la familia, joyas que se perdieron para siempre. Con el dinero que quedó, cerca de medio millón de coronas, compraron una casa de alquiler en la calle Bilekgasse, cerca del centro de Praga. Nueve personas rentaban en simultáneo aquella propiedad y vivían de esos pagos que cobraban de forma puntual los primeros cinco días de cada mes.

Julie le explicaba eso a Kafka cuando de una de las habitaciones asomó la figura de Hermann. Se dirigía a ellos todo erguido; parecía más gordo y alto que nunca. Estaba aún somnoliento y se tambaleaba de un lado a otro, como un oso que se despierta después de haber hibernado seis meses y le cuesta distinguir el sueño de la realidad. Su padre se acercó y lo abrazó. Kafka reconoció en él un gesto sincero y le devolvió el abrazo. Se sentaron en el sofá del centro de la sala.

—En el fondo debes estar loco de la alegría. Siempre quisiste que el negocio fracasara. Felicidades, hijo mío.

No recordaba que le hubiera felicitado por algo jamás. Por eso le dolió la crueldad de la ironía.

—No, te equivocas, padre. Yo no quería eso ni mucho menos que todo terminara de esa forma tan... tan...

—Tan salvaje quieres decir. Nos odian, todo el mundo odia a los judíos y no es culpa tuya. En fin, ¿cómo sobrellevas los achaques de tu enfermedad?

Kafka se pellizcó para saber que se encontraba en el mundo consciente. Hermann, el bárbaro de su padre, le hablaba como un ser humano civilizado y se interesaba por él.

—Mejor. En Zürau casi no aparecían las hemorragias y me sentí más aliviado. Hermann empezó a reír.

—¡Züräu, qué locura! Sí, no podíamos mantener tu sueño de granjero por más tiempo.

Entonces su padre le explicó que un médico amigo suyo le había sugerido que la vida campestre le asentaba muy bien a los tuberculosos. Por eso, en confabulación con Ottla, decidieron mandarlo allí. Sin embargo, con el saqueo del negocio y las consecuencias de la guerra la situación se hizo insostenible.

—¿Sabías lo de Züräu, papá?

—Yo hice Züräu, no te hagas el tonto con eso. Ahora que estás en Praga necesito que vayas hasta las oficinas de tu antiguo trabajo en el Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia y pidas tu jubilación anticipada. Te la deben por ley. Busca un abogado. ¡Ah, me olvidaba, tú eres abogado! Anda y resuelve tu primer caso.

Y empezó a reír con la estridencia orgullosa de siempre, como cuando era niño y lo veía caerse de la bicicleta. Julie también sonreía. Kafka, aunque era doctor en leyes, no sabía nada de conflictos laborales, pero no iba a admitirlo delante de sus padres. Hermann, sin dejar de reír, le dijo que con ese dinero lo mandarían a un sanatorio de verdad para que se recuperara y que mientras tanto podía dormir con ellos.

No, ni la desgracia había hecho cambiar a su padre, seguía siendo el oscuro demiurgo que pretendía manejar la vida de los otros a su antojo. Le parecía que todo en su vida era una espiral macabra ideada por Hermann y de la que no tenía escapatoria: de niño y adolescente, el sometimiento y los correctivos eran físicos; en su juventud, el dominio se plasmaba en la toma de decisiones y la desobediencia se castigaba expulsándolo de la casa; y ahora, ahora se sentía condenado a no tener voluntad propia y a ser manejado como un títere hacia un destino que él no quería.

Cuando se despidió y salió de la casa aún escuchaba la risa de ambos en el portal y le pareció seguir escuchándolas cuando dobló la calle con rumbo desconocido. Entonces alzó su rostro al cielo para sentir la brisa de hace rato, pero la brisa ya no estaba ahí. Empezaba a anochecer.

—La vida no tiene que ser triste, complicada y rota.

Max Brod era un buen tipo. Kafka lo consideraba así desde que lo conoció en la universidad. En circunstancias extremas sabía que podía acudir a él. No iba a pedir refugio a sus padres, porque para ellos representaría una carga, mucho más ahora con el negocio familiar quebrado. Max, en cambio, era distinto, porque sentía admiración por su trabajo, lo veía como un autor que podía alcanzar la cima literaria, sea lo eso signifique, y además porque era su único amigo. El problema era que estaba casado. A Kafka le parecía que mediaba un abismo entre vivir en la casa de un soltero que irrumpir en un hogar, pero aun así le pidió que lo acogiera en su vivienda.

En el gran tablero de ajedrez que Hermann disponía sobre su vida estaba seguro que manejaba esta opción y sabía que no se negaría. Incluso Max le dijo que podía quedarse el tiempo que quisiera y que su mujer no sería ningún inconveniente. Y fue en el momento en que Kafka acomodaba sus cosas, que las había ido a recoger a su antiguo departamento, cuando Max le dijo aquello sobre la vida. Claro, no debía ser triste ni complicada ni rota. Sin embargo, Kafka sentía que todos eran epítetos y achaques en su contra, porque la referencia al hombre triste era a él, quien se complicaba la vida era él y quien lo rompía todo a su paso debía ser él. Lo cierto es que estaba tan cansado del ajetreo de los últimos días que prefirió no responder.

La primera noche en casa de su amigo la pasó sin sobresaltos. No tuvo pesadillas con Hermann persiguiéndolo como temía y eso ya era bastante. En el desayuno Max le dijo que no era una mala idea pedir la jubilación anticipada. De hecho, no debía ver en ello el cumplimiento de los designios de su padre, sino la oportunidad para liberarse por fin de sus tentáculos, porque el dinero no lo administraría Hermann, sino él.

Mientras Max hablaba, Kafka recordó cómo hacía siete años, en 1911, habían concebido la idea de una novela a cuatro manos. Podía resultar una experiencia estimulante, incluso tenían el título para la obra: “Richard y Samuel” y hasta escribieron el primer capítulo. Sin embargo, la idea se fue diluyendo por sus respectivos trabajos, por los proyectos literarios individuales y, sobre todo, porque Max incursionó

en la defensa del sionismo. Lo nefasto de todo aquello era que lo político pretendía impregnar también lo literario. Un ejemplo claro y concreto: cuando faltaban semanas para publicar *La metamorfosis*, Max le dijo que cambiara el inicio para que la obra tuviera un mayor impacto.

—¿Mayor impacto?

—Sí, mira. ¿Qué tal así? Lee y dime si no está mejor: “Cuando Gregor Samsa se despertó una noche de un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto. Gregor era un joven judío con sueños y aspiraciones, que no le hacía daño a nadie. Aquella transformación lo tomó por sorpresa, igual que todo un pueblo se ha sentido sorprendido por la terrible persecución de la que ha sido objeto estos últimos años”.

Kafka sonrió, pensó en lo complejo que es actuar ante la ceguera del otro. Quiso decirle que la literatura es arte y no un recurso para expresar posturas religiosas o políticas; cuando se ha instrumentalizado de esa manera a lo largo de la historia, la literatura ha fracasado en su afán de asir la condición humana, pero sabía que Max no lo entendería.

—Si posicionamos desde el inicio que tu protagonista es judío, no solo tienes una bella obra, sino que ayudas a todo nuestro pueblo...

Kafka no recordaba qué cosas más comentó en esa ocasión. Lo cierto es que escribir una obra a cuatro manos de esa forma no lo veía viable y el proyecto de “Richard y Samuel” abortó casi tan rápido como fue concebido.

Esa misma mañana, Max le dijo que lo ayudaría en la gestión de su jubilación anticipada. Kafka sabía que lo esperaba un largo e intrincado camino burocrático y que, pese al optimismo de su amigo, aquella sería una extenuante batalla caracterizada por idas y vueltas innecesarias.

—Sé lo que piensas. Hay muchos vericuetos legales, pero la cosa es simple: estás enfermo y con informes médicos lo vamos a demostrar. Mientras tanto ponte esto, por favor.

Entonces le extendió un pedazo de tela. Como Kafka no entendía qué hacer, se lo puso en el rostro de tal manera que cubrió su nariz y boca.

—Es un cubrebocas. Se nota que has estado metido en una granja todo este tiempo.

Max le explicó que en ese momento la guerra era el menor de todos los males. El mundo entero estaba siendo azotado por una pandemia jamás vista: la gripe española. Se trataba de una enfermedad que en poco tiempo había acabado con millones de personas y tenía a todos con los nervios de punta, porque se transmitía con facilidad. El menor contacto con un contagiado producía efectos devastadores en poquísimos tiempo. No había cura y la muerte era el único destino cierto. El infectado por esta gripe sentía que de un momento a otro lo dominaba un intenso dolor en todo el cuerpo, en especial en sus articulaciones; luego, la lengua adquiría una tonalidad entre gris y violácea, más tarde la temperatura subía hasta sobrepasar los cuarenta y un grados. Al fin venía la muerte que muchos infectados agradecían en su lecho porque era rápida y letal, casi sin agonía. Después, y si era posible en ese mismo instante, envolvían al cadáver con papeles y sacos de plástico, antes de enfundarlo, meterlo en un improvisado ataúd y echarlo en una fosa común lo más rápido posible, porque aún muerto era capaz de contagiar al resto.

Kafka se sintió tan abrumado por el relato que le hizo Max que enseguida notó que la cabeza le dolía, la boca se le adormecía y la saliva, muy profusa, se le acumulaba en la garganta. Le dijo a su amigo que prefería quedarse en casa.

—¿Escribirás?

—Sí, pero no sobre la gripe española. No creo que la cabeza me dé para describir tanto horror.

Max se despidió con una sonrisa y se marchó. Kafka pensó que ya habría tiempo para gestionar su jubilación. Por ahora se daría prisa en buscar un sanatorio cercano para empezar su nueva novela, aliviar los síntomas de la tuberculosis y, sobre todo, para estar a salvo de la pandemia.

Cuando Kafka ingresó a la universidad, el médico que lo atendía hasta tres veces por semana le dijo que no tenía nada, que lo encontraba muy sano y que la razón por la cual deseaba ayuda profesional

recurrente pasaba por el hecho de que se preocupaba en extremo. Dos semanas después de su regreso a Praga, hacia junio de 1918, le parecía una sentencia irrefutable a la que se aferraba para encontrar algo de esperanza.

Kafka se encontraba postrado en cama casi desde el momento en que supo del azote de la gripe española. El pecho le dolía, respiraba de forma entrecortada, tosía a cada rato, tenía fiebres constantes durante el día, le faltaba el aliento con frecuencia y sudaba por las noches como no lo había hecho nunca. Gregor Liška lo fue a visitar y asoció sus síntomas a la tuberculosis y no a la pandemia.

La buena noticia, le dijo, era que la primavera estaba próxima a culminar y pronto su salud mejoraría, porque no había nada mejor para un tuberculoso que el verano. Además, le sugirió, que se apurara buscando un sanatorio.

No obstante, y pese a su buena voluntad en hacerlo, aquello se encontraba supeditado a la pandemia y a la guerra. En todos lados se negaba el hospedaje a alguien con síntomas probables de gripe española. Si el diagnóstico era acertado, el contagiado acabaría por infectar al resto. Mientras los soldados británicos y los aliados peleaban con el imperio alemán, las bajas en ambos ejércitos se contaban por decenas de miles y eso sin disparar una sola bala. La pandemia se había instalado en los campamentos y trincheras sin pedir invitación, los médicos carecían de lo mínimo para atender las fiebres intensas de los uniformados, mientras que los líderes de las naciones se negaban a retirar a las tropas, pues temían una inminente derrota. En los destacamentos se producían desertiones en masa de los soldados debido al temor del contagio, pero enseguida eran capturados y fusilados por pretender traicionar a la patria. Tampoco la tregua por la pandemia se concretaba; se asumía, en el lenguaje militar, que quien la solicitaba sería al final el perdedor y nadie estaba dispuesto a poner de manifiesto evidencias de debilidad. Kafka pensaba con tristeza que la única solución que se divisaba en el horizonte era que millones de jóvenes, que no tenían nada que ver con los intereses en disputa, siguieran cayendo como moscas y enterrados en fosas comunes. Y en ese contexto le respondía a Max:

—Sí, ya ves, el mundo se cae a pedazos por la guerra y la pandemia, pero tranquilo, que la vida no tiene que ser complicada, triste ni rota.

En ese ámbito de tensión, sombrío y desolador, lleno de presagios cada vez más pesimistas, la única buena noticia que Kafka recibió fue que el trámite para solicitar la jubilación anticipada había sido todo un éxito. Las valoraciones solicitadas por el Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia fueron coincidentes con el diagnóstico de la tuberculosis y con el tratamiento a seguir. ¿Se debía festejar la enfermedad? Max se lo comunicó en un tono tan triunfante que tuvo que sonreír, pese a lo absurdo del planteamiento.

La noticia pareció revitalizarlo. Se levantó de la cama y tuvo ánimos incluso para ordenar por primera vez la habitación en que Max lo había instalado. Al siguiente día, Kafka escogió el sanatorio de Schelesen, al norte de Praga, para retomar su proceso de curación. Lo seleccionó entre tantos porque estaba cerca, no costaba demasiado y porque las restricciones impuestas por la guerra y la pandemia no serían un obstáculo.

Schelesen parecía más una casa de campo perdida en un bosque que un centro de acogida a pacientes con tuberculosis. Se encontraba a treinta kilómetros al norte de Praga, cerca del punto en que confluían los ríos Elba y el Moldava. Su acceso era tan complicado que solo se podía llegar por tren. A Kafka le importaba muy poco la fama y lo recóndito del sanatorio; lo que en realidad tenía en mente era encontrar un sitio donde pudiera por fin volver a escribir.

El verano de 1918 comenzaba y creía que algo importante también. La novela, la obra que tenía pensada debía ser la historia del poder, un poder basado en una gigante infraestructura a la que no se tiene acceso. Desde niño, el castillo de Praga, construido en el siglo IX, generó en su interior miles de fantasías. Con el paso de los años supo que no era un castillo como los de los cuentos de hadas, sino una fortaleza inexpugnable cuyo único propósito era rendir pleitesía a los gobernantes de turno.

Los primeros días de su estancia en Schelesen, Kafka no hizo otra cosa que pensar en la forma de comenzar su historia. Casi no tenía

trato con los otros internos. Los síntomas de la tuberculosis empezaban a disminuir. Podía dormir mejor por las noches y eso ya le reconfortaba bastante.

Mientras tanto, la ansiedad le ganaba la partida en su interior. Sabía que todo se reducía al hecho de que las ideas se le agolpaban en su mente, pero no podía traducirlas en el papel. Pensaba en ello en el momento en que desayunaba, solo y apartado del resto de asilados, la mañana soleada del domingo 30 de junio de 1918, cuando una sombra se le cruzó justo cuando se alistaba a tomar el té y le pidió permiso para sentarse a su lado.

El amor llega en el momento menos pensado, fue lo primero que se le cruzó a Kafka por la cabeza cuando vio a Julie Wohryzek de pie frente a él y la invitó a sentarse. La había visto en otras oportunidades. Enferma igual que él con tuberculosis, aunque con síntomas menos evidentes, le llamó la atención desde que la vio. Por eso le sorprendió que se aproximara. En ese primer encuentro hablaron del oficio literario, de sus libros favoritos, de sus amores anteriores y sueños frustrados por la guerra, la pandemia y la tuberculosis.

—Tienes el nombre de mi madre —le dijo Kafka, mientras escuchaba cómo ella le decía que era hija de un zapatero, tenía 27 años y acababa de ser despedida de un bufete de abogados en donde fungía como secretaria. Le contó que sus hermanos habían reunido suficiente dinero para enviarla a un sanatorio en Davos, Suiza, pero la guerra no lo permitía aún.

Desde ese primer momento Kafka quedó prendido de la fuerza de su mirada. Entonces recordó sus tiempos de estudiante de derecho en la universidad y cómo se había burlado de Max cuando le dijo que se enamoró a primera vista de una muchacha. No existe tal cosa, no puede haber algo semejante en este mundo, le comentaba entre risas. Sin embargo, empezó a cambiar de idea cuando conoció a Julie Wohryzek esa mañana. Luego tuvo la plena convicción de que el amor a primera vista existía en realidad cuando esperó hasta que se hiciera medianoche y se escabulló hasta la habitación de ella para hacerle el amor. Y siguió creyéndolo cuando creía que la vida y el aliento se le iban en cada beso, en el momento en que ella lo atenazaba entre sus piernas y en el instante, aquel bendito instante, en que ella le rogaba

que no acabara, que quería seguir sintiendo su lanza de carne palpitante hasta que se hiciera de día.

Al día siguiente, y aún con el fuego intacto, Kafka le propuso matrimonio. Julie sonrió y solo atinó a decirle:

—Somos un par de tuberculosos.

Kafka tenía preparada la respuesta para algo así:

—Pues anoche lo disimulamos muy bien.

Fue una época dichosa. Kafka no recordaba haber vivido meses más felices junto a alguien en su vida. Comían juntos, realizaban largas caminatas por los bosques cercanos al sanatorio y por las noches hacían el amor. ¿Veía en Julie un sustituto de Felice? Prefería no pensarlo y así era mejor. Como era verano, él aprovechó para enseñarle a nadar en el Moldava. De forma recurrente, reiteraba su propuesta de matrimonio. Ella le decía que sí y reían como locos. Kafka le comentaba que pese a la tuberculosis una vida hermosa los esperaba juntos. ¿Acaso el padre de Flaubert no había padecido la misma enfermedad? Con el cuidado necesario todo era posible. Sin embargo, así como las bendiciones llegaban sin avisar, también se iban en el momento menos pensado.

El lunes 11 de noviembre de 1918 se puso fin a la guerra. Todo aquel absurdo, que causó más de diez millones de soldados muertos, culminaba con El Armisticio firmado por los Aliados y alemanes en la ciudad francesa de Le Francport. La noticia, que se corrió por doquier, provocó que la gente festejara en todos lados. Todos menos Kafka, pues las fronteras se abrían y la pandemia provocada por la gripe española empezaba a ser controlada de a poco. Con ello, Julie Wohryzek debía marcharse al sanatorio de Davos, en Suiza. ¿Se seguirían escribiendo, mantendrían la llama viva, se encontrarían en breve? Quizás. Kafka sabía que cuando el destino depende de una promesa la vida no vale la pena.

Después de despedirse de ella, se sintió con un profundo vacío que lo agobiaba en su interior. ¿Quién lo llenaría sino la literatura? Y si ya no le respondía como antes ¿acaso no era porque su compromiso había disminuido? Sentía que la entrega hacia la escritura ya no era la misma que la de años anteriores. Escribía cuando estaba a punto de la desesperación, la soledad y la locura. De ser su prioridad, el oficio de autor había pasado a segundo plano. ¿Y si la musa ya no le hablaba, si

él no sentía el fuego de la epifanía que lo quemaba por dentro no era quizás por su evidente traición?

Solo en su habitación en el sanatorio de Schelesen, Kafka creía que la literatura no podía ser un símil de la cadena matrimonial. No, la escritura no debía encontrarse en los límites de un compromiso conyugal aberrante en permanente sumisión. La literatura tenía que ser una amante fiel que abría las piernas en el insospechado momento en que el escritor decidía ir a su encuentro; por eso no requería de ningún lecho fijo para perderse juntos en las llamas de un fuego arrasador y vibrante. La creación debía encontrar su clímax en la construcción de un magnífico relato capaz de estremecer todo a su paso, como un orgasmo. Y, sobre todo, debía revestirse con el traje de la seducción, lista para ser devorada por cualquier autor sediento de una nueva historia, porque la literatura cuando es auténtica se vuelve promiscua.

Kafka apeló a esa promiscuidad en el momento en que miró la hoja en blanco, parpadeó por un instante, acomodó la cinta en la máquina y empezó a escribir:

El Castillo

Cuando K llegó era noche cerrada. El pueblo estaba cubierto por una espesa capa de nieve. Del castillo no se podía ver nada, la niebla y la oscuridad lo rodeaban, ni siquiera el más débil rayo de luz delataba su presencia. K permaneció largo tiempo en el puente de madera que conducía desde la carretera principal al pueblo elevando su mirada hacia un vacío aparente.

Capítulo XII

—Probablemente se pensó muy bien la blusa que se ponía, de eso entienden mucho las judías de Praga, y, acto seguido, tú decidiste naturalmente casarte con ella. Y además lo antes posible, la semana que viene, mañana, hoy. No te comprendo, eres una persona adulta, vives en una ciudad, y no tienes otro recurso que casarte enseguida con la primera mujer que te sale al paso. ¿No hay otras posibilidades? Si te da miedo, yo mismo iré contigo.

Kafka se veía humillado por su propio padre. Nunca antes unas palabras tuvieron un efecto tan devastador ni lo perturbaron tanto como aquellas. Se sentía tan miserable y desvalido, como si un animal salvaje se lo hubiera comido a pedacitos y lo expulsara después de sentir un profundo asco, solo para que al minuto siguiente lo devorara y vomitara una bestia diferente.

Todo había comenzado la víspera cuando Hermann lo mandó a recoger sin anuncio previo al sanatorio de Schelesen con uno de sus amigos. Era cerca de mediodía. Cosa rara, extrañísima, que sin mediar algún motivo aparente se lo llevaran en el tren de la tarde en primera clase rumbo a Praga. Era ese tipo de cosas que escribía en sus novelas. ¿Y si todo lo que vivimos es una ficción, un gran teatro del absurdo recreado en las pesadillas de un Dios loco y enfermo? Kafka ahuyentó esas ideas mientras se aproximaba a la casa de Hermann, porque no le permitían pensar con claridad. Creía que algo malo le

había pasado a su madre y nadie reunía el valor para decírselo, por eso ingresó presuroso y quiso preguntar por ella, pero no hubo necesidad. Julie se encontraba en el sofá de la sala, con las piernas cruzadas y el mentón levantado, desafiante, como preparada para una pelea. Junto a ella, Hermann servía unas copas de vino. Ambos se levantaron cuando lo vieron. Lo recibieron con gran alegría y le prodigaron toda clase de gestos efusivos. Pese a ello, o precisamente por ello, Kafka se sentía intranquilo e incómodo, con la certeza de que algo malo iba a suceder de un momento a otro.

Luego de la cena, la farsa debía llegar a su fin. Kafka sabía que así tenía que ser porque la situación era insostenible: charlaban como viejos amigos sobre el clima, familiares y la inclemente manera en que la pandemia iba azotando a todo el planeta. Sin embargo, la tensión crecía en aquella sala que le traía los recuerdos de su infancia marcada por la tristeza y el dolor. Hermann empezó diciéndole que las decisiones responsables constituyen la base para una excelente relación de un hijo con sus padres. Kafka, que a esas alturas estaba harto de los sermones, le pidió que fuera al grano. Su padre no le hizo caso y siguió hablando; después pareció cansarse de sí mismo, porque de súbito sacó una carpeta marrón y se la tiró encima. En el interior había fotos de Julie Wohryzek con distintos hombres en bares y sitios nocturnos de Praga.

—¿Te das cuenta? ¿Lo puedes ver con tus propios ojos? ¡Es una prostituta! La mujer a la que quieres como esposa es una vulgar ramera.

Kafka no lo podía creer. ¿Cómo su padre se había enterado de aquella relación? Lo vigilaba, estaba claro. Su paranoia tenía un sentido. Había caído en su juego, como el ave que aterriza de forma inocente en la cabeza de un caimán y luego se fija que no es una roca lo que pisa, sino un reptil horrible que la está devorando, pero ya es muy tarde para reaccionar. Hermann no solo cuestionaba sus decisiones, sino que quería tomar el control total de su vida. Y en ese momento tantas dudas revoloteaban en su cabeza:

¿De qué forma pudo reunir esas fotos y cuánto había pagado por ellas? ¿No estaba en la quiebra o acaso esa era solo la imagen que pretendía proyectar? Al armar esa escena, su padre se atrevía a humillarlo en presencia de su mamá, que parecía disfrutar el espectáculo, sobre

todo con esas palabras, ese conjunto de frases tan miserablemente hilvanadas:

—No te comprendo, eres una persona adulta, vives en una ciudad, y no tienes otro recurso que casarte enseguida con la primera mujer que te sale al paso. ¿No hay otras posibilidades? Si te da miedo, yo mismo iré contigo.

Y, lo que era peor, lo pisoteaba, lo ninguneaba, lo trataba como un muchacho al que hay que acompañar de la mano a un burdel para que desfogue toda su lujuria y evite así ir por la vida pidiéndole matrimonio a la primera prostituta que se atravesara en su camino. Kafka no soportaba más. Le quiso responder a Hermann que se equivocaba, que él no era nadie en su vida para imponerle qué hacer o qué no, pero no pudo, porque de pronto sintió que la tuberculosis lo atacaba de nuevo en forma de una intensa hemorragia que se le agolpaba como una corriente de agua en la garganta. No, sus padres no tenían por qué verlo así otra vez. Kafka hizo acopio de sus fuerzas para tragarse toda la masa sanguinolenta que pugnaba por salir. Y lo hizo, porque el coraje que sentía era más fuerte. No recordó cómo llegó hasta la casa de Max, solo supo que apenas lo hizo se encerró en su habitación y empezó a escribir:

Carta al padre...

Creo que nunca me has humillado más con tus palabras y que nunca me has mostrado más claramente tu desprecio. Un signo más de tu absoluta falta de idea es el hecho de que puedas creer que yo, el pusilánime, vacilante, suspicaz, me decida de sopetón, por ejemplo, porque me encante una blusa, a casarme. En realidad, los intentos de contraer matrimonio han sido el más grandioso y esperanzador intento de salvación que he hecho en la vida...

—¿Y por qué precisamente tiene que aparecer un teléfono allí?

Kafka había ido a comprar una nueva cinta para la máquina de escribir y dejó las hojas que contenían el comienzo de su nueva novela en una carpeta sobre su mesita de luz. Cuando regresó, le llamó la atención que Max estuviera en la habitación revisando su texto. No lo consideraba un atrevimiento, pues siempre lo hacía. En cambio, le pareció curiosa la pregunta que, disfrazada de reproche, su amigo le hacía.

—¿Un teléfono? Sí, describes el castillo como un lugar casi medieval, detenido en el tiempo y ambientado en un contexto rural. Parece ser o lo deduzco así, que para el caso es lo mismo. Y justo al comienzo dices que hay un teléfono. Estamos empezando 1919. No es tan común un teléfono, sobre todo en esas zonas. Creo que debes reconsiderarlo para que sea más verosímil.

—¿Y qué debería poner en su lugar? ¿Acaso crees que un afiche en que aparezca la defensa del pueblo judío quedaría mejor?

Max bajó la cabeza y se mordió el labio inferior. Kafka sabía que su amigo se había ofendido y lamentó expresarse así.

—Max, perdona, solo que no comprendo muy bien lo que dices y a veces sugieres inclusiones políticas y religiosas que no vienen al caso. Son aportes bien “brodianos”, si me permites la expresión.

—Esto no es “brodiano” como perversamente insinúas, es aristotélico. “Prefiere lo imposible verosímil a lo posible inverosímil”. ¿Recuerdas?

—Aristóteles debía estar borracho cuando escribió algo así, Max. Yo trato de construir con símbolos y metáforas un relato que trascienda nuestro propio tiempo...

—No te entiendo y dudo mucho que la gente lo haga. Cuando te expresas así me parece que te pones muy “kafkiano”, si también me permites la expresión.

Kafka empezó a reír por la ocurrencia. Luego oía a lo lejos, como la música de un baile en un barrio vecino, que Max decía tantas otras cosas, pero ya no le prestaba atención.

¿Entender, acaso había algo que entender? Era como si Mozart hubiera tenido que explicar con detalle el contenido de la Misa de Réquiem en re menor para que lo comprendieran. O como si Da Vinci disertara sobre los colores que empleó, justificara el lienzo que usó y hurgara en las razones que lo llevaron a pintar La Gioconda. ¿Y qué tal si se le exigiera a Cervantes los argumentos de por qué el Quijote era un caballero amante de las aventuras y no un cocinero en busca de restaurantes? ¿Alguna vez alguien le preguntaría por qué Gregor Samsa no amaneció convertido en una pantera, un cangrejo o un elefante? Debe ser bien miserable la vida de la gente que se fija en ese tipo de cosas o en el uso de los verbos, las metáforas o en el empleo de tal o cual

narrador en una obra literaria para luego exponer el fruto de su saber en un congreso o en una revista. La literatura, igual que la música y la pintura, es arte y no debe ser comprendida, sino disfrutada. Pensaba en ello cuando unos aplausos de Max lo sacaron de sus disquisiciones.

—¿Ey, me oyes? Como siempre ya no me escuchas, te pierdes en tu mundo de pensamientos raros. En todo caso, si quieres saberlo o no me da igual. Te llegó esta carta. Es de una periodista, una tal Milena Jesenská, que te busca porque quiere traducir tu obra al checo.

—¿Traducirla al checo? ¿Y por qué leíste la carta, si estaba dirigida a mí?

—Solo quería evitarte un disgusto, al principio pensé que era de tu papá. En fin, ya ves: hay alguien interesado en llevar todo lo “kafkiano” a tu lengua materna.

Milena Jesenská era todo lo que Hermann odiaba. Sus vicios se disimulaban bajo el epíteto de una periodista luchadora de la independencia femenina, pero para él no era otra cosa que un disfraz de la putería. Lo cierto era que en toda Praga se sabía de su vida libertina, el consumo voraz por toda clase de estupefacientes y su marcada afición al meretricio. Quizás por eso, para darle una lección a su padre, Kafka aceptó hablar con ella. Cuando Hermann se enteró del encuentro, lo amenazó en una extensa carta que ni bien leyó la tiró a la basura.

El primer encuentro con Milena tuvo lugar en la casa de Max el 28 de junio de 1919, el mismo día en que se firmó el Tratado de Versalles en las afueras de París. Cuando ella le preguntó qué pensaba sobre las condiciones de este acuerdo, le respondió que era el fin aparente de la guerra, pero no el principio de la paz, porque en el fondo aquella firma, con toda la parafernalia que incluía, era como un ritual que los indígenas hacían a un volcán activo a punto de erupcionar. Se pactaba con la divinidad o la naturaleza que no les haría daño ni a ellos ni a las cosechas, pero en el momento menos pensado el volcán estallaría con toda su furia sin respetar oraciones ni pactos previos. La guerra había dejado demasiadas heridas abiertas y solo un tonto podría no verlo. Los perdedores se reagruparían en breve y lo que se vendría sería peor.

—¿No sabía que usted era profeta?

Kafka sonrió de forma condescendiente en aquella tarde soleada y veraniega en la que toda Praga parecía resplandecer. Sentado junto a ella mientras compartían un vino blanco, le parecía imposible creer que aquella figura enclenque, de ojos somnolientos y sonrisa tímida hubiera robado tiendas, falsificado documentos, consumiera cocaína, estuviera en prisión por más de un mes y acabara de salir de un psiquiátrico. ¿Qué tanto de lo que se cuenta era real y qué no? Quiso preguntárselo, pero no lo hizo porque si todo era cierto debía tener cuidado en no despertar al demonio.

Ante la ineludible pregunta de por qué no escribió en checo, sino en alemán, Kafka se encogió de hombros antes de responder:

—Es como si me preguntara por qué hoy es sábado. Se lo puedo explicar, pero ¿no es evidente?

Acordaron verse en posteriores ocasiones, siempre por motivos profesionales, pero por una causa u otra los encuentros no se concretaban, pues ella se había tenido que mudar a Viena. Empezaron entonces un intercambio epistolar que Kafka añoraba más que las cartas de Felice. Ella le preguntaba sobre el uso de verbos en alemán o de algún adjetivo.

¿Acaso si se lo traducía al checo de forma tan literal todo el texto no perdía la esencia, su razón de ser? Se quedaban semanas armando párrafos de su relato *El fogonero*. Kafka amaba esa búsqueda por el detalle, el cuidado por la precisión exhaustiva, la mirada paranoica por la palabra exacta.

Después de cinco meses, ya hacia fines de 1919, Kafka le propuso reunirse para que pudieran pasar varios días juntos. En la Navidad de aquel año hablaron por teléfono y ahí fue cuando le confesó que estaba casada con el escritor austriaco Ernst Pollak, pero él le dijo que no importaba, que se quería reunir con ella y no con su marido. Y ambos rieron. Pactaron un encuentro para inicios de 1920, pero no se concretó sino hasta mediados de aquel año. Mientras tanto, Kafka creía que la tuberculosis le había dado una tregua suficientemente prolongada en casa de Max y que se sentía con fuerzas para viajar a Viena. Tosía con menos frecuencia y las hemorragias habían desaparecido; aunque

el doctor Liška le decía que debía cuidarse más, retomó los hábitos de natación en el Moldava sin consecuencias aparentes.

Mientras realizaba los preparativos para el viaje y guardaba todas sus cosas en una maleta, le comentaba a Max de sus planes. Le decía que como la gripe española estaba controlada y sin amenazas de guerras en el horizonte, el viaje sería un placer. Adicional a ello, la independencia económica la tenía asegurada con la pensión mensual que le daba por su jubilación anticipada el Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del Reino de Bohemia.

—No me tienes que mentir, a mí no. Sé que solo vas a ver a Milena, la periodista libertina, esa que te escribe casi todos los días. Yo no soy nadie para prohibirte las cosas, pero solo te diré algo: haz lo que hazas, no te enamores.

—Ahora vas a hablar como mi padre.

—No lo entiendes. Ella se ha practicado dos abortos producto de relaciones con hombres que no han sido su marido, ha tenido relaciones con mujeres, se ha intentado matar en varias ocasiones y no tiene reparos en prostituirse.

Kafka, como siempre, no quiso seguir escuchándolo, terminó de empacar y se subió en el primer tren que salía de la estación con rumbo a Viena.

Cada vez que comprometía el corazón dejaba de escribir. ¿No era acaso la señal que tanto esperaba para saber que no estaba hecho para el amor? Kafka estaba siendo atacado por ese tipo de dudas que confrontaban su trabajo como autor. Mientras se acercaba a Viena se hacía la misma pregunta una y otra vez. Sabía que Milena lo sobrepasaba en experiencia, pues tenía una visión acerca de la vida que la había adquirido en el matrimonio, el psiquiátrico, la prisión y en el oscuro territorio de las drogas con el que tropezaba cada tanto. ¡Y eso con apenas 23 años! Ella podía entrar a su mundo, el de la literatura y las cartas de amor, y salir indemne. Él, en cambio, tenía la convicción de que no, que estaba próximo a inmiscuirse en un juego del cual no había una salida y que lo dejaría lacerado para siempre.

Kafka llegó a Viena cerca de la medianoche del martes 29 de junio de 1920. La víspera le había enviado a Milena un telegrama en el que le indicaba la hora aproximada de su arribo. Sabía que no iba a estar ahí en la estación, pues era bien difícil que su esposo se lo permitiera. Sin embargo, se sorprendió cuando la vio en la sala de espera. Dudó entre abrazarla o besarla y al final no hizo ninguna de las dos cosas. Ella se abalanzó sobre su cuello y le acarició la mejilla mientras sonreía.

—¡Llegaste! No creí que estarías aquí a esta hora.

Kafka pensó que una mujer casada que podía estar a medianoche con alguien distinto a su marido era capaz de cualquier cosa. Un ligero escalofrío le recorrió la espalda; adujo que era una señal de la tuberculosis y no de un temor aparente. Por lo menos así quiso creerlo para estar más tranquilo.

Milena alquiló una carroza y lo llevó a una casa abandonada en las montañas de Viena, como si lo raptara. El lugar era propiedad de su familia, su madre se lo había dado unos minutos antes de morir hacía unos ocho años y era la primera vez que lo visitaba.

Cuatro días pasaron juntos en aislamiento absoluto. Durante ese tiempo, la tuberculosis no se manifestó de ninguna manera y eso lo puso muy contento. Ella había adquirido suficientes provisiones como para un mes. Apenas amanecía iban a pasear por un bosque repleto de pinos, robles, abetos y cipreses; luego buscaban acomodarse frente a un lago y desayunaban diversas frutas picadas en pedacitos. Hacia mediodía volvían a la cabaña para hacer el amor hasta que las fuerzas se los permitían. Antes de que la tarde llegara a su fin, Milena le enseñaba a hacer en la cocina sus platos favoritos como la pechuga de pato con papas o un goulash, que era un estofado de carne preparado con ternera, pollo y cerdo. Bien entrada la noche se contaban cuentos con palabras creadas al azar y se dormían sin que ninguno recordara al día siguiente cómo ni cuándo.

Kafka dudaba si tanta quimera era capaz de ser cierta en el mundo real. Por la mañana, mientras la veía dormir, se preguntaba si el momento en que terminara todo eso acabaría también la última oportunidad que la vida le brindaba para ser feliz. ¿Era Milena la mujer ideal por encima de Julie o Felice? No, la perfección no existía. Si el demiurgo que manejaba los hilos de este planeta se lo permitiera,

mezclaría en una máquina el amor que Felice le tenía, el fuego de la pasión que Julie le otorgaba y la aguda capacidad crítica que Milena disponía en lo referente a la literatura. De esa hibridación nacería la mujer completa e irreprochable que tanto andaba buscando.

Al tercer día de estar juntos, Milena no aparecía en la cabaña. Kafka la buscó por todos lados hasta encontrarla en el piso del baño, desmayada al parecer por una sobredosis de cocaína que acababa de consumir. Ella le prometió que no recaería en aquel vicio y se aferró a su cuerpo para suplicarle que la perdonara. Kafka la dejó descansar por varias horas.

Al día siguiente, en el instante del desayuno, nadie quiso referirse a cuestiones relacionadas al tiempo ni a la forma en que las agujas del reloj marchaban de forma inexorable hacia el adiós. Y justo en ese momento, cuando ya se disponían a salir al lago, tocaron a la puerta. Kafka divisó el horror en los ojos de Milena y supo quién era: Ernst Pollak, su marido. Ya no había tiempo para huidas cinematográficas. Tenía que asumir su destino como hombre, pelear si fuera el caso. Kafka pensaba qué hacer cuando se levantó de la mesa y vio en contraluz la silueta de un hombre alto y obeso que ingresaba con un morral en la mano derecha. Su rostro estaba rojo, rojo como un tomate, y en sus ojos pudo divisar esa mezcla rara de ira, temor y vergüenza que solo es posible encontrar en la mirada de un loco que está dispuesto a hacer cualquier cosa.

—Señor Kafka, un buen día. Me presento: soy Ernst Pollak, el esposo de esta bella dama. He leído sus libros y déjeme decirle que soy un gran admirador de su obra. No creo que haya nadie que domine con tan perfecta maestría el alemán como usted lo hace.

Era una situación incómoda y no sabía qué decir. ¿Jugaba con él acaso? ¿Lo buscaba distraer para que, en el momento menos pensado, pudiera sacar un revólver del morral y pegarle un tiro en la cabeza? Kafka retrocedía, como Gregor Samsa cuando vio a su padre por primera vez después de la transformación. Le miraba a Pollak las manos de forma recurrente, igual que el niño que observa embelesado al mago para descifrar cómo hará el siguiente truco. Milena, en cambio, permanecía aturullada en un rincón, avergonzada; con las manos trataba de cubrirse el rostro. Entonces Pollak, al verse dueño de la situación, continuó:

—Disculpen, no he venido a interrumpirlos, al contrario. Si usted quiere inocularle todo su arte literario a mi mujer, continúe, señor Kafka. Yo no soy nadie para oponerme. Milena, solo quiero decirte que te amo...

Ernst Pollak se aproximó hasta su esposa, sacó un ramillete de flores amarillas del morral, se arrodilló y le pidió perdón de rodillas. Milena lo abrazó y le acarició la cabeza con los ojos cerrados. Mientras tanto, Kafka se apresuró en salir y no le importó dejar abandonado su equipaje. Le parecía que asistía como un extra a una escena del teatro de lo absurdo y que todos en la cabaña estaban locos de remate. Solo quería huir de ahí lo más pronto posible, porque a veces los extras también sufren finales trágicos. Le tomó más de una hora en descender de la montaña y llegar hasta la estación para comprar el boleto del siguiente tren que lo devolviera a la pasmosa normalidad de Praga y que entonces le dio por extrañar.

Hay que renunciar a todo esto por dañino e incoherente, hay que dejar el futuro al futuro, pensaba ya en el tren, mientras decenas de pueblecitos iban quedando atrás aquel viernes 2 de julio de 1920. Y ahí, acomodado en un asiento de tercera clase, recordó que Cervantes prefería no contar muchos detalles de su viaje a África porque le parecía que ningún lector le iba a creer. Es decir, que sus relatos, pese a que habían sucedido realmente, eran tan mágicos e incongruentes que iban a carecer de la verosimilitud suficiente para que sean tomados en serio. Quizás el autor de *El Quijote* se acordaba de la máxima aristotélica a la que Max aludía con frecuencia: “Prefiere lo imposible verosímil a lo posible inverosímil”. No, Aristóteles no estaba borracho cuando lo dijo. Por ello, cuando llegó a la estación de Praga, pensó que su amigo no estaba preparado para escuchar lo que le había sucedido y tomó la decisión de no informarle nada. Estaba seguro de que, si se lo contaba, Max diría que todo lo que le pasó con Milena había sido muy *kafkiano* para ser cierto.

Si la vida era una irracional espiral que tiende a repetir de forma cíclica hechos anteriores, Kafka sabía que le auguraban días felices. Luego de su viaje a Viena, y como siempre que había una separación amorosa, empezó a escribir de forma frenética. Mientras veía cómo

sus dedos se deslizaban sobre la máquina pensaba que quizás lo mejor de las rupturas era el desencanto hacia el otro, aquel velo que se rasgaba de pronto y permitía ver las miserias, torpezas, imprudencias y desatinos que se idolatraban en el ser que se amaba hasta hace poco. Por esos días, la fecundidad literaria le vino acompañada de un enclaustramiento casi místico en la habitación y de la que salía solo cuando se acordaba de comer.

Sin embargo, Kafka era consciente que ya no estaba para soportar el ritmo esquizofrénico de años anteriores en que se ausentaba del mundo, suprimía los horarios de descanso y se olvidaba de forma paulatina del tiempo en el que vivía hasta el punto de confundir el día con la noche. El doctor Liška lo volvió a inspeccionar en casa de Max y le dijo que se evidenciaba infiltración de ambos lóbulos pulmonares. Él, aunque sabía la respuesta, le preguntó qué quería decir. Y el médico le respondió con ironía:

—¿Acaso existe algún ser humano o personaje que haya inventado en sus relatos que sea capaz de vivir sin pulmones? Debe internarse cuanto antes en un sanatorio y recibir un tratamiento contra la tuberculosis, de lo contrario sus días en Praga estarán contados.

El doctor Liška hablaba de días, no de semanas ni de meses. Los pacientes con tuberculosis se agravaban a veces en cuestión de horas y los pulmones de Kafka se encontraban en un estado crítico. Él hubiera preferido no saberlo, o por lo menos no de ese modo tan grotesco. Al minuto de haber escuchado aquel diagnóstico aterrador le sobrevino una tos furibunda, la saliva mezclada con sangre y una hemorragia tan abundante que parecía inundar el departamento.

Max miraba la escena y no lo podía creer. No había visto un río de sangre tan grande en su vida. Por eso gestionó enseguida por teléfono, y con algunos amigos, la internación de Kafka en el sanatorio de Grimmenstein, Baja Austria, localizado a dos horas al sur de Viena. Al día siguiente, el 31 de diciembre de 1920, antes de que rayara el alba, Max lo acompañó hasta la estación. Cuando Kafka llegó se encontraba muy pálido, lívido como un muerto. Iba cubierto de pies a cabeza por diversas sábanas, casi amortajado como una momia egipcia. Se cubría el pecho con ambas manos y hacía ingentes esfuerzos para no toser. Ottla y sus padres también lo fueron a despedir. Julie le besó en

ambas mejillas y lloraba de forma desconsolada al verlo de ese modo. Hermann, en cambio, lo miró desafiante antes de hacerle el siguiente reproche:

—Yo te dije que Milena era una arpía, una prostituta y que ibas a acabar mal si te unías con ella. Y mírate ahora, pobre infeliz, mírate cómo estás. Adiós, hijo mío.

Kafka se encontraba muy débil, pero aun así reconoció su voz. En su ignorancia maliciosa y bajeza espiritual, Hermann le endilgaba a Milena el nuevo golpe que le daba una enfermedad contraída hace mucho. Aclarárselo, explicarle con detalles su error sería en vano, porque es inútil hablar con quien se divierte humillando al otro. En lugar de darle razones a su padre se aproximó hasta él. Hacía tiempo que no se había fijado en que era un poco más alto. Pese al frío imperante que parecía congelar los huesos de todos, Kafka se quitó las sábanas que lo cubrían y miró a Hermann directo a los ojos por primera vez. Por un instante se esforzó en escrutar qué proyectaba esa mirada a la que tanto había temido en la vida. ¿Había temor, nostalgia, un deseo irrefrenable por apabullarlo o acaso un rencor contenido contra él y el mundo entero? No, no expresaba emoción alguna. Su mirada evidenciaba aquel vacío desolador de quien no es nadie ni ha logrado nunca nada. Julie, Max y Othla observaban expectantes aquel encuentro, como si el tiempo se hubiera detenido, como si su intrascendente transitar en este mundo cobrara de pronto un sentido solo por estar allí.

Mientras tanto, en la estación de Praga, que no dormía jamás, cientos de viajeros se movían de un lado a otro en busca de su destino. El ambiente estaba cargado de la peculiar tensión marcada por la ansiedad de quien iba y por las prisas de quien venía. En ese momento Kafka se aproximó aún más a Hermann y lo miró con odio, con todo el odio acumulado que llevaba dentro, producto de tantos años de vejaciones. En breve el tren lo llevaría a Grimmenstein, a un sanatorio de verdad, no una granja ni una pensión, sino a un lugar donde tendría que lidiar con la muerte todos los días, pues la mayoría de los tuberculosos acudían allí ya en estado crítico y solo esperaban una rápida agonía antes de ser enfundados, metidos en un ataúd de roble y ser entregados a sus familias.

Pronto empezaría 1921 y Kafka recordó que tenía tantos relatos inconclusos, varias novelas que debía terminar antes de que sus pulmones fallaran por completo y la maldita enfermedad lo dejara sin habla ni respiración. Mientras miraba a su padre, Kafka se acordó de todo eso, pero también que desde la noche anterior se le había agolpado en la garganta un cúmulo impresionante de líquido sanguinolento que pugnaba por encontrar una salida. Entonces lo sujetó de los hombros y le sonrió. Quizás por esa sonrisa Hermann sabía lo que iba a pasar, pero ya era tarde para escabullirse. Kafka se aproximó hasta casi tocarle el rostro y dio paso a la liberación de la hemorragia más abundante que recordara jamás. El torrente de sangre era tan grande que bañó a su padre de pies a cabeza. Luego se dobló en el piso, extenuado y adolorido. Max lo ayudó a incorporarse y, como si hiciera acopio de sus últimas fuerzas, alcanzó a decirle:

—¡Mírate ahora, pobre infeliz, mírate cómo estás! Adiós, padre mío. Empezaba a amanecer en la estación.

Capítulo XIII

Era medianoche y sus pasos se hundían en la nieve. A lo lejos, en lo alto de una colina y apenas visible por la luz moribunda de un viejo farol, se divisaba el sanatorio de Grimmenstein. Desde abajo parecía una gigantesca y oscura masa gelatinosa a punto de engullirlos y no el edificio de cuatro plantas construido con bloques de cemento y armaduras de hierro que albergaba a más de cien tuberculosos. Se trataba de una casualidad, no le cabía la menor duda, que, en los inicios de *El Castillo*, su nueva novela, también el protagonista subiera una montaña con la nieve que le obstaculizaba el paso y se replanteaba continuar o no. La vida imitaba bien a la literatura. ¿O era al revés? A su lado, Max trastabillaba y procuraba hallar el inicio del sendero, pero sus esfuerzos eran inútiles, porque la penumbra impedía ver con claridad. Kafka se hundía de forma recurrente, resbalaba a cada rato y empezaba a tiritar de frío. Sabía que lo más lógico hubiera sido pasar la noche en la estación, regresar con la primera luz del alba para distinguir el camino y llegar sin problemas hasta el sanatorio, pero Max tuvo la brillante idea de ir apenas pisaron el andén.

El tren había llegado hacía un par de horas. Los escasos postes de alumbrado público proyectaban luces tan lúgubres e intermitentes que le daban a la aldea de Grimmenstein un aspecto de pueblo fantasma. Nadie los esperaba en la estación aquella noche del sábado 1 de enero de 1921. La tormenta de la víspera había acabado con las pocas

esperanzas de contar con un buen clima para el inicio de año. Kafka y Max arrastraron sus maletas hasta las afueras de la estación donde el único cochero disponible, un adolescente con el rostro picado por la viruela, los llevaría por un par de monedas hasta el sanatorio.

Nevaba con furia. Nevaba tanto que era imposible divisar el camino. El cochero se internó por estrechos vericuetos cubiertos de nieve, escombros y pinos desparramados, lugares que alguna vez fueron calles y que entonces solo eran espacios vacíos que permitían transitar a fuerza de rodeos y vaivenes. Los dos caballos de la carroza que los transportaban, escuálidos y famélicos, parecían desfallecer a cada paso y solo avanzaban porque el cochero los flagelaba como un poseso.

Aunque el calendario marcaba el 1 de enero, no se divisaba señal alguna de celebraciones propias de la época ni en los tugurios más sórdidos, porque el ambiente estaba enrarecido y marcado por las ausencias: las tabernas cerradas, dos restaurantes abiertos, pero sin ningún comensal, ni un borracho siquiera ni prostitutas desperdigadas por las calles, ninguna huella de los festejos por el cambio de año en una aldea como esa. Nada. Por lo que el cochero les decía, Kafka se enteró de que la gente de allí parecía vivir en un permanente estado de indiferencia. La mayoría fabricaba chocolates que vendían en Praga y Viena. La cercanía de un cerro majestuoso, los había condenado a soportar las inclemencias de un tiempo que los atacaba con tormentas impredecibles.

El sanatorio estaba rodeado de una selva densa y en su mayor parte impenetrable. El cochero les decía que había tigres que recorrían las montañas día y noche persiguiendo a venados y conejos, los gritos de los monos aulladores se confundían con los de los lobos, mientras que los zorros se las ingeniaban para capturar a liebres, roedores y escorpiones. Cuando anochecía, la ululación de los búhos y las lechuzas se unían en un concierto interminable con el canto de los cuervos y la infinidad de aves silvestres que anidaban por los alrededores.

Aquel viaje trepidante y azaroso duró un tiempo que era imposible medir con las agujas del reloj. El cochero los dejó en las faldas de la montaña y a partir de allí, les dijo, el trayecto debía continuarse a pie. Kafka sonrió y lo miró divertido, como si se tratara de una broma, pero cuando lo vio bajar las maletas y perderse por donde vino supo que no.

¿Por qué habían venido hasta aquí? ¿Por qué, entre todos los sanatorios que hay en Europa, vinieron justo a un lugar que parecía el

ecuador de un apocalipsis? Kafka no paraba de hacerse esas preguntas cuando volvió a nevar. Max, visiblemente cansado y molesto, rompió su silencio:

—Fue idea de Hermann. A él se le ocurrió que viniéramos aquí y ahora no entiendo nada.

Kafka pensó que el chiste se contaba solo. Debió asesinar a Hermann cuando lo tuvo tan cerca; ahora era tarde. Las buenas ideas siempre se le ocurrían con retraso. Su padre, a cientos de kilómetros de allí, tenía que estar disfrutando de todo esto, riéndose como un loco y rostizándose en su habitación con la calefacción a tope, mientras que Julie le preguntaba, como una tonta, qué le causaba tanta gracia. Sófocles tenía razón: los problemas del mundo entero se solucionaban matando al padre, por eso creó a Edipo. Si salía de allí con vida, se prometió ir hasta la tumba del autor griego para dejarle una rosa como señal de agradecimiento por haberle abierto los ojos a la humanidad. El delirio y la desesperación le hacían pensar ese tipo de cosas, porque mientras avanzaba parecía que el sanatorio se distanciaba más y más.

¿Cuánto tiempo llevaban atrapados en la inmensidad de la noche y de la nieve, que les llegaba hasta la cintura y que a cada pisada parecía succionarlos como arena movediza? Le pareció imposible definirlo. Lo que sí sabía era que pronto moriría, porque de súbito le surgieron arcadas y empezó a vomitar abundante sangre. Pese a la penumbra, Kafka miraba cómo la nieve se teñía de rojo. Max, al verlo así, comenzó a gritar; con el acopio de lo que debían sus últimas fuerzas lo agarró en hombros mientras le susurraba que todo iba a estar bien. Kafka, acunado en los brazos de su amigo, creía que en breve caerían los dos, serían engullidos por la nieve y sus cadáveres serían identificados recién después de varios días. Entonces, y como si viera el inicio del paraíso que fulguraba delante de él, alcanzó a distinguir que el trayecto blanco e inmaculado se acababa y que en su lugar surgía el asfalto. Max trastabilló y lo dejó caer sobre una calzada, la columna le traqueó, pero aun así sentía que su cuerpo descansaba sobre un adorable colchón de plumas.

Cuando Kafka abrió los ojos vio cómo una amplia muralla recubierta en su parte superior con alambres de púas le daba la bienvenida. Era difícil creer que aquel lugar, más parecido a una fortaleza

inexpugnable preparado para una guerra medieval, fuera un sanatorio. El acceso estaba cubierto de jazmines, magnolias y distintas clases de orquídeas. Se trataba del ingreso a un mundo diferente que parecía intacto desde hacía siglos.

La nieve en esta parte del pueblo caía con menos intensidad. El terrible clima amainaba, pero nadie se confiaba, porque la experiencia decía que aquel sosiego aparente podía significar no la calma que perdura, sino ese brevísimo espacio que precede a las tormentas. En ese momento, una puerta de hierro en la que Kafka no había reparado empezó a abrirse y a chirriar como si diera un alarido. De ahí surgió la figura de un anciano encorvado acompañado por tres lobos siberianos que no paraban de ladrar. El sujeto estaba vestido como un monje, se agachó para recoger algo del suelo, le entregó un sobre, mientras le decía:

—Doctor Kafka, bienvenido. No lo esperábamos sino hasta mañana.

Durante el día, el sanatorio de Grimmenstein se despojaba de su lado macabro. Sus cuatro pisos, pintados de blanco y turquesa, parecían engalanados para un baile de bodas. Las ventanas se encontraban adornadas con diversas clases de orquídeas, mientras que de las puertas afloraban girasoles, petunias y nomeolvides. El decorado de las flores se complementaba con la presencia constante de decenas de colibríes. El anciano, que resultó ser el administrador del lugar, sacó a Kafka de su ensimismamiento para decirle que la fachada tenía como único objetivo transmitir la paz a los desventurados ocupantes de las habitaciones. A la mayoría de los enfermos, por el simple hecho de ver nacer flores de las macetas, se les alegraba el día. La esperanza también es algo que debería contagiarse, pensaba.

Era el primer día en el sanatorio. Kafka fue invitado a desayunar frutas con pollo y un jugo de naranja. Supo entonces que los cuatro pisos tenían una distribución fija que respondía a criterios ya impuestos: en la parte baja estaban los comedores, el personal administrativo, los empleados de limpieza y cerca de cinco médicos para atender crisis y urgencias de todo tipo; en el segundo piso se encontraban los tuberculosos que no contaban con laceraciones en ninguno de sus pulmones y que tenían diagnósticos optimistas; el tercero, estaba destinado

para los enfermos en estado crítico que guardaban una ligera esperanza por recuperarse y que, debido a ello, seguían al pie de la letra los tratamientos clínicos; en cambio, en el cuarto piso se hallaban los moribundos, gente que debido a las complicaciones de la enfermedad habían perdido la fe en todo y solo aguardaban la muerte. Kafka fue ubicado en el tercer piso.

Las paredes eran blancas, sin adornos ni cuadros distractores. Solo un girasol miniatura, que parecía de juguete, permanecía en su mesita de luz. Según uno de los documentos que firmó, su estancia sería de un mes y luego decidiría si continuaría o no. Esos días, todo el mes de enero de 1921, se entregaría a la literatura, no había espacio para más. Mientras ubicaba sus cosas en unos cajones y acomodaba su máquina de escribir sobre la cama supo que su amante fiel lo esperaba para perderse en sus brazos hasta que diera el último aliento en este mundo. Todo lo demás podía esperar.

Al día siguiente, Max le dijo que se marchaba, pero que estaría pendiente de sus necesidades. Claro, le podía escribir si algo malo sucedía. Praga estaba a la vuelta, muy cerquita, y vendría en el primer tren disponible.

Al recibir esa noticia, Kafka sintió que la soledad caía sobre él como una pared de concreto. Discutían, había momentos en que no conciliaban sus ideas y sus perspectivas acerca del mundo se oponían diametralmente, pero tenían una amistad sincera y eso, en un mundo donde la hipocresía reinaba, era más importante que una mina de oro. A su lado, el administrador del sanatorio, que no se separaba de ellos, le decía las normas del lugar y lo que se debía hacer en casos de emergencia, pero no lo escuchaba. “La soledad no era estar solo, sino vacío”, recordaba otra vez a Séneca; así era, así lo sentía. Sin Max ese vacío que parecía congelarle el alma resurgía como un demonio en una noche oscura. El mundo necesitaba ángeles como él.

Antes de que se fuera hablaron de todo aquello que los unía y, sobre todo, de cómo Max le había insistido, con ruegos incluso, para que publicara sus trabajos.

—Sé que eres mi amigo, mi único amigo, pero sabías que yo estaba feliz sin publicar, que era alguien que escribía solo para su propio placer, pero te obstinaste tanto en que difundiera mis trabajos. ¿Por qué lo hiciste?

Kafka sabía que Max tenía preparada la respuesta, pero aun así la quiso escuchar.

—¿En realidad lo quieres saber? Porque me he pasado la vida leyendo, lo sabes. A Flaubert, Shakespeare, Dostoievski, Dickens... y eres mejor que todos ellos juntos. Tus obras necesitan ser leídas.

Pese a la admiración que rayaba en la idolatría, Kafka sabía que no todo lo que escribía debía publicarse. Solo unos cuantos libros debían conservarse para la posteridad, ¡Dios!, pensó que no había palabra más aberrante. Los textos a los cuales se refería eran los siguientes: *La condena*, *El fogonero*, *La metamorfosis*, *En la colonia penitenciaria* y *Un artista del hambre*. El resto, todo lo demás, debería ser destruido, quemado hasta el punto de esparcir sus cenizas al viento.

—¿Y *El proceso*?

—Quemado.

—¿Y los diarios?

—¡Todo, todo debe ser quemado! ¿Lo entiendes?

Max le dijo que no era justo, que él había luchado tanto por la edición de su obra y le recordó que difundirla en anteriores ocasiones resultó un ejercicio muy provechoso, aunque complejo. Sobre todo, se acordaba de *La metamorfosis* y la forma en que en febrero de 1915 partió rumbo a Berlín para ofrecerla a varios grupos editoriales.

—Les parecía rara, ¿cierto?

Max lo miró fijamente y le comentó que rara no era la palabra, quizás poco convencional. Nadie quería publicar la novela de alguien que narraba cómo, en el absurdo de lo absurdo, el protagonista amanecía convertido en un repulsivo insecto. La gente aún no estaba preparada para este tipo de obras, pero tendría que estarlo tarde o temprano.

—¿Hubo un momento en que perdiste toda esperanza de publicarla?

Los recuerdos de su amigo se perdían en absurdas digresiones sobre el tiempo en Berlín y las mujeres con que coqueteaba cada tanto,

pero luego se centraron en el momento en que conoció al escritor René Schickele, que editaba la revista *Las Páginas Blancas*. Solo él le dijo que la iba a publicar. Luego recorrió con entusiasmo los 190 kilómetros que separaban Berlín de Leipzig para encontrarse con la gente de la editorial Kurt Wolff, quienes le ofrecieron publicar la novela en su colección denominada *Día del juicio*. En octubre de 1915 salió la revista y en noviembre se publicó el libro.

—Una noticia así debía hacer feliz a cualquier escritor, Max.

Claro, su amigo le dijo que cualquier escritor daría saltos de alegría por eso, cualquiera menos él. Kafka, al escuchar el anuncio, sintió que le lanzaban un balde con agua fría. Creía que su obra no valía la pena y le prohibió publicarla.

—Y yo no lo podía creer. No podía terminar de asimilar que me dijeras algo así.

Kafka se acordaba de su respuesta, claro que tenía alojado en su memoria aquel momento. Aparte de poner en entredicho la calidad literaria de su obra, pensaba que nadie la entendería. Era un día soleado en Praga cuando Max le insistía con el tema y él se distraía con las aves y transeúntes que pasaban a su lado durante una larga caminata que dieron por el parque Letná, que en checo significa “lugar para tomar el sol”. Le gustaba ese sitio porque tenía un mirador impresionante. Situado en la zona más alta de una de las colinas que rodean el río Moldava y desde donde divisaba todo el barrio judío, Max le decía:

—Debemos publicar tu libro, piensa en todo lo que el mundo entero se perdería.

¿El mundo entero? ¡Vaya ocurrencia! Kafka pensaba que las adulaciones deberían tener un límite. El hecho de que su obra no se entendiera pasaba por el hecho del modo en que se ilustraría. No faltaría el tipo que al leer la primera página y encontrarse con Gregor Samsa le diera por ubicar en la portada a un enorme bicho recostado en una cama. Le parecía lo más espantoso. Mientras caminaba por el parque pensaba en *El proceso*, en la forma en que avanzaría y el modo en que el texto iba a terminar, con Josef K. preso en el juego perverso de la burocracia y en una espiral absurda de poder que tampoco nadie sería capaz de comprender. En el trayecto de regreso, Kafka no dijo ni una sola palabra. Ya cuando arribaron a casa y llegó la hora de despedirse,

Max le pidió un vaso con agua. Fue la excusa perfecta para que desde allí le exhortara, una vez más, a publicar su trabajo.

—Me ponía así de terco porque en verdad quería que recapacitaras.

Después de un rato, Kafka aceptó a regañadientes. Le era difícil comprender la alegría de su amigo, porque él disfrutaba de la escritura tanto como un niño cuando le dan su primer juguete. De hecho, se la pasaría días enteros ahí, solo y escribiendo, porque tenía la plena convicción de que la publicación sería algo secundario. Lo demás es obsesionarse y caer en la más burda de las vanidades, pensaba.

Seis años después, en la habitación de aquel sanatorio que parecía la de un psiquiátrico, le agradecía su obsesión, pero también le volvió a decir cuáles eran los textos que debían conservarse y cuáles no. ¿Lo juraba, se atrevía Max a jurárselo?

—Te lo juro, pero solo te diré que por tu culpa y la de este maldito juramento la obra de uno de los genios de la literatura universal se va a perder para siempre.

Kafka vio cómo Max pasaba de la ira a la tristeza en pocos segundos. Quizás por eso, para no seguir en la absurda terquedad de publicar el resto de su trabajo y para que no lo viera llorar, se despidió de forma abrupta. Ya la literatura se encargaría de encontrarlos de nuevo.

Escribir lo delataba. Todo cuanto era o había alcanzado llegar a ser se lo debía a la escritura. La literatura era una diosa oculta a la que todos los escritores observaban de lejos y le rendían pleitesía. Sabían, todos lo sabían, pero a él nadie se lo dijo, que había que mirarla desde cierta distancia para recibir el fuego de su luz y el placer de sus encantos, pero cometió la torpeza de acercarse muchísimo. Se aproximó tanto hasta que le vio el rostro solo para ser abrazado y abrasado en su regazo. Luego, tarde como siempre, se dio cuenta de que ese fuego lo consumía y lo reducía a cenizas. Cuando quiso alejarse y escribir como cualquier otro ya no era nadie. Su única esperanza era la muerte que aguardaba con impaciencia, como el tigre moribundo que en pleno desierto solo espera que el buitre hambriento acabe de una vez con el suplicio. Así era y así se sentía, porque había apostado todas sus fichas a la escritura, todas las fuerzas y el tiempo que disponía, para que, en

ese momento, enfermo y desolado en el sanatorio de Grimmenstein, se sintiera fulminado y acabado como ser humano.

Había dejado de lado su vida, sus sueños. Si en el fondo no se casó con Felice había sido por la escritura; si dejó de lado a su padre, fue por la escritura. Sería feliz, dichoso. Y si no fuera por la vil servidumbre con que se obsesionaba cuando escribía, quizás no hubiera descuidado su salud. No sería un enfermo al que todo mundo compadecía. Sería un individuo común, con intereses comunes y sin demonios que llegaran a atormentarlo en forma de historias todos los días.

Solo en su habitación Kafka pensaba en ello, en que todo cuanto había hecho no había valido la pena, cuando unos golpes secos en la puerta lo distrajerón. Era el anciano que parecía tener más edad que el mismo edificio del sanatorio y que además poseía el don de la omnipresencia. Si se encontraba almorzando en el comedor, lo veía; si iba a uno de los jardines a entretenerse con la lectura, se topaba con él; cuando iba a la biblioteca a buscar algún texto, tenía que mirar cómo rondaba por allí haciéndose el tonto. Y no contento con ello se atrevía a profanar su habitación. No, el tipo no tenía nada que hacer, estaba claro. Cuando le abrió la puerta, el anciano lo saludó con una larga reverencia antes de hablarle:

—Doctor Kafka, sé que es un maravilloso escritor, pero tengo curiosidad de saber algo, dígame: ¿Qué es para usted la escritura?

Siempre le hacían la misma pregunta. En un acto cualquiera, una reunión con amigos o una cena, en todos lados la recurrente inquietud estaba presente, como las pulgas en un perro. Debería disponer de una misma respuesta para evitar pensar en algo distinto cada vez, pero no la tenía. Sí, pensó que sería una buena idea, lo haría y lo anotaría en su diario, pero entonces, al mirar los profundos surcos en el rostro del administrador y ver en el iris de sus ojos el brillo que se aloja cuando se hace una inquietud con sinceridad, le dijo:

—Para mí escribir es lo más importante del mundo, como la locura lo es para un loco o un embarazo para una mujer.

Capítulo XIV

El filo del cuchillo penetraba la piel del pescado apenas con una caricia. Las manos de la mujer separaban las escamas del bajo vientre sin reparar en la sangre que brotaba a chorros de las branquias. Luego cercenaba la cabeza de un solo tajo, cortaba el pescado en filetes y acomodaba los pedazos en una bandeja ya listos para hervir en el fogón.

¿Cuánto tiempo llevaba así, en ese proceso frenético y compulsivo, donde un segundo de desconcentración se debía traducir en una profunda herida que tardaría mucho en sanar? Kafka, desde una esquina de la cocina, la observaba. Admiraba el modo magistral con que manejaba el cuchillo, como si no fuera un instrumento sino un animal dócil y adiestrado. En aquella rutina, cruenta y sistemática, no había espacio para la misericordia. De pronto, ella levantó la vista y lo miró. El cuchillo se deslizó hacia el dorso de la mano derecha que tenía acomodado en el tablón y le cortó ligeramente cerca de la uña del pulgar. Todo pasó muy rápido. Entonces Kafka se acercó, agarró la mano de la mujer y apretó la herida con un pañuelo blanco que cargaba en la camisa.

—Discúlpeme, creo que la distraje.

Ella se sonrojó. El pañuelo se empapó de sangre cuando Kafka cogió sus manos y las entrelazó con las de él. Le dijo que se llamaba Dora Diamant y que no la distrajo, sino que había actuado con torpeza. Y

sonrió. Creyó conocerla de antes, como si un azar del destino los juntara de nuevo por algo extraño y absurdo que entonces no era posible descifrar. Ahuyentó esa idea de su cabeza como quien aleja un moscardón y la miró de nuevo fijamente, con la curiosidad de un entomólogo. Era más baja que él, le llegaba casi a la altura de los hombros. Tenía los ojos marrones, alegres, y brillaban cuando hablaba; el cabello azabache lo llevaba suelto hacia delante y le cubría los senos, mientras que su sonrisa, enmarcada en un rostro pálido y terso, parecía resplandecer cuando Kafka se presentó.

—Doctor, he leído sus libros. Perdóneme usted, no lo reconocí.

Entonces llamaron a la puerta y alguien gritó que ya era hora de llevar el pescado a los comensales. Kafka sonrió y le dijo:

—¡Unas manos tan delicadas y tiene usted que hacer un trabajo tan sangriento!

Dora terminó de acomodar el pescado en una bandeja y él se apresuró en ayudarle a servir. Ella le dijo que no lo hiciera, que ya llevaría lo que hiciera falta, pero no le escuchó. Cuando salió, Kafka escuchó cómo varios invitados se sorprendían al verlo en la faceta de mozo y le dieron propinas que prefirió rechazar.

Era verano de 1923, un hermoso verano en el campamento de vacaciones del Hogar del Pueblo Judío de Berlín en Müritz. La gente reía y festejaba, porque la cena ya estaba servida.

Hacía tiempo que prefería escuchar los consejos del sentido común en lugar de las diatribas médicas. Durante dos años deambuló por sanatorios de Praga, Viena y Berlín, sin lograr que su salud mejorara. Doctores, investigadores y supuestos expertos en tuberculosis lo auscultaban, chequeaban y le miraban los pulmones para repetirle siempre lo mismo, lo que ya sabía. No hacía falta ser un experto para conocer las consecuencias del mal que lo aquejaba y que lo consumía de a poco, como un pedazo de hielo expuesto al sol. Necesitaba respuestas para calmar la tos, evitar las hemorragias y parar las fiebres eternas que lo mataban en vida.

Nadie acertaba en darle un tratamiento eficaz, pese a que hacia mediados de 1923 el diagnóstico era claro: la laringe estaba próxima

a presentar un proceso tuberculoso desintegrador y eso incluiría una parte de la epiglotis. En palabras simples y comunes aquello significaba que de a poco ingerir líquidos fuera un suplicio, la tos se hiciera más intensa, perdiera la voz, tuviera problemas para respirar y cayera postrado en cama para no levantarse nunca más.

La visita a los sanatorios como el de Grimmenstein solo empeoraron su salud, pues el frío imperaba en casi toda época del año y sentía que hasta sus huesos se congelaban. Por eso decidió hacerle caso al sentido común y buscar lugares cálidos. Al diablo los expertos con sus juicios que no podrían sanar ni a una gallina, pensó cuando decidió ir al lago de Müritz, cerca de Stettin, a unos 150 kilómetros de Berlín. Aquel balneario conservaba intacta la belleza de cuando lo conoció por primera vez. Entonces era un niño; jugaba con Hermann, Julie y sus hermanas en una época en que todo parecía envuelto en una tenue burbuja de cristal. Volver allí era especial. Quizás, próximo a su muerte, Kafka quería contagiarse de la felicidad que un día tuvo y que fue tan fugaz como agua entre las manos. Sin embargo, pensó que no era tan buena idea, porque siempre se respira un aire siniestro cuando el ser humano regresa a los lugares donde fue dichoso alguna vez.

Durante ese tiempo, los dos años de las idas y vueltas recluido en sanatorios, no abandonó la escritura. La literatura era su tabla de salvación en medio de la vorágine absurda y demencial que era la vida. Su novela *El castillo*, a la que le había dedicado años de trabajo, sería su mejor obra y solo quería disponer de tiempo y fuerzas para terminarla. Escribir también era su condena, los médicos le habían dicho que ya no lo hiciera, que lo dejara de una vez, pero no podía. ¿Puede acaso un pez dejar el océano y seguir vivo? Nadie entendía que decirle que no escribiera era como prohibirles a las aves que volaran o al fuego que ya no quemara. Se moriría, se extinguiría, ya no sería nada.

En Grimmenstein un médico se esforzó por comprenderlo y le dijo que escribir debería ser un acto liberador, no tenía por qué ser un tormento. Kafka no sabía lo que le quería decir, porque a las puertas de la muerte pensaba que entregarse a la literatura exigía descender hacia fuerzas oscuras, despertar el lado siniestro de Dios y despojarse de todo, de sí mismo incluso, para contar historias que flagelaran el alma humana. Quizás haya otra forma de escribir, pero Kafka solo conocía esa, aquella en la que tenía la extraña sensación de servir al demonio,

pues debía liberar la naturaleza de espíritus encadenados y construir en la ficción infiernos y paraísos tan efímeros como un parpadeo.

Su estancia en el balneario de Müritz fue tranquila y reparadora. Por primera vez en mucho tiempo respiraba aliviado cuando amanecía. Aunque la tos no lo abandonaba, se sentía contento porque las hemorragias eran intermitentes y las fiebres estaban controladas por la medicación.

Müritz ofrecía una impresionante vista del Mar Báltico. El lago resplandecía de un azul diáfano y rodeaba al campamento de vacaciones del Hogar del Pueblo Judío de Berlín donde Kafka decidió pasar una temporada. Parecía ajena a los ruidos del ajetreo y el bullicio del pueblo. La arena era blanca como no la había visto nunca, las gaviotas dibujaban sus siluetas en el cielo, los peces saltaban como para ser fotografiados por los turistas, mientras que en el horizonte pequeñas embarcaciones parecían ser engullidas por el sol que caía al atardecer.

Y ahí, en ese lugar, el viernes 13 de julio de 1923, Kafka se encontró con Dora Diamant. O ella lo encontró a él. O quizás el destino, que es dueño del mundo, los juntó a los dos. Era difícil saberlo; el azar y la magia persiguen muchos caminos. Lo cierto es que Kafka se puso muy feliz de verla. Al día siguiente, apenas amaneció, ambos dieron un paseo por la playa. Ella le dijo que había nacido en Pabianice, un pequeño pueblo del centro de Polonia, trabajaba como voluntaria en el Hogar del Pueblo Judío, simpatizaba con el comunismo y le gustaba el bacalao con arándanos. Mientras le contaba sobre su familia, se miró la herida que se hizo la víspera y Kafka le comentó que no se preocupara, que había sido apenas superficial y sanaría en poco tiempo.

La conocía de antes. Sí, ya lo sabía apenas la vio, pero su recuerdo aún era difuso. Después de dos semanas de tratarla, de paseos, de risas cómplices, cenas y cotilleos recién cayó en cuenta de dónde. Era medianoche y se levantó porque tenía un agudo dolor en el pecho que le daba problemas para respirar. Había visto su rostro de fina silueta, su bella sonrisa, su cuerpo perfecto deslizándose entre sus manos, pero solo era una vaga idea que culebreaba en su memoria en busca de una conexión. Y entonces, al mirar por la ventana de su habitación el

lago de Müritz, callado y sereno, la epifanía le cayó de golpe, como la manzana en la cabeza de Newton.

¡Dora Diamant! Ella era la mujer a la que había salvado de las aguas corrientosas del Moldava la noche en que salió con Max en busca de prostitutas. Habían pasado ocho años de eso. Recordó que no era ninguna suicida, porque no saltó adrede, sino que la echaron desde una carroza. ¿Qué había hecho y quiénes la arrojaron de ese modo con la evidente pretensión de asesinarla? Cada duda resuelta le traía consigo otras más. Se lo preguntaría sin ambages al día siguiente, sin falta. Quería conocer la verdad, sobre todo entonces, cuando le parecía que se volvía a enamorar por última vez.

Ni en el desayuno ni en el almuerzo Dora apareció por la cocina. Cuando caía la tarde, él la fue a buscar a su habitación y la encontró doblada del dolor por un profundo cólico menstrual que le impedía levantarse. Los hombres no lo sentían y eran benditos por ello, le dijo. Kafka reía, porque hubiera cambiado con gusto uno solo de sus padecimientos por aquellas molestias pasajeras que en la mujer se presentaban cada mes. Luego le preguntó si recordaba el día en que se conocieron y ella le dijo que no. Entonces le contó con detalles la forma en que saltó aquella noche fría de octubre de 1915 para salvarla de las corrientes impetuosas del Moldava. Ella abrió tanto los ojos para reconocerlo, con ese gesto tan típico en que el ser humano pasa de la duda a la certeza en un segundo, y se lanzó a sus brazos para darle las gracias de nuevo.

—Hubiera muerto esa noche. Le debo mi vida.

—No me debes nada, Dora. Solo dime qué pasó. ¿Quiénes eran los que te querían matar y por qué huías?

Ella le contó que el camino al infierno debía encontrarse plagado de buenas intenciones y que el ser humano necesitaba tener la convicción de que el mundo podía ser distinto. Solo las acciones comprometidas repercutían en una mejor sociedad. El comunismo era la única manera para cambiar una realidad con la que nadie estaba conforme. Dora militaba en ese partido desde los quince años y entonces, cuando la salvó, huía de agentes alemanes. Él la escuchaba con atención. Al final, solo le dijo que se recuperara y que ya hablarían mañana. A Kafka no le gustaba la política, no porque le temiera al compromiso social, sino

porque le parecía inexplicable que alguien se aferrara a una idea de forma tan obsesiva hasta el punto de matar a otro ser humano.

Mientras llegaba a su habitación, que quedaba en un piso inferior, pensó que la mujer más hermosa que había visto nunca debía tener un defecto. ¿Se estaba enamorando acaso como para obviar una situación semejante? Sí, pero no le importaba si Dora era comunista, capitalista o motociclista, en el fondo le daba igual. Ella reunía todo lo que buscaba en una mujer y lo único que lamentaba era no haberla conocido antes. Por eso, la gran duda que asomaba en el horizonte de su cabeza y que se caía de madura era tan sencilla: ¿Le correspondería? Ella sentiría pena por él al verlo prácticamente moribundo y le diría, de forma educada y punzante a la vez, que lo primero sería pensar en su salud, que se recuperara y que después ya verían qué sucedería.

La tuberculosis, dueña y señora de su vida, ya no le daría una última oportunidad para amar. Dora era tan joven y bella como para pensar en un amorío con un tipo pobre y desdichado que pudiera amanecer muerto al día siguiente. ¿O podría rebelarse contra su propio destino, forzarlo incluso, para ser feliz? Pensaba en ello; la vacilación lo carcomía por dentro cuando empezó a toser y a sentir de nuevo un profundo dolor en el pecho. Por eso, y como para ahuyentarlo, sacó la máquina de escribir del armario, se sentó en el escritorio y empezó a teclear:

Cuando K despertó creyó que apenas había dormido; el cuarto seguía desierto y cálido igual que antes. La oscuridad envolvía todas las paredes, la bombita única, encima de las espitas de cerveza, estaba apagada y la noche surgía delante de las ventanas. Pero cuando se estiró y cayó al suelo el almohadón, y crujieron las tablas y los barriles, supo recién entonces que la noche había caído de nuevo, y que él había dormido mucho más de doce horas...

En ese momento unos golpes en la puerta le interrumpieron la escritura de *El castillo*. Hubiera preferido no abrir, porque le costaba horrores concentrarse de nuevo. ¿Y después de todo quién sería a esa hora? Quiso seguir escribiendo, construir y reconstruir el mundo de K y sus peripecias, cuando volvieron a tocar. Se levantó a abrir de mala gana, mientras pensaba que Dante Alighieri debió destinar un espacio en el último círculo del infierno para quienes interrumpían a un escritor en pleno proceso creativo.

Abrió la puerta y vio a Dora que lo aguardaba impaciente. Kafka se sorprendió tanto que no atinó a decir nada, pero tampoco era momento para preguntas tontas y predecibles. Ella se alisó el cabello con ambas manos, se recostó junto a su pecho, se puso de puntillas, le dio un beso en los labios y le dijo:

—La respuesta es sí para todo lo que estás pensando.

A ella no le importó el cólico ni a Kafka el dolor en el pecho. Pensó que Max diría que todo lo kafkiano con final feliz también le pasaba a él. Y sonrió.

Fue la primera noche que durmieron abrazados.

Él sería el mozo y ella la cocinera. El restaurante lo ubicarían en el centro de Jerusalén; brindarían comida vegetariana, pastas, ensaladas y comida típica judía en fechas especiales. Habría un único reloj que, situado en el centro del local, marcaría eternamente las cinco menos cuarto, porque era la hora en que se habían conocido. Abrirían temprano, antes del amanecer, para brindar un cálido servicio a los obreros que marcharían presurosos a cumplir su jornada laboral. Pintarían la fachada de rojo anaranjado, porque era el color del atardecer que los enamoraba todos los días. Ya llegada la noche, después de despachar al último comensal, cerrarían el local y beberían cerveza en el mini bar hasta embriagarse con el único propósito de caminar borrachos por las calles de la ciudad santa. Por las noches leerían sus libros favoritos y él escribiría todo cuanto quisiera. No necesitarían nada más para ser felices.

Había anochecido muy rápido. Estaban en la playa de Müritz. El lago permanecía en silencio, quieto y tranquilo, como un precioso animal en reposo. Kafka se encontraba recostado en el regazo de Dora, mientras le contaba sus sueños de una vida juntos. No había pasado ni un mes de haberse conocido y ya armaban planes así. La primera vez que Kafka le compartía sus ideas sobre su futura estancia en Palestina, ella sonreía de forma condescendiente ante la ocurrencia. Luego, ante el deseo recurrente, lo miraba como se mira al reo que, en una cárcel de máxima seguridad, se ilusiona con la libertad o al pordiosero que, acuciado por el hambre, fantasea con todo lo que haría con un millón de dólares.

Dora nunca le dijo que no y por eso Kafka observó cómo se sorprendió cuando llegó a visitarlo Hugo Bergmann, profesor de la Universidad Hebrea, para ofrecerle que lo acompañara a Jerusalén, ciudad en la que le tenía listo ya un piso. Un estudio hecho por varios expertos en Palestina concluía que en esa ciudad los enfermos de tuberculosis mejoraban debido al clima tórrido y seco de la zona. No era ni una anécdota ni un deseo aislado, Bergmann lo esperaba pronto, en octubre, para empezar su recuperación y un proyecto literario. Y por supuesto que Dora, le dijo, estaba invitada. Antes debían pasar por Berlín para hacer escala. Kafka no quería visitar Praga, porque todo le recordaba a su padre y la sola idea de encontrarse con él le repugnaba. En Alemania ella arreglaría todo lo concerniente a esta decisión con algunos familiares y él citaría allí a Max y a Otlá para ordenar varios asuntos pendientes, en especial lo relacionado con sus magras finanzas.

El último día en Müritz, Kafka la invitó a nadar. No lo había hecho en mucho tiempo por la fatiga, la tos acuciante y el dolor constante en el pecho, pero entonces sintió que sus achaques le volvían a dar una tregua. En el agua se sentía libre, con alas, como cuando era un adolescente y nada le dolía. De nuevo el cuerpo de ella se deslizaba entre sus brazos, como hacía ocho años en el Moldava; de nuevo la veía reír en un instante pleno de felicidad tan efímero como el aleteo de un colibrí.

¿Valía la pena transitar el sendero de una vida de dolor y tristeza solo por una experiencia dichosa en la que la fugacidad reñía con lo perenne y, derrotada, alojaba ese momento en un rincón de la memoria?

Kafka preparaba la respuesta en su interior, porque sentía que todo lo trascendente que en verdad le ocurría debía cocerse primero en el teatro de su imaginación. Afuera, el sol del verano hacía resplandecer su cuerpo, decenas de peces saltaban a su alrededor y el calor del ambiente se amalgamaba con el frío del agua. Pensaba en ello cuando sintió que Dora le daba un beso, prolongado y voraz como el de los amantes primerizos. Entonces las palabras de ella, las primeras que le dijo la noche en que hicieron el amor por primera vez, le retumbaron como un eco consolador: “La respuesta es sí para todo lo que estás pensando”. Y a partir de allí tuvo la convicción que ya no había nada que indagar.

Sí, todo valdría la pena. Posiblemente no tendría fuerzas para llegar a Jerusalén, tal vez ni siquiera llegara a pisar territorio alemán

al día siguiente y, lo que era peor, quizás dejara inconclusa su nueva novela. Sí, pero todo podía aguardar un poco más porque la esperanza aún le latía por dentro.

Mañana, mañana a primera hora llegaría a Berlín.

Amanecía en la estación de Müritz. Dora llegó retrasada y farfulló una excusa que Kafka no pudo entender. Cuando empezó a hablarle notó enseguida un tono en su voz marcado por la preocupación y el dolor. Mientras los pasajeros iban y venían en el día incipiente, le dijo algo que no se esperaba. Las malas noticias siempre se comunican sin rodeos; por eso admiraba a los médicos y policías que no se iban con ningún tipo de miramientos. Dora, en cambio, necesitó casi media hora para comunicarle que no podría ir a Berlín con él, no lo podría acompañar en ese momento, pero lo alcanzaría en breve, pronto, solo debía darle un par de días para solucionar todo lo concerniente a su labor de voluntariado en el Campamento del Hogar del Pueblo Judío. ¿Era la clase de mentiras que un padre le dice a su hijo cuando se marcha de casa para irse a vivir con su amante y no va a regresar nunca más? Kafka así lo sentía. Y aunque le dijo que todo iba a estar bien y que no se preocupara, solo para no verla llorar ni ser testigo de una patética escena en la estación, sabía que quizás no la volvería a ver. Cuando se subió al tren, aquel 6 de agosto de 1923, pensó que Max tenía razón en muchas cosas, como entonces en que la vida lo volvía a dejar triste, complicado y roto por dentro.

Kafka llegó a su destino hacia media mañana. Le costó encontrar la salida en medio de un intenso barullo que se formó en la estación debido a la algarabía de las familias que se reencontraban, los trabajadores que avanzaban, los oficinistas que llegaban. Avanzó solo, arrastrando una pesada maleta entre el gentío mientras sentía que la garganta le quemaba producto de la tos, odiosa y persistente, que lo acompañó durante todo el trayecto. Cuando quiso hablarle a un cochero para que lo trasladara a un hotel cercano, la voz no le salía y le tuvo que escribir la indicación para que lo pudiera entender. Ya en el hotel, la afonía fue total. Trató de ahuyentar la imagen de Dora que en forma de recuerdo se le representaba acostada junto a él en medio de la arena blanca del lago de Müritz.

Todo era culpa de la literatura, pensaba. Cada vez que intentaba ser feliz, incluso cuando sabía que se encontraba en el epílogo de su vida, algo jugaba en su contra hasta el punto de detenerlo y desbaratar todos sus planes. Por eso retomó la escritura de *El castillo*. K, el protagonista de la novela, buscaba en vano la forma de resolver misterios y luchaba contra fuerzas ocultas; sentía que todos en el pueblo lo conocían, lo acechaban y que, en el fondo, solo buscaban una distracción, un desliz apenas, para acabar con él:

K. escuchó. Así que el castillo le había nombrado agrimensor. Eso era por una parte desfavorable, pues mostraba que el castillo sabía todo lo necesario acerca de él, que había equilibrado las fuerzas y que emprendía la lucha sonriendo.

Kafka permaneció en Berlín apenas una semana. Los ataques de tos se volvieron tan virulentos por las noches que mutaron rápidamente en frecuentes hemorragias y por primera vez tuvo miedo de morir. ¿Había alguien en este mundo que no tuviera temor a partir hacia la noche perpetua que se avizoraba con la muerte? Quizás los locos y aquellos que creen haber cumplido con la misión encomendada, pero él no había sido poseído aún por la locura ni tenía ninguna misión, así que esa noche lo invadió un miedo atroz, como el que no había sentido nunca, por su destino inexorable. Por esta razón, y también por la perspectiva de que su cadáver amaneciera tirado en una plaza pública alemana sin que nadie fuera capaz de reconocerlo, decidió volver a Praga.

La víspera le mandó un telegrama a Julie, su madre, pidiéndole que lo esperara a la hora del almuerzo. Contra toda lógica y desafiando sus deseos iniciales, se hospedó en casa de sus padres. Quería reconciliarse con ambos. En nombre de la perspectiva de la muerte se deben cometer estupideces de todo tipo, pensaba.

Cuando llegó a Praga y vio a su madre en la estación casi lloró de la alegría. La encontró más menudita; con el pelo largo y canoso, como un gran velo plateado. En cambio, él divisó en los ojos de ella la pena por verlo en un estado casi cadavérico, pues era un gigante de un metro ochenta y dos con apenas cincuenta y cuatro kilos de peso. Julie lo abrazó y Hermann, que iba más atrás, solo atinó a pasarle una mano por encima del hombro. Cuando llegaron a la casa, su padre insistió

en que se diera prisa en entrar, como si fuera Gregor Samsa luego de la transformación y tratara de evitar que todos en el pueblo se dieran cuenta de que se había convertido en un monstruoso insecto.

El regreso a su cuarto de la niñez le produjo una sensación de nostalgia. Si hubiera un espejo, un pasaje secreto que le permitiera regresar treinta años en el tiempo, disfrutaría de nuevo un día dichoso, cualquier día de sus once años junto a sus padres y hermanas, y luego se encerraría en su habitación y se ataría una soga en el cuello para no vivir todo lo que vino después.

Julie lo llamó a almorzar, pero no podía tragar nada y apenas se conformó con beber a sorbos un vaso de leche. De nuevo volvió a sentir como si alguien le hubiera atravesado una lanza en la garganta y algo por dentro se quebrara en mil pedacitos. Aun así, se dio modos para escribirle una larguísima carta a Dora para decirle que había tenido que marcharse a Praga y que estaba bien en la casa de sus padres. Mientras su madre se apresuraba en buscar a un doctor, Kafka sabía de antemano lo que iba a escuchar: la laringe, la maldita laringe, seguro que ya presentaba un proceso tuberculoso desintegrador. Por eso no podía digerir nada y apenas podía hablar con un hilo de voz. Hermann, sentado frente a él, le reprochaba su irresponsabilidad en el cuidado de su salud. Kafka prefirió no escucharlo y activó el piloto automático de su mundo inconsciente al cual estaba acostumbrado.

Su padre movía ambas manos para evidenciar mayor convicción y en el momento de más euforia lo apuntaba con el dedo: daba risa verlo así. Entonces le pidió a una empleada una pluma con una hoja en blanco. Y ahí, en presencia de Hermann, como si fuera un pintor que dibujaba un retrato, alzando la vista y volviendo la mirada al papel, continuó la escritura de su novela:

...a K. le pareció como si se hubiera roto toda relación con él y ahora fuera, evidentemente, más libre que nunca y pudiera aguardar allí, en aquel lugar que normalmente le estaba prohibido, tanto como quisiera, y que había conquistado esa libertad luchando como ningún otro hubiera podido hacer, y nadie podía tocarlo ni echarlo, ni apenas dirigirle la palabra, pero —y ese convencimiento era por lo menos igualmente fuerte— como si al mismo tiempo no hubiera nada más insensato, nada más desesperado que aquella libertad, aquella espera, aquella invulnerabilidad.

Las últimas semanas de agosto y las primeras de septiembre de 1923 las pasó en Schelesen junto a Ottla. Su hermana estaba convencida de que un clima más benigno que el de Praga y una mejor medicación lo ayudarían a recobrar de a poco su salud. Y así fue durante unos días. Sin embargo, cuando Max lo fue a visitar y volvió al dilema de cuáles obras debían conservarse y cuáles destruirse, su estado empeoró. Kafka nunca vio más enojada a su hermana que el día en que se encaró con su mejor amigo:

—Lárgate, Max. ¿Acaso no ves que la literatura, toda esa basura, es lo que tiene enfermo a mi hermano?

Quizás era cierto, pensaba, porque las hemorragias se hicieron más presentes y la tos no lo dejaba en paz ni cuando se acostaba a descansar por las noches. Cuando volvió a Praga en busca de una nueva cita con un doctor, su madre le entregó una carta.

—Te llegó esto, hijo mío. Es una de una tal Dora Diamant.

Kafka le dio un beso a Julie en ambas mejillas por ser portadora de buenas noticias. Ella debió alegrarse porque después de mucho tiempo veía iluminarse el rostro de su hijo con una sonrisa. Luego ingresó trastabillando hasta su habitación y ahí, en la soledad de un mundo que nadie más que él podía entender, leyó que Dora lo esperaba en Berlín para empezar un nuevo camino juntos. ¡Qué felicidad! La vida le volvía a sonreír. Le escribió un telegrama que despacharía lo más pronto y en que le decía que en dos días estaría ahí. Viajar en su estado era una locura y nadie lo iba a apoyar en su tentativa de marcharse. Por eso, dos días después, esperó hasta que la casa estuviera vacía, agarró un bolso de mano y se dirigió a la estación deprisa, mirando a todos lados de forma sigilosa, como un ladrón que huye de la policía. En el trayecto le agarró un terrible dolor que parecía romperle el pecho. Lo movía solo la esperanza de reencontrarse con su amada, pues el fin estaba muy cerca, lo sabía. Sin embargo, la derrota aún tendría que esperar y la muerte debía llenarse de paciencia, porque sentía que aún le faltaba una última aventura que vivir y una última historia que contar.

Capítulo XV

La hiperinflación alemana de inicios de otoño de 1923 lo obligaba a mudarse a sitios donde la miseria reinaba y el hambre tocaba a su puerta de forma recurrente. El caos imperaba en las calles y la gente, movida por sus instintos de supervivencia más primitivos, salía a buscar algo de comida a toda costa: saqueaban tiendas, desvalijaban camiones, irrumpían en las fábricas y robaban las cajas fuertes de los bancos. En septiembre de 1923, en una panadería del barrio de Steglitz, a Kafka le dijeron que una barra de pan costaba 69 mil marcos, el equivalente a doscientos dólares. ¡Una barbaridad! Un mes después, en la misma tienda, le informaron que esa barra se adquiriría en 4 mil millones. A esas alturas, un millón de marcos valía apenas un dólar. Los productos de primera necesidad subían de forma vertiginosa ante el asombro de todos. Y nadie, nadie en toda Alemania, atinaba a explicar qué demonios estaba sucediendo.

Kafka se encontraba acodado en el balcón de la casa que Dora había alquilado para los dos en el barrio de Steglitz. La Navidad se aproximaba. Él hablaba del modo en que el caos los acorralaba mientras veía cómo unos gorriones se acomodaban sobre las flores y que, ajenos a toda la histórica crisis económica alemana de entonces, merodeaban por el jardín. Luego de un rato se detuvo a pensar en lo evidente, en aquello que la descarnada realidad se encargaba de enrostrarle todos los días: viajar a Berlín no había sido una buena idea.

No fue una decisión brillante y él sabía que todas y cada una de las razones se circunscribían en pocas palabras. Debido a la forma en que terminó la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, a la suscripción del Tratado de Versalles, en 1919, Alemania fue condenada a pagar cantidades impresionantes a las Potencias de la Entente. Gran Bretaña y Francia le exigían el cumplimiento del acuerdo. Como la producción se encontraba paralizada, las arcas germanas estaban vacías y el clamor de miles de personas en las calles por el hambre era acuciante, se empezaron a imprimir marcos con la rapidez con la que estallaban las palomitas de maíz en una feria de pueblo. Todo aquel dinero, millones de millones, sostenido apenas por el aire, no tenía el respaldo de producción, bienes ni riquezas de algún tipo, fue impreso y lanzado a las calles de forma irresponsable, como una aparente solución que solo sirvió para aliviar las carencias apenas por unos días. Y luego, el harakiri a la economía alemana ya era un hecho. ¿Quiénes habían propiciado toda esta situación y ganaban con la miseria ajena? ¿Acaso no eran los terratenientes y grandes industriales que, endeudados hasta el cuello, forzaron al gobierno a que el marco perdiera valor y, aprovechándose de las circunstancias, refinanciaron sus deudas con el precio de una moneda que ya era una broma para todo el mundo?

La plata ya no valía nada. Como si fuera un acto circense, la gente tenía que andar con carrozas llenas de billetes en tiendas, restaurantes y negocios de todo tipo para hacer absurdas transacciones con un dinero que debía pesarse en lugar de contarse. Aquello repercutía por doquier; adquirir el periódico era una utopía: en septiembre, un ejemplar costaba 100.000 marcos, el equivalente a 250 dólares y en diciembre 150 millones. La crisis golpeaba a todos, en especial al sector inmobiliario. Kafka, por ejemplo, empezó a pagar diez mil marcos por la casa que alquilaba. En octubre de 1923 ese valor se incrementó a cuatro millones mensuales y para noviembre el precio del alquiler ya alcanzaba el medio billón.

Hacia fines de 1923, Dora y Kafka sentían cómo el hambre los arrinconaba. Ya no tenían electricidad y a él se le estaban agotando las medicinas. El invierno había empezado con fuerza. Al frío inmisericorde se debía sumar el modo en que en las calles se vivía una profunda incertidumbre. Las mil coronas checas, producto de su jubilación anticipada en el Instituto de Seguros de Accidentes de los Trabajadores del

Reino de Bohemia, se traducían en una habitación repleta de dinero. Lo que en otros tiempos hubiera significado una vida de lujo y confort, entonces se convertía en un espectáculo desesperanzador, porque sabían que toda esa montaña de billetes solo alcanzaría para pasar unos cuantos días.

Para sobrevivir debían comer de forma frugal y atener, en definitiva, toda clase de hábitos espartanos. Los días se encontraban marcados por el caos y la desesperación. Mientras eso sucedía, la salud de Kafka empeoraba tanto que sentía que su cuerpo se convertía en una coladera y todo su ser se resquebrajaba como una hoja seca que cae en otoño. Dora ayudaba en lo que podía; se había conseguido un empleo de medio tiempo como costurera en la casa de un sastre y era llamada con frecuencia, pero lo que ganaba tampoco aliviaba las deudas.

Kafka pensaba en terminar su novela *El proceso* para enviarla a una editorial alemana y suscribir así un contrato que lo sacara de aquella incómoda situación. El problema radicaba en que quería envolver en la ficción todo el peso de la realidad que lo acechaba a cada instante, pero fracasaba. Dora lo escuchaba sin atreverse a interrumpirlo:

—No te distraigas que voy a contarte cómo sigue la historia. El último capítulo de *El proceso* comenzará cuando Josef K. acuda a la tienda a comprar una barra de pan. Para que sea más creíble escribiré que irá a todos lados y se encontrará con que los precios suben sin control. Entonces pensará que es una broma cruel, pues descubrirá que no tienen intención de capturarlo, sino de dejar que sienta una profunda ansiedad hasta matarlo de hambre. Y por primera vez la idea del suicidio rondará su cabeza. El episodio es bueno, porque se inserta en el contexto de la historia, pero no es verosímil. Es algo increíble, nadie lo creería y yo tampoco, aunque todo es verdad. ¿Cómo contarlo, Dora? ¡Dime, por favor! Lo he estado pensando. ¿Y sabes cuál es el problema? Que es demasiado real para ser cierto.

Frente a aquella caótica realidad, las opciones eran que volviera a Praga o que se recluyera en un sanatorio, pero ambos caminos lo alejaban de Dora. Por eso Kafka permanecía aferrado a Berlín como un niño recién nacido al pecho de su madre. Cuando ella le propuso que volviera a casa de sus padres durante el invierno, él se enojó y dejó de hablarle durante un tiempo. Luego le advirtió que no insistiera con algo semejante y zanjó la discusión diciéndole:

—Irme de Praga, ha sido, aunque muy tarde, el gran logro sin el cual no tendría el derecho a morir.

Pese a las carencias y a los estragos de la enfermedad, decidió que lo mejor sería recordar los motivos de su estancia en Berlín. ¿Acaso no quería vivir su sueño de independencia junto a la mujer que amaba en una ciudad que fomentaba la cultura y que lo respetaba como escritor? La crisis no iba a durar para siempre, lo sabía. Mientras pasaba la época de las vacas flacas no se amargaría por algo que le era imposible cambiar. Así que a fines de año comenzó a disfrutar con Dora como no lo había hecho nunca.

Kafka se daba modos para disfrutar lo que siempre consideró pequeños placeres de la vida terrenal, aunque los dolores en la garganta se habían incrementado, la tos lo agobiaba sin darle ninguna tregua y casi no podía hablar. Hacia esa época retomó las largas caminatas por el parque de Steglitz, se entretenía diferenciando las tonalidades de las hojas de los árboles y miraba a los gansos pasear sin que los distrajera nada a su alrededor. Además, cuando tenía fuerzas, recorría algunas librerías y disfrutaba de obras de teatro. Por las tardes comía sopa de fréjoles y jugo de arándanos, que era lo único que no escaseaba, y hablaba con Dora de sus vidas de niños, sus libros favoritos y de la eterna discusión acerca de la existencia o no de un Dios probable. Durante las noches escribía por espacio de cuatro a seis horas; en ese lapso le pedía a ella que estuviera a su lado de forma silenciosa, que no lo abandonara en la lucha constante y hermosa en la que residía su único destino en este mundo: la servidumbre ciega a la diosa de la literatura.

Las semanas pasaban de forma lenta. Y pese a todo, pese a que buscaba siempre el lado bueno a las circunstancias más adversas, no podía encontrar la regularidad que tanto anhelaba debido a los cambios de domicilio. Las mudanzas constantes lo ponían de mal humor. De tener que disfrutar de un espacio confortable con vista a un hermoso jardín, habían pasado a vivir en un departamento con una sola habitación casi tan pequeña como un armario en el barrio berlinés de Zehlendorf. La crisis no le permitía pensar con claridad, sobre todo porque el dinero para comprar los remedios que aliviaban su tos, que se intensificaba por las noches, prefería guardarlo para conseguir el desayuno del día siguiente. Sin embargo, procuraba tener calma en su

corazón para que no lo arrastrara la vorágine del pesimismo que había llevado a miles de alemanes al suicidio. Aunque el tiempo pasara sabía que debía mantener la juventud de su espíritu intacta, porque *quien mantiene la capacidad de ver lo bello, nunca envejece*.

Hacia mediados de febrero de 1924 cayó otra vez en cama. Esta vez fueron las fiebres intensas que sobrepasaban los 38 grados las que se ensañaron con él y no lo dejaban en paz. Una noche parecía que convulsionaba y Dora tuvo que salir en busca de un médico que vivía en el vecindario. Le dijo la verdad, que no podía pagarle, pero que le ayudara, que ya le cancelaría sus honorarios después. Al día siguiente, Kafka le escribió una carta a Max en la que daba cuenta de sus preocupaciones:

No es nada particular; tengo temperaturas semejantes a menudo, sin otras secuelas... todo es un obstáculo serio para la libertad de movimiento y por encima de mi cama veo pasar volando las parpadeantes cifras de las cuentas del médico.

El ritmo habitual, la cotidianidad que a fuerza de sobresaltos habían empezado a construir, se empezó a derrumbar el 4 de marzo de 1924. Era el cumpleaños 26 de Dora. Kafka no encontró mejor fecha que esa para proponerle matrimonio. Ella parecía escucharlo como quien sale de un sueño profundo y aún le cuesta reconocer la realidad. Lo miró con emoción e incredulidad. Después le dijo que sí, primero con sus ojos que brillaban como el lucero de la mañana, luego con sus labios que insinuaban una promesa de sonrisa y enseguida con un beso tan largo que lo dejó sin resuello.

Esa misma noche, el doctor Alfred Löwy, su tío, fue a visitarlo. Era un hombre sin problemas de dinero que le prometió ayudarlo de alguna forma. Sin embargo, estaba preocupado porque lo veía hacinado en una pocilga en la que no se sabría con certeza qué lo mataría primero, si el hambre o la tuberculosis. Desde entonces empezó a realizar gestiones para trasladarlo a un sanatorio en Viena. Kafka se resistía a renunciar al idilio mágico y frágil que había construido con Dora durante seis meses. Una semana después logró comprar las medicinas que necesitaba, porque sus hermanas le enviaron dinero suficiente, pero ya era tarde para muchas cosas.

Max tuvo que llegar a visitarlo unos días más tarde para decirle que la reclusión en un sanatorio debía darse de forma ineludible. Cuando su amigo le dio un montón de argumentos terminó por aceptar. Recién entonces supo que le decía adiós al último amor, porque no tendría tiempo para nada más. Ya no se despertaría a mitad de la noche sintiendo cómo Dora le pasaba pañitos de agua tibia para controlarle la fiebre, prevenir las convulsiones y evitar que muriera mientras dormía. Ya no se entretendrían en las madrugadas con el juego de las luces y las sombras en el que contaban cientos de cuentos con el movimiento de sus manos y las figuras se proyectaban en la pared gracias a la luz moribunda que irradiaba la lámpara de queroseno. Cuando terminó de hablar con Max tuvo la certeza de que un sí también significaba decirle no a otra vida y que en su caso bien podría traducirse en despedazar un sueño que le había costado tanto.

Era el lunes 17 de marzo de 1924.

El sanatorio de Wienerwald, situado en Ortmann, Austria, fue el escogido por el doctor Alfred Löwy y la familia de Kafka para encontrar el milagro de una pronta recuperación. El lugar no difería tanto del sanatorio de Grimmenstein, aunque sus paredes pintadas de beige y desprovistas de flores le daban un aire menos siniestro. Pese a los dolores intensos y a que todo diagnóstico lo etiquetaba como un moribundo, Kafka recién fue recluido ahí el sábado 5 de abril. Durante esas tres primeras semanas lejos de Dora, encerrado en la casa de sus padres en Praga, se daba tiempo para escribirle dos y hasta tres cartas diarias. Le rogaba que no llegara a visitarlo, que contuviera las irrefrenables ganas de verlo, porque aquello significaría que debía enfrentarse a la bestia que era su padre y él no quería que algo así sucediera. Por eso, cuando llegó a Wienerwald, Kafka se alegró y envió a despachar un telegrama con el carácter de urgente en el que le avisaba a Dora el lugar en que se encontraba. Ella llegó al día siguiente. Abrazar a su amada, pese a su condición, era como beber el elixir de la larga vida, un bálsamo para soportar el dolor que lo quemaba por dentro. Lo visitaba todos los días y aunque podía estar solo de dos a cuatro de la tarde se daba modos para pasar más horas con él.

La fama del sanatorio de Wienerwald no se reflejaba en una buena atención. Kafka compartía un cuarto con seis pacientes que tenían peores síntomas que los suyos. A veces, y cuando la voz le salía, conversaba con ellos: quiénes eran, qué hacían, cómo habían terminado ahí, qué esperaban conseguir. Eran buenos tipos, sin malas intenciones. Sin embargo, su delito, el único en aquella primavera sangrienta, era que la tuberculosis se ensañaba con ellos por las noches, nadie atendía sus ataques virulentos de tos y amanecían ahogados en su propia hemorragia. En tres días murieron todos.

Kafka tuvo que soportar cómo los desnudaban y los amortajaban en ataúdes de pino. Cuando Dora quiso pedir un cuarto para él solo, le dieron largas al asunto y la mandaron a decenas de oficinas solo para decirle que no tendrían habitaciones individuales disponibles sino hasta 1927. Ver que sus compañeros de cuarto caían como moscas deprimió a Kafka hasta el punto de que ya no quería tomar sus medicamentos y de a poco iba perdiendo las ganas de vivir. Por eso Dora, Max y Otlá decidieron trasladarlo a otro lado.

El sábado 19 de abril de 1924, Kafka fue llevado al sanatorio de Kierling. Era un pintoresco edificio de tres pisos que a cierta distancia parecía más un hotel de pueblo que un hogar para rescatar a tuberculosos moribundos. Rabinos, sacerdotes católicos, pastores de iglesias cristianas y un jefe religioso budista rondaban los jardines y espacios comunes para intentar dar esperanza a quienes sabían que su fin era inminente.

Mientras aquello sucedía, hacia inicios mayo llegó una terrible noticia. El padre de Dora, el rabino Herschel, respondía una carta de Kafka. Le decía de forma escueta y sencilla que no estaba de acuerdo con que su hija contrajera matrimonio con él, un tipo alejado de la religión y que vomitaba nihilismo en todos y cada uno de sus libros. Prefirieron hacer caso omiso de la misiva y continuar como si nada.

También en Kierling la insistencia de Dora por aferrarse a una esperanza ponía a los médicos incómodos con sus preguntas. Kafka veía cómo ella reclamaba respuestas que no le dieron sino hasta mediados de mayo. Entonces, el doctor Oskar Beck le dijo lo que ya ambos esperaban: la tuberculosis afectaba de forma grave e irreversible la laringe y ahora también había golpeado la epiglotis. ¿Ya no se podía operar,

realizar una intervención quirúrgica y sanar los tejidos por dentro? No, todo sería inútil, solo se podía orar e inyectar dosis de morfina para que Kafka fuera capaz de soportar los dolores que cada vez debían ser más intensos.

Durante las últimas semanas de mayo, Kafka sabía que no podría resistir mucho tiempo más. Había dejado de hablar y se comunicaba con papelitos que una enfermera había recortado. Por esos días le llegaron las galeradas de *Un artista del hambre*, el libro de cuentos que publicaría Die Schmiede. Ordenó cambiar el orden de los textos y corregía cada día como un poseso los detalles en los que confundía la realidad con la ficción. Por ejemplo, en el relato que le daba nombre al libro un ayunador profesional exhibía su don en ferias de pueblo. La gente acudía en masa a ver cómo soportaba estar sin comer y beber durante días enteros, pero después el espectáculo dejó de ser interesante y lo dejaron solo, igual que él en su agonía en el sanatorio de Kierling. De sus amigos que vinieron a verlo solo quedaban Max Brod y Robert Klopstock. Ni siquiera sus padres habían llegado. Empezaba a sentirse más solo que nunca. Por eso en el cuento dejó escrito:

Entonces se quedaba mirando al vacío, delante de sí, con ojos semicerrados, y solo de cuando en cuando bebía en un diminuto vaso un sorbito de agua para humedecerse los labios... La luz cruda no lo molestaba; en general no llegaba a dormir, pero quedar traspuesto un poco podía hacerlo con cualquier luz, a cualquier hora y hasta con la sala llena de una estrepitosa muchedumbre... ¿Acaso no era el ayuno la causa de su enflaquecimiento, tan atroz que muchos, con gran pena suya, tenían que abstenerse de frecuentar las exhibiciones por no poder sufrir su vista?

Hasta beber agua le dolía. Pesaba apenas cuarenta kilos y solo las sábanas evitaban que se vieran sus huesos que le sobresalían por todas partes. En *El artista del hambre* alguien le preguntaba al protagonista por qué no rompía el ayuno y se olvidaba de sus males de una vez por todas. Por su respuesta, Dora había dado expresas instrucciones que nadie se interesara en saber la comida favorita de Kafka ni que deseara averiguar qué quería beber, porque le tenía miedo a lo que había escrito:

—No he podido encontrar comida que me gustara. Si la hubiera encontrado, puedes creerlo, no habría hecho ningún cumplido y me habría hartado

como tú y como todos. Estas fueron sus últimas palabras, pero todavía, en sus ojos quebrados, se evidenciaba la firme convicción, aunque ya no orgullosa, de que seguiría ayunando. —¡Limpíen aquí!—ordenó el inspector, y enterraron al ayunador junto con la paja. Contra todo pronóstico Kafka había llegado a junio de 1924.

El doctor Oskar Beck trataba en vano de bloquear el nervio laríngeo superior mediante inyecciones de alcohol. El efecto era apenas paliativo y los dolores impresionantes solo los controlaban con morfina. Lo más terrible, sin embargo, era la sed. Kafka soñaba con todo tipo de bebidas: una cerveza fría, un vaso de leche, un sorbo apenas del Moldava. Sin embargo, llegó un momento en que ya no le era posible beber nada.

Luego dejó de revisar las galeradas e interrumpió la escritura de *El Castillo* cuando le dijeron que la laringe se inflamó tanto que había llegado de forma inexorable a la zona de la glotis. La muerte por asfixia era cuestión de horas. Por eso, casi al filo del mediodía del martes 3 de junio de 1924 le escribió en un papelito a su amigo Robert Klopstock que alejara a Dora con alguna mentira piadosa. No quería que el último recuerdo alojado en su memoria fuera el de su agonía.

Le faltaba un mes exacto para cumplir los 41 años y la muerte lo recibía con la promesa que pusiera fin al sufrimiento y extinguiera todo el dolor que lo desmoronaba como un castillo de naipes. Ya no tenía miedo, solo lo dominaba el nerviosismo de quien viaja por primera vez en avión y está próximo a llegar a un país desconocido. La muerte, aquella sencilla damisela amada por los suicidas y temida por los burgeses, le daba la bienvenida y él se aproximaba a sus brazos cálidos.

Dora fue enviada al correo con la excusa de que depositara una carta urgente dirigida a los padres de Kafka. Mientras tanto él se retorció del dolor y le decía a Max:

—No me abandones.

—Estoy aquí, no te abandono, amigo.

—¿No me abandonas? Pero yo sí te abandono.

En ese momento Dora volvió e ingresó a la habitación con un ramillete de flores que había arrancado en el camino. Se aproximó a su cama mientras le decía:

—Vamos, mi amor, siente su aroma, ese que te gusta tanto.

Kafka alcanzó a oler las flores y luego lo embargó un profundo sueño. Durmió y volvió a abrir los ojos sin saber cuánto tiempo había transcurrido entre una acción y otra. Las lámparas estaban encendidas. Dora y Max se encontraban a su lado, pero lo miraban extrañados, como un bicho raro. ¿Era de día o de noche, se encontraba en la ficción o en la realidad? Estaba boca arriba. Se miró las manos y no eran manos, sino las patas de un monstruoso insecto. Además, la espalda en forma de caparazón le impedía moverse y echarse a un costado. Había ocurrido la transformación, la metamorfosis. ¿Ahora sí, en verdad era Gregor Samsa? Buscó al doctor Beck con la mirada. Le quería preguntar si los insectos también padecían de tuberculosis, pero no estaba en la habitación. Luego comprobó que no se encontraban en ningún cuarto del sanatorio de Kierling, sino en la casa de su niñez, en Praga. Max le decía que no hiciera tanto ruido porque pronto vendría Hermann. Kafka se impulsó en su ala frontal y caminó por las paredes, era la misma sensación que tenía al nadar. Disfrutaba de esa libertad hasta que sintió que una piedra le impactó en un ojo. En ese momento divisó a su padre que le gritaba que se bajara de una maldita vez.

—¡Cálmate, cálmate, mi amor! A mí no me vas a dejar.

Entonces un suave torbellino lo abrigó y lo elevó hasta el techo, lejos de las piedras que Hermann seguía lanzando. En su estado consciente del mundo real alcanzó a escuchar la voz de Dora que le pedía tranquilidad y que no la abandonara. Después volvió a sentir una especie de descarga eléctrica que venía disfrazada de fuertes convulsiones. Una tos, como la que no había tenido nunca antes, pareció fulminarlo; le sobrevino en simultáneo un vómito de sangre que regó por toda la cama. En ese instante, y sin que viniera a cuento, recordó que en su diario se había dado modos de dejar constancia la forma en que vencía el bloqueo creativo y lamentó que todo se perdiera si se cumplía su última voluntad que era quemarlo todo:

Cuando empiezo a escribir después de bastante tiempo sin hacerlo, saco las palabras como del aire vacío. Si consigo una, ella es la única que está ahí y todo el trabajo vuelve a empezar desde el principio.

El doctor Beck dijo que ya era imposible detener la hemorragia. Dora trataba de sostenerle el cuerpo que se iba quedando sin fuerzas.

Después lo abrazó muy fuerte, igual que la primera vez que le dio un beso en el balneario de Müritz. Y ahí, acurrucada junto a su pecho, sentía cómo su corazón dejaba de latir.

Mientras tanto, Kafka veía en el breve espacio de la vida que dejaba de ser vida, que el tiempo desaparecía y aquello cuanto existía hasta entonces era reemplazado por un manto fugaz y luminoso. La tuberculosis y el dolor se extinguían en el momento en que alzó la cabeza y miró el modo en que millones de letras danzaban frente a sus ojos. Eran las palabras del aire vacío que en la hora de la muerte se reunían para decirle adiós al autor que había tenido el valor de congregarlas a todas. Después, en la agonía febril y delirante de la realidad, cayó en cuenta que todo a su alrededor se apagaba de golpe. Y luego... luego ya no volvió a sentir nada más.

Fin



Este libro se terminó de imprimir en mayo de 2024 bajo el sello editorial UCuenca Press, en su taller gráfico.

Cuenca - Ecuador

Primer Premio I Bienal de Narrativa Eliécer Cárdenas Espinosa

La novela centra su acción en la vida y obra de Franz Kafka. Sustentada por una exhaustiva investigación, narra imaginativamente los hechos; por un lado, logra descubrir facetas secretas del gran escritor judío de Praga y, por otro, evidencia los procesos que parecen estar en el origen de algunas de sus obras más significativas, todo ello con amenidad y profundidad.

Cabe resaltar que logra construir el personaje literario e histórico de manera profunda, así como la problemática relación con su padre, una de las facetas que el autor refleja con mayor incidencia. Destacamos también el buen pulso narrativo, el buen uso del idioma, su nivel poético y el retrato sin concesiones de uno de los escritores clave del siglo XX.

La grandeza que toca la novela es en nada inferior a la sacrificada grandeza de la vida del gran Franz Kafka y de su obra.

Carlos Carrión, Francisco Proaño, Natalia García.
[Extracto del Veredicto del Jurado, 2023]

ISBN: 978-9978-14-537-1



UCUENCA

